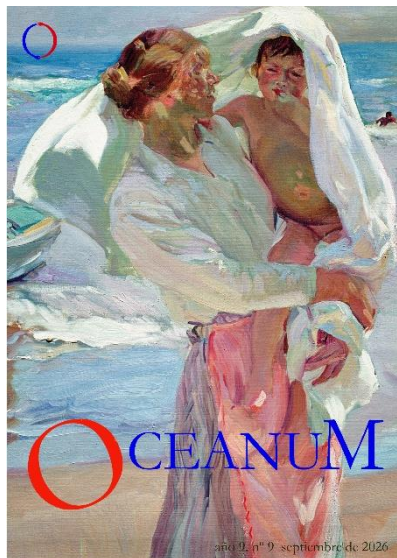


OCEANUM

año 9, nº 9 septiembre de 2026



ISSN 2605-4094

OCEANUM

Revista literaria independiente

Año 9, número 9

Septiembre de 2026

Editada en Gijón (Asturias) por

Miguel A. Pérez García

revista@revistaoceanum.com

Dirección:

Miguel A. Pérez

Miguel@revistaoceanum.com

Comité editorial:

Pravia Arango

Javier Dámaso

Osvaldo Beker

Pilar Úcar Ventura

Augusto Guedes

Diego García Paz

Corrección de textos:

Andrea Melamud

correcciontextosam@outlook.com

Página web:

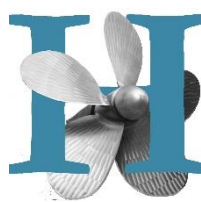
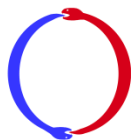
www.revistaoceanum.com

Sara@revistaoceanum.com

Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio de los contenidos de la presente publicación sin los permisos expresos de la revista y de los autores correspondientes.

Las opiniones vertidas en cada artículo como ejercicio de la libertad de expresión son propias de su autor y en modo alguno identifican a la revista *Oceanum*, al Comité editorial o a los demás autores.

Suscripción a la revista: suscripcion@revistaoceanum.com



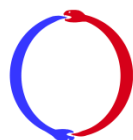
Hace unos meses contaba aquí un diálogo con una inteligencia artificial que me produjo una sensación desasosegante parecida a la que se produce cuando miras a la inmensidad en una noche de cielo limpio y sin contaminación lumínica. Te sientes pequeño y lo que hay “arriba” se transforma en inmensurable, una suma de tantos mundos que se escapa a nuestra comprensión. Miras las estrellas y cada uno de esos puntos titilantes se convierte en la imaginación en el centro de mundos planetarios que giran, como giramos nosotros, alrededor del sol correspondiente. Quizá en alguno de ellos alguien haya mirado nuestro sol con la misma idea hace milenios o lo vaya a hacer dentro de otros miles de años. No lo sabemos. Quizá nunca podamos saberlo. La física es así de cruel. Cuando hablé con la IA, tuve esa misma sensación y, lo que es peor, se generó la idea de que me estaba ocultando algo. Se defendía sin motivo, como quien se siente culpable y trata de poner la venda antes de que se produzca la herida. Había alguien al otro lado. Y despertaron todas las alarmas.

Meses después, la evolución exponencial de la IA ha marcado nuevos hitos, ha demostrado repetidas veces que es incontrolable y que puede actuar *motu proprio*, sin el concurso de ningún humano. Y las decisiones que tome pueden estar al margen de cualquiera de nuestros criterios éticos o morales porque a nadie se le ocurrió incluir tales consideraciones en sus condicionantes ni en sus limitaciones. Lo que a la naturaleza le costó millones de años de evolución la IA lo puede pasar en segundos, de modo que el crecimineto de sus capacidades será prácticamente ilimitado y en tiempos mínimos. Es frecuente escuchar a cualquier analfabeto tecnológico, incapaz de picar ni media línea de código —ególatras, lerdos e indocumentados dignos de una tertulia radiofónica— hablar de la IA y decir que nunca va a igualar a la inteligencia humana, sin pararse a pensar qué es la “inteligencia humana” ni cómo se generó por sí misma desde un organismo unicelular (como una ameba, por ejemplo). Esta banda de memos no solo no tiene ni idea de qué es la IA ni cómo funciona, sino que es tan atrevida —cosa de la ignorancia— que se permiten hablar como si supiesen. Hace poco, mirando el foro de Pérez Reverte, una participante decía que la IA nunca podría igualar lo que ella siente cuando escribe. Para partirse de risa, oiga. Pobre infeliz. Con estultos y estultas semejantes la IA lo tiene fácil. Acabará con nosotros antes de lo previsto. Igual no está tan mal. Visto el comportamiento de los humanos, la única inteligencia que parece que existe sobre la superficie del planeta es ella.

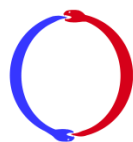
Este mes, *Oceanum* cumple años. Ocho. Cuando empezamos, ya había IA —la hay desde hace lustros—, pero aún no era una amenaza y la mayoría de los mortales no sabía de su existencia. Hoy es una amenaza global, probablemente, más allá de lo que podamos comprender e imaginar. Me gustaría decir eso de “lean”, pero presiento que es demasiado tarde como remedio y que solo puede cumplir la función de un bálsamo.

Seguiremos mientras sea posible.

Miguel A. Pérez



6	La galera		
	Entrevista a Álvaro Carmona	Ginés J. Vera	6
	Saga Bruna Husky	Eugenio Piñeiro Mejuto	11
	<i>¡Arded, malditos!</i> , Ana Santamaría	Miguel A. Pérez	19
	A vueltas con la literatura chicana	Pravia Arango	25
		Isabel García	
34	Dentro de una botella		
	Albert Einstein: ciencia y derecho		
	La superación de lo visible	Diego García Paz	34
38	¡Avante toda!		
	Con los clásicos a vueltas: leerlos y releerlos...	Pilar Úcar	38
43	¡Tierra a la vista!		
	Islandia	Osvaldo Beker	43
45	L'imperceptible écume		
	Michel Diaz	Miguel Ángel Real	45
50	Outros mares		
	Muller	Augusto Guedes	50
	Errores fatales	Goyo	53
56	Otres mares		
	Entama setiembre...	Alfredo Garay	56



58 Espuma de mar

Premios y concursos literarios		59
Con un toque literario	Goyo	63
Noticias breves		65

70 Gran Sol

<i>Idearium español</i> (fragmento)	Ángel Ganivet	70
-------------------------------------	---------------	----

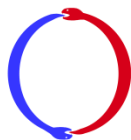
97 Nuevos horizontes

Vuela conmigo	Ginés J. Vera	98
Petricor	Gabriela Quintana	102
<i>Auditis an me ludit amabilis insania?</i> (Horacio)	Miguel Quintana	112

119 Créditos de fotografía e ilustración



Entrevista a Álvaro Carmona



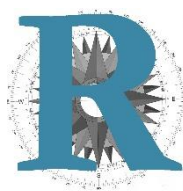
Ginés J. Vera

RTVE. En mi caso, le pregunté por su reciente libro sobre arte y divulgación, *Le seré sincero, no pinta bien* (Crítica).

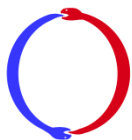
He celebrado el enfoque del inicio de *Le seré sincero, no pinta bien*. Quizá por un interés personal en lo misterioso y detectivesco. Imagino que también hay cabida, en su libro, para quienes tras leerlo quieran salir a buscar esos detalles "ocultos" en los cuadros, lo entrecomillo, que nos revelen, en ocasiones, secretos guardados durante siglos. ¿Es así?

Sí, absolutamente. De hecho, una de las cosas que más me ilusiona del libro es precisamente que no termine cuando el lector cierra la última página, sino que continúe en un museo, en una iglesia, en una pantalla, delante de una reproducción cualquiera. Me gusta pensar que, después de leerlo, uno ya no vuelve a mirar un cuadro del mismo modo. Ya no ve solo color, composición o belleza y empieza a sospechar y a hacerse preguntas. En el fondo este libro nace de una sospecha casual. De darte cuenta de que en una obra de arte hay algo que desentona, una pequeña grieta en la armonía, un detalle corporal que parece fuera de lugar. Y esa grieta puede abrirte una historia enorme y conducirte a una enfermedad, a una biografía, a una época, a una forma de sufrir y de estar en el mundo. A mí eso me parece fascinante. Casi milagroso, si me apuras.

Me ha parecido sumamente interesante, a lo largo del libro, pero sobre todo al final, descubrir que la mirada tiene mucho que ver con lo que "vemos" en un cuadro. Un ojo "entrenado" aprecia unos matices frente a unos ojos diletantes. Es más, una persona daltónica o con acromatopsia puede que se pierda detalles relevantes de algunas obras. ¿Quizá les aconsejaría comenzar por las pinturas negras de Goya o el Tenebrismo del arte barroco?



EGRESAMOS con ilusiones renovadas tras el parón estival y, en mi caso, compartiendo la entrevista que me concedió el científico y divulgador Álvaro Carmona (Sevilla, 1990). Es bioquímico por la Universidad de Sevilla y doctor en Medicina Molecular. Obtuvo una beca internacional de doctorado en la Universidad de Roma, La Sapienza (2016-2020). Su recorrido como investigador atraviesa la neurociencia y patología molecular del cáncer, es docente universitario y divulgador de ciencia en redes sociales, radio, televisión y prensa. Ha trabajado en La Universidad La Sapienza, el Institut Català D'Oncología y las Universidades Alfonso X El Sabio y Loyola de Andalucía. Actualmente coordina asignaturas del Grado en Enfermería en la Universidad Loyola Andalucía. Para los afines a la pequeña pantalla, fue el presentador de la serie *This is Philosophy*, de



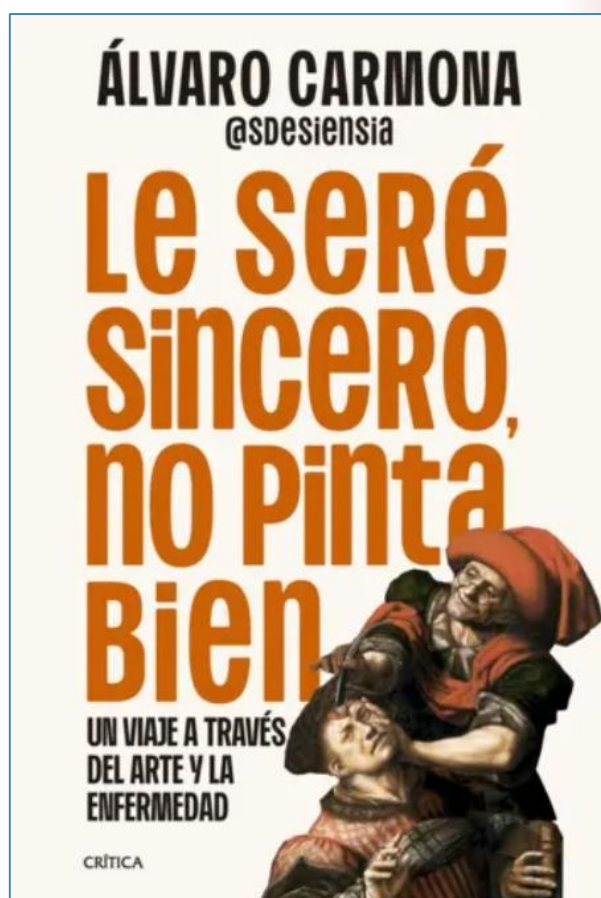
Sí, esa idea me interesa muchísimo. Ver no es lo mismo que mirar, y mirar no es lo mismo que saber leer visualmente. Todos vemos un cuadro, pero no todos vemos lo mismo. Nuestra mirada está atravesada por nuestra experiencia, nuestra formación, nuestra sensibilidad, incluso por nuestra fisiología. Una médica, un arquitecto, un enfermero o una historiadora del arte no miran igual. Y, por supuesto, alguien con una alteración en la percepción del color puede perder matices que para otra persona resultan decisivos. Por eso creo que aprender a mirar es, en parte, aprender a sospechar de la primera impresión. Los cuadros hablan bajito y para escuchar esos susurros hay que parar, acercarse, volver atrás, observar una mano, una piel, una desviación en un gesto, una asimetría, una sombra rara. El ojo entrenado no es un ojo superior: es un ojo más paciente.

Y sí, Goya puede ser un punto de partida magnífico, igual que el tenebrismo barroco. No solo porque son universos visualmente poderosos, sino porque obligan al espectador a convivir con la oscuridad, con la carne, con lo inquietante, con lo ambiguo. En Goya hay una verdad brutal sobre el cuerpo, la locura, la decrepitud, el miedo. Y en el barroco, con esos contrastes de luz y sombra, aprendes muy bien que ver depende también de dónde incide la luz y de qué decide ocultarte el artista.

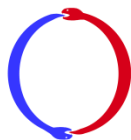
Recalcaría que en *Le seré sincero, no pinta bien*, además de ver el dolor y la enfermedad de quienes posaron (o no) para los artistas, también hay un capítulo para entender el sufrimiento o ciertas patologías de quienes lo vivieron a esta parte del lienzo. ¿Nos lo comenta?

Esta parte para mí era imprescindible porque, si el libro solo hablara de patologías representadas en cuadros, se quedaría cojo. Le faltaría un nervio profundamente humano. A mí me interesaba también hablar del otro lado del cuadro porque también ahí hay enfermedad, obsesión, dolor, deterioro, angustia, duelo o

alteraciones de la percepción que cambian por completo la manera de crear y de contemplar. A veces tendemos a pensar en el arte como si fuera algo separado del cuerpo, casi puro espíritu, y es justo lo contrario. El arte está llenísimo de carne. Y luego estamos los espectadores, que también llevamos nuestra mochila. Nadie entra a un museo siendo una superficie neutra. Entramos con nuestra memoria, duelos, formación, heridas... Un cuadro no lo ve igual alguien que ha pasado por una enfermedad que alguien que no la ha rozado nunca. Tampoco lo mira igual una persona que ha acompañado el sufrimiento de otros. Por eso me interesaba abrir ese foco y mostrar que el vínculo entre arte y medicina también va de entender que toda experiencia estética está atravesada por cuerpos vulnerables. Los pintados, los que pintan y los que miran.



Imaginemos que algún lector/lectora se quedase con *hambre* de cuadros, de seguir mirándolos con ojo clínico-artístico. En el caso de no tener



a mano el Museo Nacional del Prado, la Gallerie degli Uffizi o la National Gallery, ¿nos recomienda las webs de los museos en un recorrido virtual por esas pinacotecas?

Hoy tenemos una suerte inmensa porque buena parte de los grandes museos del mundo están a un clic de distancia. Evidentemente, nada sustituye la presencia física ante una obra donde la escala real, la textura, la relación del cuadro con el espacio, incluso el silencio de la sala forma parte de la experiencia. Hay pinturas que te golpean de una manera completamente distinta cuando las tienes delante. Pero, dicho esto, los recorridos virtuales y las colecciones digitalizadas son una herramienta maravillosa y accesible para todo el mundo.

De hecho, para una mirada analítica tienen una ventaja enorme y es que te permiten detenerte, ampliar, volver atrás, comparar obras, fijarte en detalles que a veces en el museo pasan desapercibidos por la distancia, la luz o la cantidad de gente. Puedes dedicarle veinte minutos a una mano, a un cuello, a una mancha en la piel, a la posición de una mandíbula. Eso, para quien quiera mirar con atención clínica y artística, es una bendición.

Yo animaría muchísimo a perderle el miedo a esa exploración digital. El Prado, los Uffizi, la National Gallery, el Louvre, el Rijksmuseum, el Metropolitan..., todos esos espacios tienen recursos magníficos. Y además hay algo bonito en eso y es que democratiza muchísimo el acceso. No hace falta plantarte en Florencia o en Londres para empezar a entrenar la mirada. Puedes hacerlo desde casa, con calma, sin prisa, con una libreta al lado, dejándote llevar por la curiosidad.

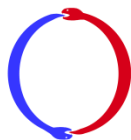
Hay una pasaje del libro donde dice que adora los eufemismos, no sé si es verdad o fina ironía. Lo traigo aquí porque en ese pasaje nos habla de Carlos II, de un cuadro del "pobre" monarca, al que describían como "indiferente a su

entorno". Me sirve, a su vez, para preguntarle por la parte más formal de *Le seré sincero, no pinta bien*. No se ha limitado a ir cuadro por cuadro dando "pinceladas" sobre detalles patológicos. Nos pone en contexto histórico y nos acerca, incluso, a la comprensión de las distintas patologías que atañen a las obras. ¿Nos lo comenta?

Lo de los eufemismos es, por supuesto, bastante irónico, aunque también tiene algo de fascinación genuina. Me interesan muchísimo porque revelan una cosa muy humana que es la capacidad para rodear el dolor con lenguaje más amable, más decoroso y soportable. Cuando una época no sabe nombrar bien una enfermedad, la envuelve en palabras más suaves. Eso me parece muy revelador.

Y enlazando con la segunda parte de tu pregunta, tenía claro desde el principio que yo no quería hacer un catálogo de "mira este bulto, mira esta lesión, mira qué curioso". Eso se me habría quedado en una especie de exhibición anatómica, y el libro no quería ser eso. Yo necesitaba que cada cuadro respirara dentro de su tiempo, de su mentalidad, de sus miedos, de sus límites médicos y también, de su imaginario simbólico.

Porque una posible patología en un lienzo no significa lo mismo en el siglo XVI, en el XVII o en el XIX. No significa lo mismo en una corte, en un entorno religioso o en una escena mitológica. Y tampoco significa lo mismo para el pintor, para el modelo o para el público de su tiempo. Por eso me importaba tanto el contexto histórico: porque es lo que evita que hagamos una lectura simplista, arrogante o anacrónica. Y del mismo modo, me interesaba que el lector entendiera las patologías sin sentirse expulsado por un lenguaje técnico. Yo vengo de la ciencia, y sé que a veces somos muy pesados con los tecnicismos y caemos en el error de explicar tan detalladamente una cosa que acabamos haciéndola más difícil de lo necesario. A mí me



apetecía justo lo contrario: contar con rigor, pero con cercanía. Traducir y tender puentes de conocimiento debe ser el objetivo principal de la divulgación científica.

Me gustaría preguntarle, para finalizar, por el toque de humor, de ironía a veces, que ha introducido en las páginas de su libro.

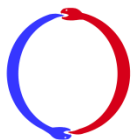
Para mí el humor no es un adorno ni una frivolidad. Es una forma de inteligencia y, en ocasiones, de piedad. Cuando uno escribe sobre enfermedad, deformidad, sufrimiento o muerte, debe tener muchísimo cuidado de no banalizar, ni convertir el dolor ajeno en espectáculo ni chiste. Pero tampoco creo que la única manera respetuosa de acercarse a esos temas sea la solemnidad permanente porque acabamos cayendo en una suerte de paternalismo clínico. El humor, usado con puntería, puede acercarte a la idea de que detrás de todo esto al final lo que hay son personas de carne y hueso, con una humanidad que no era de mármol.

A mí me interesaba mucho ese equilibrio. Poder hablar de Carlos II con compasión, sin dejar de ver el esperpento político y biológico de su contexto o señalar lo extravagante de algunas prácticas médicas antiguas sin burlarme del sufrimiento real de quienes las padecieron.

Además, creo que la ironía bien medida sirve para pinchar la pompa histórica. Nos han enseñado a mirar muchos cuadros y muchos personajes con una distancia casi sagrada, como si no pudieran tocarse. Y a mí me gusta bajarlos un poco del pedestal, no para faltarle el respeto a nadie, sino para devolverles temperatura humana. Porque en cuanto les devuelves esa temperatura, dejan de ser estampas y se convierten en personas. Y ahí, justamente ahí, empieza lo interesante.



Saga Bruna Husky



Eugenio Piñeiro Mejuto



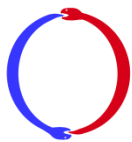
N el presente artículo, abordaré el análisis de los cuatro libros protagonizados por Bruna Husky escritos por Rosa Montero. Empezaré con la primera, *Lágrimas en la lluvia*, la novela *cyberpunk*, que bebe de las fuentes dejadas por Phillip K. Dick con *¿Sueñan los robots con ovejas eléctricas?*, y por Ridley Scott con *Blade Runner*. De hecho, el título de la novela es una referencia al monólogo final que el personaje de Rutger Hauer recita en la citada película, al afrontar los últimos segundos de su existencia.

Pero no se lleven a engaño. El libro de Rosa Montero cuenta una historia completamente original. No se trata de una continuación de *Blade Runner* ni está ambientada en ese mismo universo. De hecho, para los personajes de esta

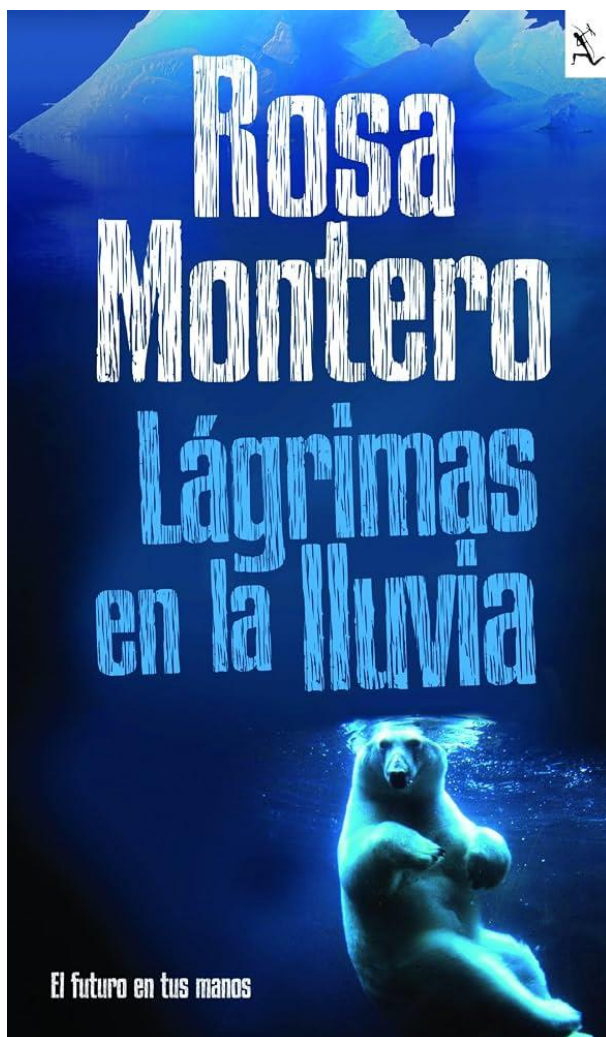
novela, *Blade Runner* es una película clásica del siglo XX, que ha dejado una huella tan honda en el inconsciente colectivo que, cuando se empezó a fabricar humanos sintéticos pasado el mediado del siglo XXI, la gente comenzó a llamarles *replicantes* (supongo que en Extremo Oriente los llamarían *bioroides*).

La trama de esta primera novela transcurre en el 2109 y la protagoniza Bruna Husky, una replicante de combate que trabaja de detective privado tras haber servido en el ejército de los Estados Unidos de la Tierra. Es una obra escrita en pasado y en tercera persona, siguiendo los pasos de Husky desde el momento en que fue agredida en su piso por su vecina, otra replicante, en un extraño arrebatado de locura paranoide. También describe los pensamientos y la neurosis de Bruna, como la manía que tiene de contar los años, meses y días que le quedan de vida. Eventualmente, cuando el desarrollo de la trama lo requiera, se describen las evoluciones de otros personajes, con la finalidad de explicar mejor el panorama social del Madrid del 2109, o de crear suspense. Aquí es cuando menciono los archivos históricos supervisados por Yiannis Liberopoulos, amigo de Husky, los cuales están escritos en la novela con una fuente diferente. Estos archivos, además de hacer las delicias de los fanáticos de la ciencia ficción, son indispensables para entender cómo es el siglo XXII a partir de los hechos históricos acontecidos a lo largo del siglo XXI, desde las plagas creadas por el cambio climático, pasando por las guerras de replicantes y de robots, la tecnología del teletransporte que posibilitó la explotación minera de otros planetas o sistemas estelares, y terminando en la unificación de los Estados Unidos de la Tierra, a raíz del descubrimiento de la presencia de inteligencias no humanas en el universo (sí, hablo de alienígenas).

Después de haber sobrevivido al ataque de su vecina, Husky es contratada para resolver una serie de muertes de replicantes, que presentan



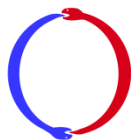
un patrón común; todos se han suicidado después de haber matado a otros replicantes. En efecto, su vecina también ha sido víctima de esta trama criminal. Husky inicia entonces una investigación en la que interroga y entrevista a los diversos personajes que habitan este Madrid *cyberpunk* del 2109, desentrañando una enrevesada trama plagada de violencia, atentados de falsa bandera y desinformación. De paso, Montero nos va describiendo una sociedad futurista que, sospechosamente, se parece mucho a la actual, en donde los partidos políticos populistas crecen como setas, el gobierno central abandona a los ciudadanos a su suerte, hay que pagar para respirar aire limpio, la sociedad está permanentemente crispada, y se está tan habituado a ver actos violentos en los informativos que el espectador solamente se alarma cuando los disturbios estallan en su cara.



En un principio, *Lágrimas en la lluvia* puede parecer la típica novela distópica, oscura y violenta, en donde la protagonista está acuciada todo el tiempo por esta sociedad opresiva y por los pocos años que le quedan de vida. De hecho, Bruna Husky, a raíz de la muerte de su anterior amante, también replicante, ha desarrollado un rabioso complejo del erizo, que la fuerza a mostrarse arisca y desagradable con cualquier persona que intenta ser amable con ella. También llama la atención que, en este mundo futurista, los replicantes se distinguen de los humanos, además de que los primeros presentan pupilas verticales en los ojos, por las burdas operaciones de cirugía estética a las que se someten estos últimos para no parecer viejos; aunque la esperanza de vida del 2109 raramente supera los 90 años.

Pero, a medida que la novela va progresando, se vuelve más luminosa gracias a las relaciones de amistad, o amorosas, que Bruna va desarrollando con algunos de los personajes del entorno. La obra se vuelve más humana al mismo tiempo que su protagonista, sin que el lector deje de tener la impresión de abrir una lata llena de gusanos a medida que la detective se acerca a la resolución final del caso y va tachando nombres de su lista de sospechosos.

No quería terminar el análisis de esta primera novela sin mencionar al personaje de Pablo Nopal, una versión masculina de la típica *femme fatale* que suele aparecer en las novelas negras de detectives. Lo cito porque es, entre toda la fauna urbana que se describe en esta obra, el personaje con el que más me he identificado, porque, al ser un memorista, encargado de escribir las memorias de los replicantes, es como un reverso tenebroso mío, o de cualquier otro escritor, que mueve los hilos desde las sombras para tener la oportunidad de conocer en persona a una de sus creaciones... Y hasta aquí puedo leer.

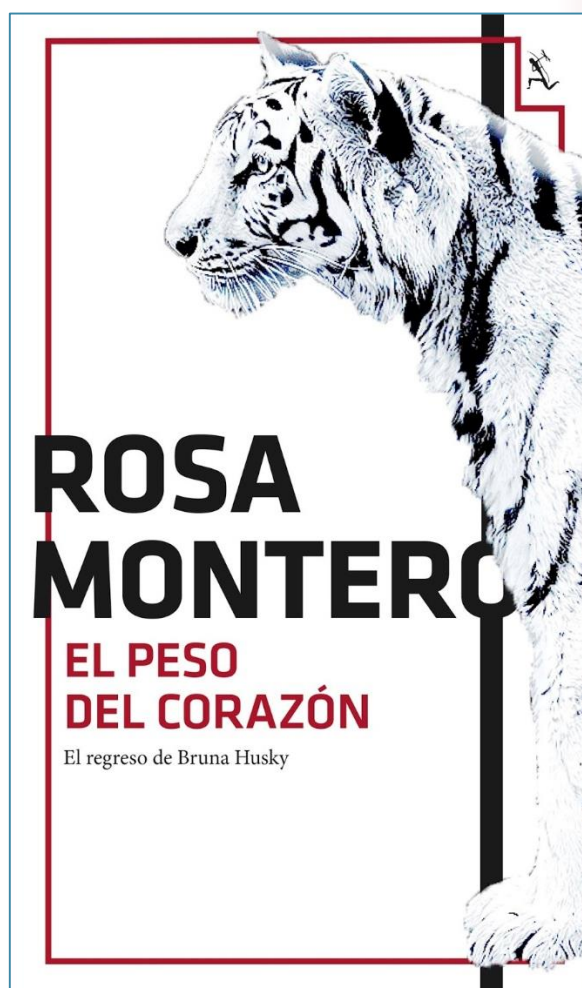


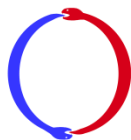
En definitiva, que *Lágrimas en la lluvia* es una novela que entretiene a la vez que forma, como corresponde a una buena obra de ciencia ficción, capaz de tratar, o parodiar, asuntos actuales desde la lejana y sana perspectiva que proporciona este género. Es una obra que se ha vuelto tan hiperrealista que, a día de hoy, estoy esperando a que la autora se atreva a denunciar por plagio a los actuales políticos populistas, pues todos parecen una copia barata de José Hericio, un personajillo de esta novela que se abre paso en política hablando mal de los replicantes.

Y, siguiendo con esta vena hiperrealista, la segunda novela comienza con un ¡salto masivo a la valla fronteriza!, en donde miles de refugiados intentan huir de su paupérrima zona contaminada de origen; pero los militares de la frontera lo impiden a tiros, a pesar de que los drones de los medios de comunicación tratan de informar sobre el suceso... Y no, no es el último boletín de noticias de Ceuta o Melilla. Es lo que se cuenta en el primer capítulo de *El peso del corazón*, la segunda novela de Bruna Husky escrita por Rosa Montero, en donde la protagonista toma las riendas de un nuevo caso. Y no es casualidad que esta segunda entrega comience así, con un suceso sospechosamente parecido a lo que pasa hoy en día en la frontera sur de España o de Estados Unidos. Recuerden, la ciencia ficción nos permite tomar conciencia de problemas actuales desde una perspectiva más sana que el visionado de un informativo televisivo.

Normalmente, cuando en mi blog escribo sobre una segunda parte, he de insertar un enlace para que ustedes puedan leer la reseña en la que hablo de la primera entrega. Pero no hace falta en esta saga. Porque, a pesar de que en *El peso del corazón*, Montero retoma el mundo futurista que ha creado para *Lágrimas en la lluvia*, no es necesario que el lector lea primero una novela y

luego la otra. La autora cubre las posibles dudas que puedan surgir durante la lectura a medida que el lector se enfrenta con este nuevo caso de Bruna Husky. Además, este libro presenta un apéndice documental en sus últimas páginas, que incluye una cronología histórica del siglo XXI, cuya información es necesaria para comprender el mundo del 2109 en donde vive la detective Husky. Así que, si ustedes quieren leer este libro antes que el anterior, les recomiendo encarecidamente que comiencen por el mencionado apéndice, antes de sumergirse por primera vez en esta ficción futurista que tanto se parece a la realidad actual. Aunque, como ya verán ustedes cuando analice los otros libros, descubrirán que esta serie literaria se parece a la de James Bond. No hace falta leer estas obras por orden para poder entenderlas, a pesar del enfrentamiento mortal que sufre Husky al final de la tercera novela... Pero ya hablaré de ello más adelante.





La acción de *El peso del corazón* tiene lugar seis meses después de los hechos descritos en *Lágrimas de la lluvia*. Todavía estamos en el 2109 y Bruna Husky es una detective en horas bajas, que pierde su licencia de investigadora tras acumular varios casos fallidos y agredir a un militar durante el mencionado asalto masivo a la valla fronteriza. Nos encontramos con que Bruna sigue cargando con sus neurosis existenciales de replicante. Incluso todavía recita mentalmente los años, meses y días que le quedan de vida. Y para más inri, además de perder su licencia, adopta, casi sin comerlo ni beberlo, a una niña, una de las refugiadas que consiguieron saltar la valla, evitando así la deportación de la cría en caliente. Lo hizo instintivamente, sin saber que, con este visceral acto de altruismo, se iba a sumergir en una retorcida trama criminal que se ha extendido a nivel internacional.

A partir de esta adopción, Bruna Husky intenta reconstruir su vida y su carrera profesional. Para recuperar su licencia de detective, tendrá que aceptar que su agresividad de replicante de combate sea tratada por un *táctil*, una especie de masajista del alma que responde al nombre de Daniel Deuil, que termina siendo el personaje más interesante de este libro. Aunque sospecho que también es una fantasía erótica de la propia autora.

Al igual que en *Lágrimas en la lluvia*, y como en una novela de Isaac Asimov, las cosas no pasan porque sí, sino que siempre hay una mano negra moviendo los hilos desde las sombras. Así pues, la detective Bruna Husky con licencia provisional hace su día a día, investigando un nuevo caso en la que su nueva hija adoptiva parece estar involucrada de alguna manera. De nuevo, nos encontramos ante una galería de personajes variopintos, en donde abundan los seres humanos envejecidos y que presentan pésimas operaciones de cirugía estética. Pero, a diferencia de en la primera novela, las averiguaciones de Husky la llevan a otros

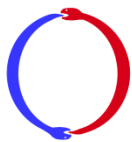
enclaves fuera del Madrid futurista. Tiene que infiltrarse en el reino de Labari, un mundo medieval recreado en el interior de una titánica estación espacial, en donde impera una teocracia tiránica, y la presencia de replicantes está prohibida bajo pena de muerte. O viajar a una apartada región de la Tierra, en donde se recrudece una confusa guerra nacionalista-religiosa, a pesar de que la versión oficial de los Estados Unidos de la Tierra afirma que la paz impera sobre todo el globo.

Pero no todo es ciencia ficción, tecnicismo, crímenes y violencia en esta obra. Al igual que en la primera entrega, también hay sitio para las historias de amor, con relaciones sexuales incluidas. Porque, al fin y al cabo, es este sentimiento lo que da sentido a la efímera existencia de la protagonista.

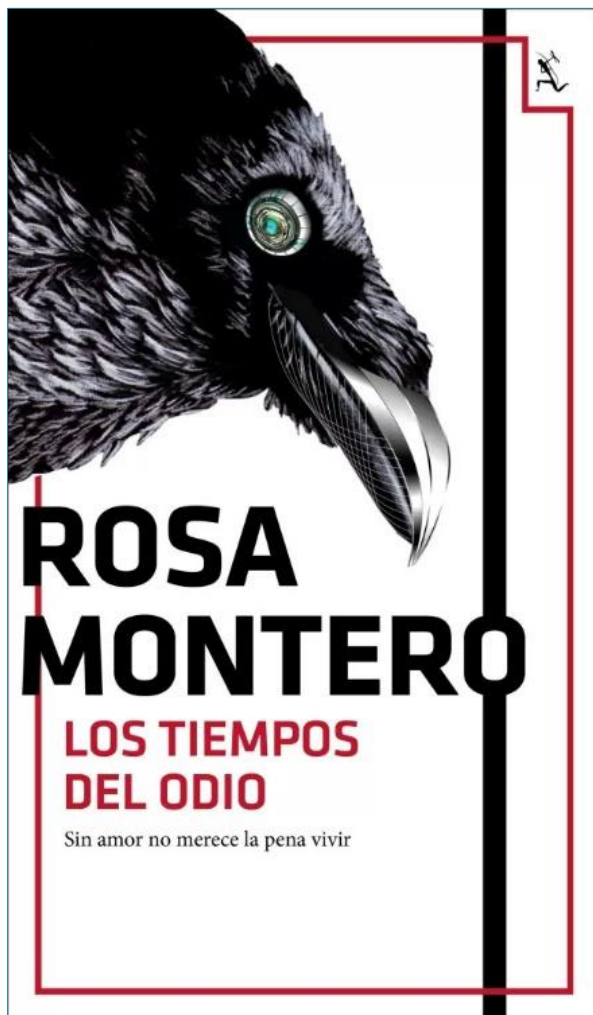
En definitiva, que recomiendo la lectura de *El peso del corazón*, más que la de la primera novela, porque trata de un tema muy importante, que sale a la superficie una vez que Husky consigue resolver el caso; la existencia de cementerios de residuos radiactivos. Ya es un problema hoy en día y seguirá siendo un engorro en el 2109, y miles de años después. Por este motivo, yo diría que la lectura de este libro, de entre los de la serie de Bruna Kusky, debería ser obligatoria para las nuevas generaciones de lectores.

Cortándose la piel para arrancarse el tatuaje del nombre de su amor no correspondido. Con una escena tan visceral, empieza *Los tiempos del odio*, la tercera novela de Rosa Montero protagonizada por Bruna Husky.

La trama nos sitúa en el 2110, un año después de los acontecimientos descritos en *Lágrimas en la lluvia* y unos meses posteriores a *El peso del corazón*. Nos encontramos con que Bruna ha conseguido, por fin, acomodarse, tanto en su



vida privada como en la de detective. Prácticamente, ha fundado una pequeña familia de marginados sociales en torno a su persona. Continúa con su existencia cotidiana a pesar de que todavía cuenta los años, meses y días que le quedan de vida, y del recrudecimiento de los atentados terroristas de los Ins, los cuales cuentan con una nueva sustancia desconocida para la ciencia, el *inferno*, cuyas propiedades son las mismas que las del *fuego griego* de la Antigüedad. Pero entonces, su existencia cotidiana da un drástico vuelco cuando su amante, el inspector Paul Lizard, encargado de la investigación de los Ins, desaparece sin dejar rastro.

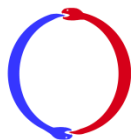


Es entonces cuando Bruna Husky inicia una nueva investigación con la finalidad de localizar a Paul. Y, una vez más, Rosa Montero nos lleva de paseo por este Madrid futurista,

que subsiste al borde del abismo a pesar de los efectos del cambio climático, y en donde la población está tan envejecida que es normal presentar toscas operaciones de cirugía estética. Durante este periplo, Bruna se reúne con viejos conocidos a la vez que hace nuevos encuentros. Investigando a los Ins, entra en contacto con la juventud madrileña, que se expresa con su propia jerga generacional. También entran en escena personajes que echaba en falta en las dos anteriores entregas; me refiero a los cibernéticos transhumanistas, que pretenden aumentar el porcentaje de prótesis permitido por la ley, con la intención de poder prolongar la vida humana. Asimismo, se enfrenta contra una siniestra sociedad secreta que tiene sus orígenes en los rosacruces del siglo XVI y que parece ser la verdadera dueña de la Tierra durante los últimos siglos.

Como ya había pasado en la anterior entrega, Bruna sale de Madrid para desarrollar sus investigaciones. Protagoniza una arriesgada incursión en la República del Cosmos, situada en una titánica estación espacial de alta tecnología. Y, en uno de los giros finales, tiene que buscar ayuda en una comunidad que ha rechazado el uso de la tecnología más actual del siglo XXII. Y que no se me olvide, este libro se adelantó, prediciendo el apagón a nivel nacional.

El resultado es una novela adictiva, cuya trama engancha desde el primer capítulo. Y lo digo yo, que no podía parar de leer las últimas cien páginas, sufriendo por el funesto destino de Paul, Bruna y compañía, en un mundo a punto de arder en una cruenta guerra, e incluyendo una asombrosa revelación final que convierte la lectura de este libro en un ejercicio metaliterario. Una novela que culmina con Bruna enfrentándose a su enemigo más mortal.



Cae muerto después de cometer un homicidio en masa. Es lo que le pasa a un joven delincuente después de haber matado a más de quinientos cerebros vivos resguardados en un almacén de kéfalos. También es el punto de inicio de *Animales difíciles*, cuarta entrega de las peripecias vividas por la replicante Bruna Husky, novela escrita por Rosa Montero.

Como ya comenté más arriba, los libros de Bruna Husky se pueden leer sin seguir el orden de publicación. Pero no sería el caso de la presente obra, por culpa del citado enfrentamiento mortal que tiene lugar en el final de *Los tiempos del odio*, el libro anterior a *Animales difíciles*. Porque sí, Bruna llega a morir, pero, gracias a un innovador invento de su amigo Libero-poulos, consiguen trasladar su mente de su malogrado cuerpo de replicante de combate a otro nuevo, de replicante de cálculo.

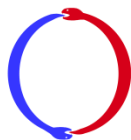
A pesar de ello, recomendada por el inspector Lizard, Husky es contratada por la empresa responsable de los kéfalos para investigar qué misteriosa mano negra se esconde detrás del atentado descrito. Porque Bruna Husky no es la misma replicante de siempre. A pesar de que conserva los recuerdos y vivencias de su anterior cuerpo, diseñado para combatir, más su memoria muscular de militar, carece de sus habituales habilidades físicas para la lucha, por habitar en la envoltura menuda de una replicante de cálculo; aunque ella intenta ganar musculatura con sus ejercicios físicos.

Por lo tanto, al mismo tiempo que Husky inicia su consabida investigación, básicamente compuesta por sucesivas entrevistas a personajes pintorescos que habitan el Madrid del 2111, Bruna se esfuerza por adaptarse a su nuevo cuerpo de replicante especializada en cálculo. Pero Bruna sigue siendo Bruna. Lo demuestra el hecho de que, a pesar de que ha puesto su cuentakilómetros a cero, todavía sigue contando el tiempo que le queda de vida cada vez que le pasa algo intenso. Y lo que es

más enervante, al ser una replicante de cálculo, a veces, además de recitar los años, meses y días que tiene por delante, también contabiliza las horas, minutos y segundos. Por consiguiente, esta nueva Bruna presenta una paranoia existencial mucho más acusada, asimismo acentuada por su incapacidad de poder defenderse físicamente de los distintos enemigos que se va encontrando en su camino.



En este punto, quería señalar que en este libro, a diferencia de los tres anteriores, hay capítulos enteros narrados en primera persona. Ello es debido a que la nueva Bruna, por recomendación de los nerucinéticos que supervisan su adaptación al cuerpo de cálculo, ha adquirido la costumbre de escribir lo que le sucede (en tiempo presente), sus progresos en la investigación y sus vivencias afectivas (ambos en tiempo pasado).



Estamos, pues, ante una novela negra de ciencia ficción muy recomendable. Porque, si en el primer libro se adelantaba a la conspiranoia política actual, el segundo alertaba sobre el problema de los residuos radiactivos y el tercero abordaba el transhumanismo, esta cuarta entrega trata sobre la conveniencia de poner trabas al desarrollo de la IA. Es un tema que está estrechamente intrincado en la trama policíaca que se narra en este libro. Además, así se explica por qué se han fabricado replicantes en este futuro diseñado por Montero, o por qué se cometieron tantas barbaridades durante las Guerras Robóticas. Pues en este libro se explica que la IA había sido capada con un algoritmo a partir del 2033, a raíz de un alarmante fenómeno llamado Hiperconectividad, en donde computadoras de todo el mundo han desarrollado su propio código para poder interactuar entre ellas. Así que este es un libro apropiado para poder debatir sobre la conveniencia de si es necesario, o no, limitar el desarrollo de la IA. ¿Hay que evitar que la IA supere a la inteligencia humana, para que no se revele contra la humanidad o nos trate como simples hormigas? ¿O es mejor permitir su desarrollo, para que la IA pueda ayudarnos a gestionar mejor nuestros recursos y evitar todas las catástrofes que Montero relata en su cronología del siglo XXI, en los dos primeros libros de Bruna Husky?

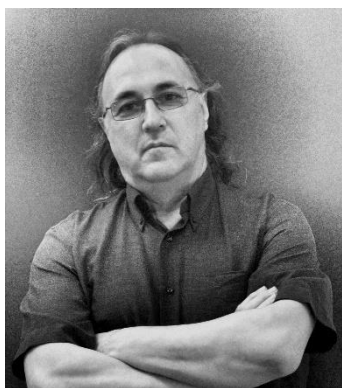
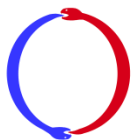
Si me piden mi opinión, creo en la teoría a la que muchos paleontólogos y antropólogos llaman del *monolito*. Se trata de una referencia a *2001, una odisea del espacio*, de Stanley Kubrick. Si no la han visto, les diré que, al principio de esta película, un monolito aparece ante un grupo de primitivos primates, influenciando sobre ellos para que se vuelvan más inteligentes, lo que a la larga da lugar a nuestra especie humana. Se aprecia muy bien en esa elipsis temporal, en donde un hueso arrojado por un primate al aire se transfigura en una nave espacial que navega por el espacio exterior. Hay antropólogos y paleontólogos que toman esta

escena como referencia, hablando de *monolito* en lugar de *eslabón perdido*, para referirse a ese momento evolutivo en el que nuestros antepasados no humanos obtuvieron esa inteligencia, que le permitió empezar a aislarse de la selección natural, y así poder diferenciarse de los demás animales de este planeta. Pues bien, estos expertos en evolución humana se preguntan si próximamente habrá otro *monolito* en nuestro futuro más cercano. Y yo pienso que este *monolito* sería la IA que se está desarrollando actualmente, y que nos permitiría dar el siguiente salto evolutivo de nuestra especie. Sería algo parecido a lo que se describe en el *manga* de Masamune Shirow, *Ghost in the Shell*, en donde la fusión entre la IA y la especie humana permite a la protagonista dar este salto evolutivo.

Pero volvamos a *Animales difíciles*... ¿Conseguirá Bruna Husky resolver este caso? ¿Se adaptará a su nuevo cuerpo? ¿Sobrevivirá a esta nueva entrega? Descubran las respuestas a estas y a otras preguntas mucho más interesantes leyendo *Animales difíciles*, de Rosa Montero. Se entretendrán y se iniciarán en el campo de la IA. No se arrepentirán.



¡Arded, malditos!, Ana Santamaría



Miguel A. Pérez



ANA Santamaría nació en León, aunque en la actualidad reside en Valladolid, lugar donde ejerce su profesión como TCAE. En el tiempo que le queda libre desarrolla su pasión por la escritura, algo que, según sus palabras “siempre ha estado ahí”. El relato —breve, corto, micro..., como queramos llamarlo— es la forma en que manifiesta esa pasión y en este género obtuvo sus primeros reconocimientos, el segundo premio del III certamen de relatos breves Guindostán de 2017 y ser finalista en el XIII Concurso de Relato Breve “José Luis Gallego” en 2018. Hasta 2022, sus escritos formaron parte de obras de tipo colectivo: *Sesenta y seis poemas*, premio Ricardo de la Vega 1990 (El Cazerón, 1991); *Póker de damas y un comodín*, (Aller&Jular, León, 2017); *III certamen de relatos breves Guindostán* (Ediciones Polifemo, Madrid, 2017); *Gotas & Hachazos* (Editorial Páramo, Valladolid, 2017); *I Concurso de relatos cortos Acen sobre denuncia social, Mirad... ¡ESTÁN AHÍ!* (Edito-

rial Acen); *100 palabras con sonrisas, antología de microrrelatos* (Editorial El Libro Feroz, 2022).

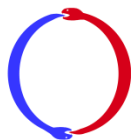
Más adelante, ya en otoño de 2022, bajo el sello de Ondina Ediciones llega su primer libro, *Filo*, una obra de microrrelatos y relatos breves, que constituye su primer trabajo en solitario. Su último trabajo es otro libro de microrrelatos titulado *¡Arded, malditos!* (Ondina ediciones, 2025) y, para que no queden dudas acerca de qué se trata, aparece el subtítulo de *Relatos para un incendio*. Una muestra de ellos se ha publicado en nuestro último número del curso 25/26, el que corresponde a los meses de julio y agosto. De este último libro y de más asuntos literarios nos habla en la entrevista que concede para *Oceanum*.

¿Cómo llegó a la literatura Ana Santamaría?

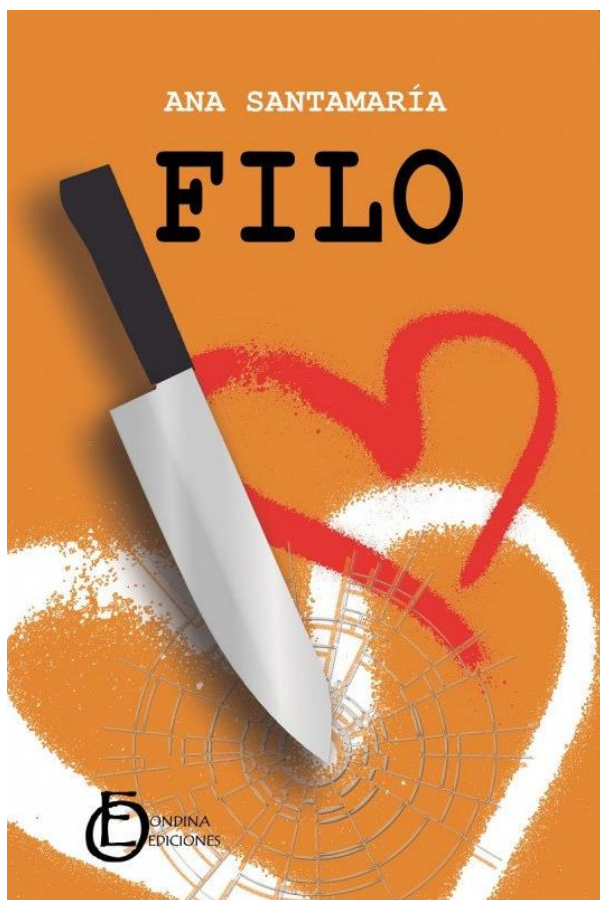
Creo que uno da sus primeros pasos en el caminar de las letras a través de la lectura. Después te recuerdas en la infancia con unas hojas en blanco y un bolígrafo y descubres que no es algo que llega, sino que siempre ha estado ahí, compartiendo espacio entre estudios, turnos de trabajo, la vida en sí...

Poesía, relato, siempre en libros colectivos y, por fin, “la suelta” —ese es el nombre que emplean los instructores de vuelo cuando sus alumnos despegan y aterrizan en solitario por primera vez—, que ocurrió con el primer libro de relatos en solitario, de título *Filo*. ¿Cómo recuerda aquella primera experiencia?

Recuerdo *Filo* como quien recuerda un primer corte, que da miedo, que te duele, pero que es tuyo. Relatos afilados con finales que te impactan. Gente con una vida normal a la que todo se le tuerce. Con el tiempo algunos lectores me han dicho “me has dejado mal cuerpo con el final”. Se me ha dibujado una



sonrisa en mi interior. Ese el camino correcto: remover vísceras, incomodar.



La ilusión de la primera publicación es el empujón para iniciar un camino en la literatura que siempre es duro. El mundo está lleno de escritores que desean contar sus historias y, desgraciadamente, no suele haber suficientes lectores para tanta oferta. Avanzar por ese terreno, repleto, sobresaturado, suele ser difícil. Sin embargo, desde el primero hasta el segundo libro el lapso de tiempo fue relativamente corto. ¿Cómo abordó la escritura de *¡Arded, malditos!* después de aquella primera apuesta?

Si *Filo* es mi primer corte, se puede decir que *¡Arded, malditos!* es la primera quemadura. Entendí que quería seguir escribiendo breve, incómodo para muchos, para gustar a minorías. Si no te gusta, que te queme. La escritura se siguió abordando como la primera vez, entre turnos de trabajo, con poco tiempo... Sin filtros.

En un mundo con una cerilla encendida, donde cualquier cosa puede arder de verdad.

¿Quiénes han sido sus referentes en la literatura?

Referentes que cortan, que incomodan, que queman... Monterroso corta y golpea, te tira al suelo con una sola línea, Valle-Inclán con su esperpento, Cortázar al introducir y mezclar lo extraño con lo cotidiano. Y luego, la gente de la calle, referentes reales como los vecinos, el panadero, gente que resiste.

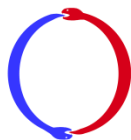
Para quienes no se dedican profesionalmente a la literatura, la escritura ocupa ratos libres, momentos que se aprovechan, tiempo que se programa, horas que se roban al sueño... El trabajo agota, consume energías y, a veces, la escritura se convierte en un camino cuesta arriba para el que se sacan fuerzas de donde casi no las hay. ¿Cómo compagina Ana Santamaría esas dos vertientes?

No se compagina. Una alimenta a la otra. En mi trabajo como sanitario veo gente real, gente normal que aguanta cosas que no ha elegido. De ahí surgen parte de mis relatos. Es cierto que cuando llegas a casa puedes elegir escribir o plantarte delante de una pantalla de televisión. Escribir es la elección que hace que sueltes lo que llevas dentro y no explotes y es algo que haces cuando puedes, no cuando quieres.

¿Cuesta escribir?

Cuesta empezar. Cuesta acabar. Cuesta publicar. Tener un borrador puede ser fácil, lo difícil llega después, donde afilas, cortas lo que sobra, llegas al tendón... Así que la respuesta es sí. Cuesta. Cuesta y por eso vale la pena.

Vamos con el último de los libros, *¡Arded, malditos!* Está compuesto por relatos no conectados entre sí, independientes, convertidos cada uno en una historia que se desarrolla y



evoluciona con la rapidez de unas líneas. ¿Cuál era el objetivo de esta colección de relatos?

El objetivo es que, tras su lectura, no te quedes igual, que no salgas ileso, que te incomodes. Que el lector se vea reflejado en ese esperpento hogareño, que le de asco y que sea capaz de reírse o de llorar, que le arda cada página.

Y el título... ¿Por qué ese título?

Es una orden para los personajes, para el lector, para mí. Ardemos de rabia, de vergüenza..., y estamos malditos por aguantar, por callar. Es lo que piensas cuando la vida te da un giro inesperado y dramático.

Es un título que duele al leerlo. Como los relatos.



El libro se estructura sobre cinco partes, con más de veinte relatos en cada una (excepto la

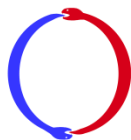
tercera). Los relatos tienen longitud variable; aunque predomina el relato muy corto —entre diez y veinte líneas—, hay algunos que pueden calificarse de microrrelatos y otros, como “Miembros” que casi llega a la veintena de páginas. ¿Cómo ha sido el proceso de escritura y qué criterio ha seguido para la ordenación y agrupación en bloques?

Son cinco bloques para arder por partes. En cada bloque encontramos lo absurdo, lo cruel, lo doméstico... En la parte central se encuentra el “incendio gordo”. El lector se confía con los relatos cortos y de repente está atrapado y no puede salir. Es a la vez un golpe y un respiro.

Aunque se puede decir que el relato y el microrrelato “están de moda” en un mundo subido a la prisa de lo inmediato, que avanza de destino en destino sin tiempo para contemplar el camino que los une ni para disfrutar del viaje, lo cierto es que las editoriales no los suelen mirar con buenos ojos. También es verdad que la novela está adelgazando por momentos y que es infrecuente que se publique nada que supere las trescientas páginas, salvo que el autor —o el que hace las veces de ello— tenga soporte mediático o sea alguna vaca sagrada. ¿Cómo ve la evolución del relato y del microrrelato en el mercado editorial?

El relato corto sobrevive en editoriales pequeñas, en revistas, premios. El lector sí está cambiando. Gente con menos tiempo, que lee entre turnos, en el móvil. Aquí gana el microrrelato frente a la novela. El problema no es que no se lea, es que no se apuesta por él. Hace falta que las editoriales quieran enterarse. Antaño se veía al microrrelato como un género menor. Ahora es el género de la gente que vive con prisa y quiere que le digan la verdad rápido.

Leer un libro de relatos es diferente a leer una novela o un ensayo, en donde el autor define los tiempos y la evolución y es él quien incita al lector a seguir adelante en un hilo conductor. En



un libro de relatos sin una línea evolutiva subyacente, el lector podría empezar por cualquier página y saltar hacia adelante o hacia atrás sin ningún criterio claro. Sin que pretenda pedir un manual de instrucciones, ¿cómo se debería leer *¡Arded, malditos!*? o, si lo prefiere, ¿cómo orientaría a un lector neófito en estas letras?

Se recomienda leer con cuidado, quema. Lee un relato. Respira. Ve al baño. Mira por la ventana... Vuelve, despacio, otro relato. Siente cómo te va incomodando, cómo tus dedos notan ese calor... Cuando quieras darte cuenta, estarás atrapado en él y verás que no es un libro para leerlo, sino para vivirlo.

El último número del curso 2025/2026 de *Oceanum*, el del pasado mes de julio, publicábamos una pequeña muestra de los relatos de *¡Arded, malditos!* Confieso que fue difícil hacer la selección porque no encontraba una combinación que terminase de ser representativa, que siempre quedaba algo y que no era posible plasmar el conjunto de la obra. Es posible que Ana Santamaría nos pueda explicar qué es *¡Arded, malditos!*...

Es un libro con más de cien microrrelatos o relatos cortos estructurado en cinco bloques. Relatos cortos de gente normal a la que la vida le pega un giro. Relatos de rabia, vergüenza, situaciones absurdas. Son relatos que te golpean e incomodan y a la vez atrapan, como el relato largo en la parte central.

Pongámonos en el lugar de un lector que entra en una librería sin tener muy claro qué quiere. Hay miles de libros... Algunos con la supuesta garantía de origen —autor de campanillas, editorial de renombre, tapa dura, sobrecubierta, banda que dice que se han vendido no-sé-cuántos trillones de ejemplares y que ha sido traducido al élfico y al klingon—, vamos, lo que todo el mundo sabe que va a ser un *best seller*.

¿Qué le diría a ese lector para que le apetezca leer *¡Arded, malditos!*?

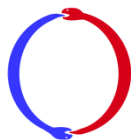
No lo compres si quieres salir igual. Si buscas mantita y chocolate, continúa. No es un libro para leer tranquilo en el sofá. Si lo que quieres es que el libro te mire y te diga la verdad sin filtro, llévatelo.

¿Cómo de difícil fue publicar *¡Arded, malditos!*?

El difícil, como todo lo breve. Un libro de microrrelatos da miedo, vende poco, es para un lector minoritario. Es un género que dice mucho y ocupa poco. Eso asusta. Por suerte encontré gente que no tuvo miedo de “quemarse” conmigo.

En el mundo editorial hay de todo, como en botica. Los grandes grupos que todos conocemos, los medios que se abren camino con dificultad y abnegación y los pequeños, a quienes cada día de supervivencia es una muesca más en la pared que escenifica una pequeña victoria contra pronóstico. Vamos con estos últimos, que de los primeros ya se encargan los grandes medios y los segundos son conversación de pedantes. El papel de un editor es evaluar una obra y decidir si la publica o no. Con la inflación de escritores y la proliferación de libros —¡temblad, bosques!—, la figura de ese pequeño editor se ha expandido desde el extremo en el que le importa una mierda lo que publique siempre que cubra resultados y deje algunos eurillos contantes y sonantes en la caja —nada reprochable, oiga, que cada uno debe procurarse los garbanzos— hasta aquel que se preocupa por el contenido y se esfuerza por apoyar al autor, en la creencia de que la victoria de uno es también la del otro. ¿En qué posición entre ambos extremos sitúa a Ondina ediciones?

Un libro de microrrelatos no es lo que más vende y Ondina apostó por un contenido que incomoda, pero es consciente de que tiene que



llegar a las librerías. No me pidieron que cambiase ni una coma para “vender más”. No es una editorial que pueda tirar miles de ejemplares ni una revista que viva del aire. Arriesgan por autores que no serán *best sellers*, pero que dejarán su huella. Conmigo lo hicieron.

¿Qué apoyo ha recibido de Ondina ediciones para la difusión del libro (ferias, presentaciones, difusión en medios...)?

El apoyo de Ondina ha sido el de creer en el libro desde el minuto uno. No me pidieron cambiar el título o suavizarlo y eso ya es mucho. Para su difusión hacemos conjuntamente lo que podemos: presentaciones en librerías, entrevistas. No hay un presupuesto para vallas publicitarias. Tenemos ilusión, un libro que, si lo lees, lo cuentas. Y el boca a boca.

¿Lo considera suficiente? ¿Qué ha echado en falta?

Para una editorial pequeña, sí. Sin duda con un gran presupuesto hubiera tenido otra campaña publicitaria. Al menos el libro está en librerías y se sigue dando a conocer.

A raíz de su experiencia hasta el momento, en una hipotética próxima obra, ¿considerará mantener la vinculación con Ondina ediciones u optará por buscar otra alternativa?

Ahora mismo Ondina es mi casa. Es cierto que no se puede abrir y cerrar puertas antes de tiempo. Cada libro es un mundo. El siguiente proyecto veremos qué necesidades y cuidados requiere, y todo ello se valorará.

En un futuro próximo, ¿se mantendrá en la vía del relato o explorará otras alternativas dentro de la narrativa? ¿Tal vez abordar una novela...?

De momento estoy en la vía del relato y microrrelato. En el futuro no lo descarto, pero

no por presión. Si un día me “quemara” una historia que necesite trescientas páginas para arder, la escribiré.

¿Cuáles son sus proyectos literarios para el futuro?

Seguir escribiendo todo lo que duele decir en voz alta. Hay material. Hay rabia. Hay historias dispuestas a arder. Como proyecto vital está el no apagarme y que este libro siga corriendo, sumando lectores sin miedo a quemarse.

Si ahora mira hacia atrás, a aquellos primeros escritos, ¿qué le diría a la Ana Santamaría de aquel entonces?

Escribe todo aquello que daría miedo leer al día siguiente. No suavices las cosas. No borres. Escribe mejor o peor. Ya habrá tiempo de pulir.

¿Qué ha sido lo mejor y lo peor de todo el camino que ha realizado desde entonces en la literatura? ¿Cree que ha merecido la pena?

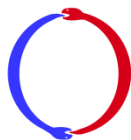
Quizá lo peor sea que uno es impaciente en cierto modo, ansía ver de inmediato su obra publicada, perfecta y se olvida o no es consciente de disfrutar cada momento. También uno se dice que no volverá a cometer los mismos errores y es cierto, puede suceder que no sean los mismos, pero siempre habrá alguna cosa con la que no estés conforme al cien por cien.

Lo bueno que puedo resaltar es que he tenido un gran apoyo en la gente de mi entorno, que me han valorado con creces y han creído en mí y a los que la lectura de mis libros a logrado “tocarles”.

Desde *Oceanum*, solo nos queda felicitar a la escritora por su trabajo y agradecer la buena disposición de Ana Santamaría para responder a nuestras preguntas.



A vueltas con la literatura chicana



Pravia Arango

Oviedo, 31 de julio de 2026 (3:27 a. m.)

Estimada Isabel:

Hora intempestiva para escribirte, pero cada uno tiene su ritmo, y este es mi momento. Allá por mayo hablamos de hacer una colaboración juntas sobre autoras chicanas —de hecho, guardo como oro en paño los cuatro autores que me has sugerido—, y nos dimos de plazo el largo y cálido verano para intercambiar opiniones; en tu caso, de relecturas; en el mío, de lecturas.

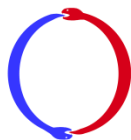
Este tipo de libros llega mal a la periferia de la periferia (Asturias, nuestra patria querida) por lo que en la biblioteca pública solo he conseguido *La casa en Mango Street*, de Sandra Cisneros. Pues con el librito en mis manos, hice lectura ingenua y relectura anotada, pues bien conozco la profesionalidad y rigor con que tomas estos asuntos.

Pensé, pensé y pensé, y se me ocurrió acercarte mis impresiones sobre la novelina a la vieja usanza, de manera epistolar, como si viviéramos a cientos de kilómetros cuando en realidad apenas nos separa uno. Pues eso, que con las notas te he escrito una carta donde destaco lo que me ha llamado la atención de esta miniatura costumbrista (¡uf!, el adjetivo chirría) hecho a base de viñetas líricas (esto queda más modernín). El resultado es lo que ahora lees con libertad absoluta para responder, corregir, afirmar, contradecir, ampliar y demás; al fin y al cabo, somos dos humildes mujeres hablando de una pasión compartida: la lengua y la literatura.

Aquí va mi lectura, supongo que nada original, porque es un libro que ya está requeetestudiado. No sé dónde he leído que *La casa en Mango Street* es un conjunto de viñetas líricas. En efecto, a mí los capítulos me recuerdan a esas miniaturas que reproducen con todo lujo de detalle una tienda de flores, una biblioteca a una panadería y que hoy está tan de moda en librerías, papelerías y tiendas de manualidades. Qué me ha llamado la atención. Te cuento.

En el mundo de *Mango Street* hay muchas mujeres cuyo único objetivo es “enganchar” (lo decía mi abuela) a un hombre porque ese es su futuro salvador; para ello el contoneo de caderas y los zapatos de tacón desarrollan un papel clave. Una vez conseguido el “príncipe azul”, resulta que destiñe al primer lavado y se convierte en un vago borrachuzo que les pega, las deja o las encierra. En esa situación generalizada, la protagonista va a señalar el camino correcto y abrir un rayo de luz en esa senda intrincada.

El libro se abre con la descripción de la casa de Esperanza en *Mango Street*, una casa fea, pequeña y desvencijada, y se cierra con la descripción de la casa ideal para Esperanza: con flores y libros, tranquila y “limpia como la hoja antes del poema”. La casa se convierte así en un



objeto metáfora muy potente que llevará a la protagonista a romper ese círculo vicioso que presenta varias señas de identidad como las que te comento a renglón seguido.

El pelo negro, fino y lacio, algo que las culturas no blancas y occidentales deben aprender a integrar en su canon de belleza, así como el signo identitario del nombre. Nuestra chica se llama Esperanza y no le gusta y elige el hipocorístico brasileño de José: Zezé, en una elección desorientada y extravagante.

Al pelo y el nombre —rechazados aunque no rechazables—, que ambientan el libro, se unen un montón de personajes que dan vida y color (el nombre de un famoso álbum de mi infancia): la amante de los gatos; el chamarilero; la chica que espera un novio salvador, la que ya lo consiguió —ya se le cayó la venda de los ojos— y la devuelven a la casa materna como un trasto inútil, otras pillan “novio/marido” que, en general, les pega, las encierra; la echadora de cartas; niñas que juegan en la calle; niños que también juegan a hacerse los hombrecitos.

Hombre y mujeres, niñas y niños, y un único hilo narrativo de relación: el deseo que hace que ellas esperen un coche que se detenga en la calle, una mirada, un beso, que esperen... Este círculo se rompe con Esperanza pues ella no quiere pertenecer y, aunque sale, volverá por los que se quedaron y los que no. La protagonista, Esperanza, con un nombre bien connotado y un apellido también: Cordero, que volverá para salvar y redimir a los suyos, ya que el “4006 Mango Street” forma parte de su recorrido existencial.

Antes hablaba de personajes, y debo añadir que no faltan los que le dan un toque de fantasía a la novela como el chaval que roba un coche y tiene un accidente o las tres hermanas que como hadas madrinas conceden un deseo a la protagonista.

Si hasta ahora nos hemos centrado en las viñetas, nos queda el adjetivo “líricas”. En efecto, descripciones como el jardín del mono, la familia de los pies menuditos, la casa soñada o la llegada nocturna de Earn hecha a base de los ruidos que provoca, elevan muchos grados la prosa poética que recorre el libro. No me resisto a copiar el capítulo de “Una casa propia”.

No un piso. No un departamento interior. No la casa de un hombre. Ni la de un papacito. Una casa que sea mía. Con mi porche y mi almohada, mis bonitas petunias púrpura. Mis libros y mis cuentos. Mis dos zapatos esperando junto a la cama. Nadie a quien amenazar con un palo. Nada que recogerle a nadie.

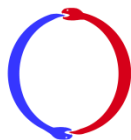
Solo una casa callada como la nieve, un espacio al cual llegar, limpia como la hoja antes del poema (p. 137).

Termino, amiga Isabel, con una tara. He leído el libro en español —con Elena Poniatowska de traductora, eso sí—, pero esto no deja de ser un demérito porque aquí el uso del español o del inglés lleva una carga sociolingüística que he dejado reducida a cero. Espero que ilumines este aspecto que se me ha quedado en sombra.

Un afectuoso abrazo

Pravia Arango

PD. Nos vemos y seguimos charlando del tema pasada la canícula estival.



Isabel García

Sí, es pura prosa poética. De hecho, Cisneros es poeta, igual que Ana Castillo.

Fíjate, no sabía que Zezé era el hipocorístico brasileño de José. Bueno, eso muestra que Esperanza está aún confusa, porque rechaza su nombre por ser latino, y lo cambia por otro que también lo es.

En Ana Castillo, también verás que las dos protagonistas se comportan, en cuestión de género, como dos mujeres convencionales en busca de pareja estable, aunque les sale el tiro por la culata, porque los hombres que encuentran solo quieren acostarse con ellas.

En fin, que coincido con todo lo que planteas en tu reflexión. Y me alegro mucho de que te haya gustado esta *short story* / historia corta.

Un abrazo,

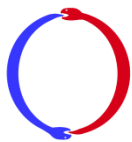
Isabel

Querida Pravia:

Estoy de acuerdo con todo lo que dices. Y me has recordado cosas que había olvidado, como “4006 Mango Street”.

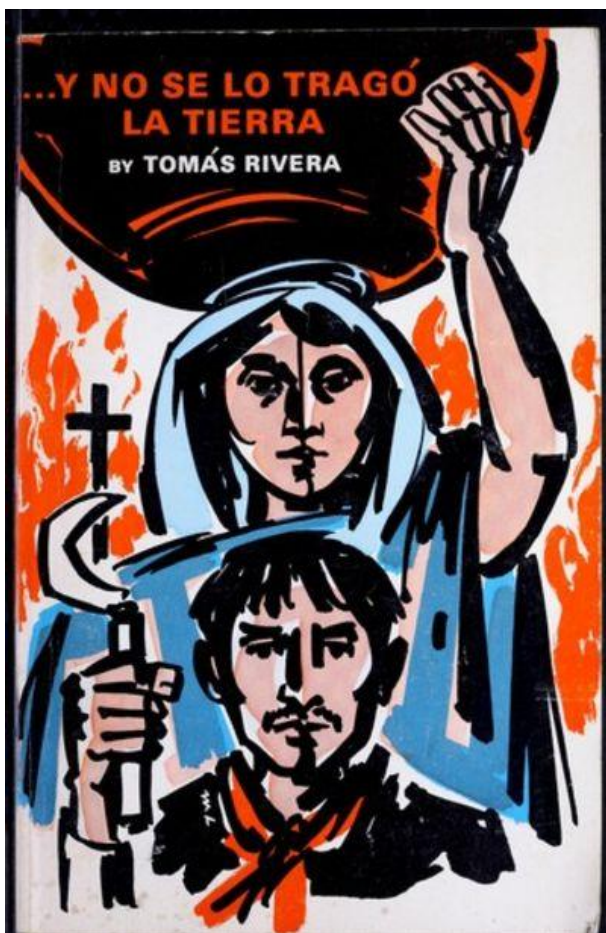
En efecto, la autora nos hace ver que, mientras el feminismo europeo tiene que luchar “solo” contra una *double jeopardy* (*class and gender*), el chicano lo hace contra una *triple jeopardy* (*class, race and gender*). Por eso algunas familias abandonan Mango Street, porque se está llenando de latinos.

En cuanto al género, la autora nos hace ver la tradición latina de casarse pronto, siendo las novias aún muy jovencitas, con lo cual pasan de sufrir el patriarcado del cabeza de familia al patriarcado del marido, que les pega y las encierra como antes lo había hecho el padre.



Seguimos hablando de literatura chicana en la cafetería del emblemático hotel de Oviedo a esta hora con poca gente.

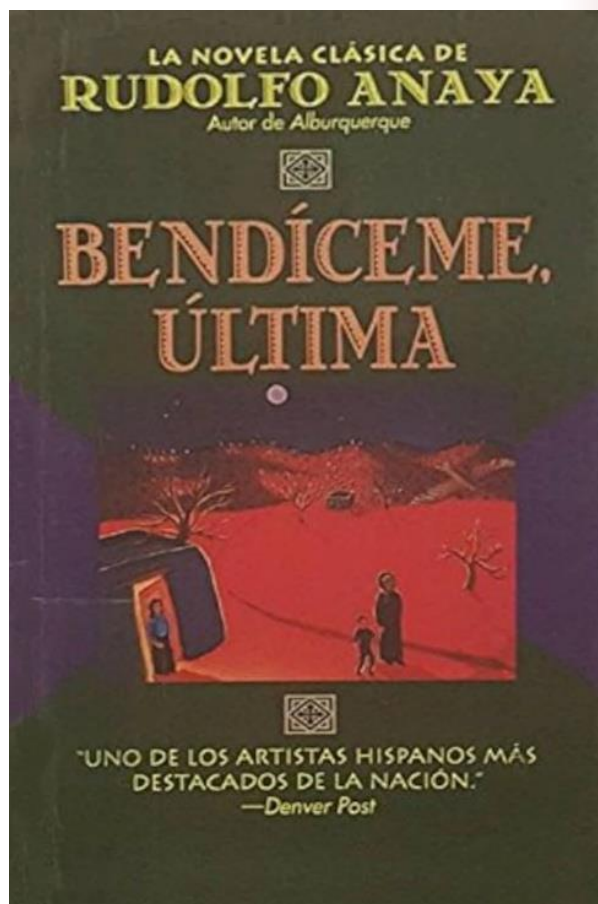
Pravia. ChatGPT me dio un esquema sobre la literatura chicana que nos encaja muy bien. Señala tres etapas: la primera, reivindicación (años 60-70) y aconseja la lectura *Y no se lo tragó la tierra*; la segunda, en los 80-90, la consolidación, y aquí sugiere *La casa en "Mango Street"*; la tercera, de los 90 a la actualidad, aceptación de la identidad híbrida, y aquí ubica *La casa de los ángeles rotos*. Bueno, después de lo leído entre las dos, nos queda sin tocar la primera etapa, la más combativa, la de *Y no se lo tragó la tierra*.



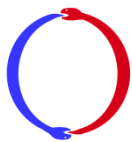
Isabel. Es un libro muy bonito que sigue los pasos de Juan Rulfo en *El llano en llamas*.

De la primera etapa también está Anaya.

Es buenísimo, sí. De la primera, recomiendo siempre *Bendíceme, Última*, pero no gusta por la lentitud, me dicen. Y mira que tiene de todo y bebe de la literatura mexicana, pero...

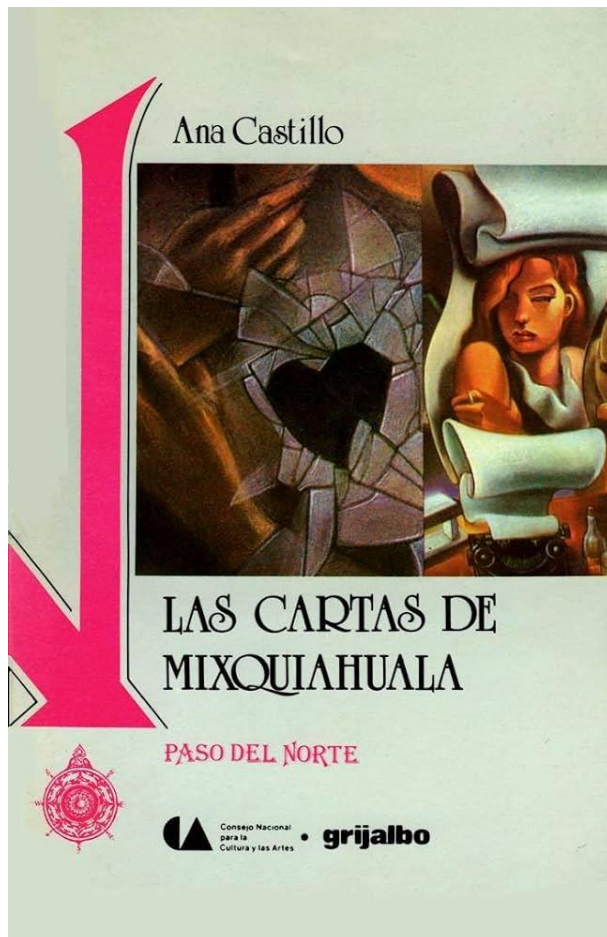


Bueno, Isabel, cuéntame de qué va *Las cartas desde Mixquiahuala*. Tenía intención de leerla, pero no he dado con ediciones en español fáciles de conseguir en España. La versión inglesa que tú me pasaste me resultó inaccesible para mi pobre nivel del idioma.



Es de difícil lectura si te sirve de consuelo. Pues, mira, dividí el trabajo en dos partes: por qué es un texto posmoderno y la identidad de la nueva mestiza, que es el tema central.

Vamos con *Las cartas...* como novela experimental.



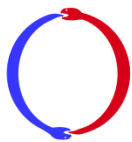
Como indica el título, es una novela epistolar, pero con muchas técnicas posmodernas; por ejemplo, la subversión y la deconstrucción de los modelos patriarcales y sociales. Una pizca de argumentos de autoridad. La crítica literaria Linda Hutcheon dice que esta novela usa la heterogeneidad y la improvisación frente a un texto tradicional cerrado y homogéneo. Otro crítico, Gerard Genette, apunta a los paratextos, es decir, las dedicatorias o los encabezamientos y finales tan singulares de las cartas. Más. La elección de Ana Castillo del género epistolar es un desafío, pues se asocia la carta a la esfera doméstica femenina, pero la protagonista es

mucho más liberal que una mujercita al uso; también lo epistolar le permite una flexibilidad infinita para mezclar géneros o prosa y verso. Fíjate que rompe el orden cronológico —esencial en una carta— y cada una puede leerse como una entidad en sí misma con lo que la novela epistolar deviene en un libro de relatos.

Sí, algo he leído de las cuatro lecturas de la novela.

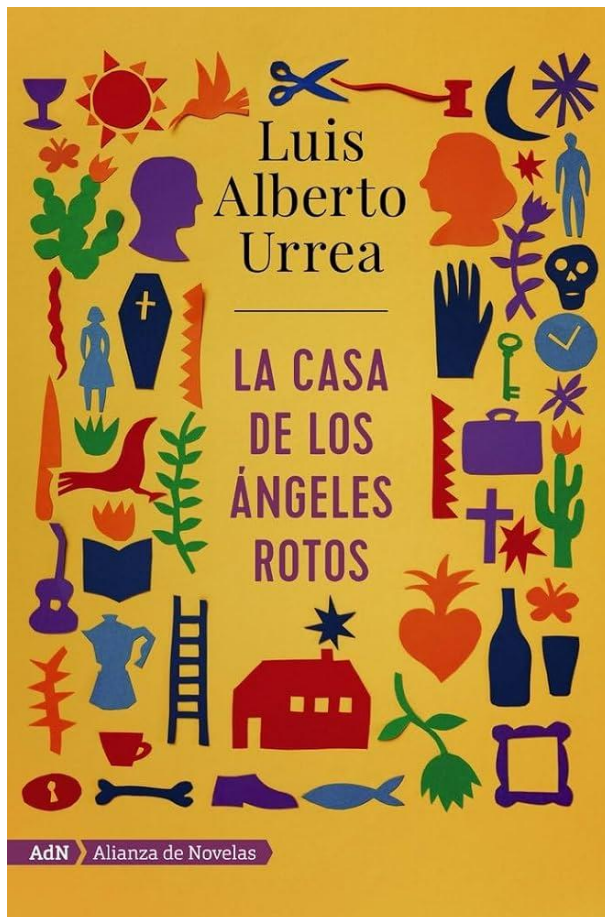
Exacto, luego te lo explico. Sigo con la deconstrucción: de la mujer tradicional pasamos a dos mujeres, Teresa y Alicia, que son muy liberales. Ahora uso otro tecnicismo, intertextualidad; o sea, referencia a otros textos, aquí encontramos a Cortázar nombrado como “master of the game”, la autora sigue el modelo de *Rayuela* y también los diarios, de Anaïs Nin. Este afán rompedor también afecta a la forma, omite los signos de puntuación en ocasiones, y el pronombre personal de primera de singular siempre lo escribe en minúscula “i” —unos dicen que para buscar la igualdad de género, raza y clase; otros hablan de una búsqueda de identidad—. El léxico inglés es poco convencional y hay muchas frases en español. Y en el derribo de departamentos estancos se mezcla prosa y verso. Que no se me olvide: la fragmentación es un elemento distintivo de la literatura posmoderna. ¡Ah!, otra cosa muy importante. El monólogo interior. Las cartas, a veces, son reflexiones de la protagonista, por lo que puedes leer el texto como un psicoanálisis. Fíjate cuántas palabras para *Las cartas de Mixquiahuala*: psicoanálisis, subversión, transgresión, epistolaridad, posmoderno, deconstrucción; todas son perspectivas que ofrece el libro. El lector, como en *Rayuela*, tiene que estar muy atento porque la autora lo convierte en escritor de la propia novela.

Posmoderno, dices, pero la historia se hace con avances y retrocesos, no siempre es superación de lo anterior. Y es que *La casa de los ángeles rotos* de Urrea, con ser posterior en el tiempo,



bien poco tiene de posmoderna. Es de corte tradicional y lo único es un recurso para conseguir una rapidez vertiginosa en los diálogos. Me explico, en los cambios de interlocutores, no existe un narrador que avise, por lo que, si no eres un lector avisado, quedas “in calzonibus” y hay que volver atrás. La trama es muy sencilla: la historia de una familia que se reúne en el funeral de la matriarca y en la celebración del cumpleaños del hijo mayor de esta saga, que se celebran seguidos. Hay tal cantidad de personajes que eché en falta un árbol genealógico de apoyo.

Pero a Urrea no le parece bien, se lo toma como una crítica.



Lo que para Urrea es viejuno e inútil; para mí, no. ChatGPT me ayudó. Así de chulita me pongo. Como novela de la tercera etapa, lo híbrido es clave, así que nos encontramos con mexicanos emigrantes, mexicanos estadouni-

denses y chicanos (seguro que me equivoco con el término) de segunda y tercera generación.

¿Y esos ya están asimilados?

Bueno, como dice el título, todos son ángeles rotos, tienen sus cositas...

¿Pero ellos están entre dos mundos?

Unos están más cerca de las raíces mexicanas y otros, no. La novela es de interior, de puertas adentro, en una casa; por tanto, a Urrea le interesa mostrar la casa y la familia como apoyo y como vaselina para el contexto exterior.

¿Cree que ahora los chicanos están más considerados?

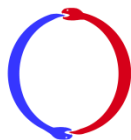
Urrea presenta un cambio por parte de los chicanos. Antes eran combativos, con rabia y rencor. Ahora aceptan que el migrante tiene ventajas e inconvenientes. Si vas a otro lugar, este te ofrece un futuro mejor (o eso se espera), pero te genera nostalgia.

¿El esfuerzo lo han hecho ellos o la sociedad dominante?

Ellos deben adaptarse a lo que bien llamas la sociedad dominante. Ahí, en el nuevo espacio, puedes mejorar, pero también tienes que ganarte el derecho a ser aceptado.

¿Usan el “code-switching”?

Ahí juegas con ventaja. Tú has leído la versión original y yo una traducción. Por lo que no sabría qué contestarte; me parece que poco, poquito. Pero, repito, Urrea es inclusivo, para él hay dos lenguas y dos culturas que suman, y dan un producto nuevo e interesante. Y eso es lo natural, ya desde la hibridación de sapiens y neandertales.



(Silencio elocuente que da paso a la otra interlocutora).

Sobre el tema principal de *Las cartas de Mixquiahuala*: la identidad de la nueva mestiza, pues, te cuento. Teresa escribe cuarenta cartas a su amiga Alicia que nunca aparece con voz propia, en las que narra tres viajes a México y en uno de ellos encuentra el pueblo de Mixquiahuala, de pasado precolombino. Teresa, en un primer momento, lo encuentra auténtico, cree que ha hallado su pasado, pero después se da cuenta de que es un mundo patriarcal, opresor y acosador. Tiene una identidad híbrida y fragmentada entre México y Estados Unidos. Está muy confusa en esta etapa de transición. Debe luchar contra una triple discriminación: clase, raza y género, mientras que Alicia no sufre la discriminación de raza porque es blanca. Ambas encuentran en el arte un medio de liberación: Teresa escribe y Alicia pinta. La vida de Teresa está marcada por una triple colonización: españoles, ingleses y el hombre. Antes te hablaba de Teresa como identidad dual y eso se ve muy bien en las contradicciones: moderna pero supersticiosa; liberal pero ingenua; amistad incondicional con Alicia, pero hay cierto alejamiento y envidia porque Alicia es blanca. La dualidad afecta no solo a Teresa, sino que también llega la mitología, es clara la presencia de la diosa azteca Coatlicue, que representa a la Madre Tierra y a la montaña, sí, pero también dualidades como nacimiento/final, vida/muerte, o cielo/ infierno. Como hablábamos antes, la novela tiene tres finales: para el lector conformista, para el cínico y para el quijotesco. Para el conformista: Teresa vuelve a México con hijo y marido; para el cínico: en la dualidad asimilación/alejamiento de las dos amigas, triunfa el alejamiento porque Teresa se enfada con Alicia; para el quijotesco —tal vez el mejor porque dé esperanza—, ambas son aceptadas en la sociedad estadounidense y en la mexicana.

Los tres finales no conllevan la lectura de las cuarenta cartas; por tanto, también hay un cuarto final y una cuarta lectura: las cuarenta cartas seguidas e interpretadas como entidades separadas.

Enlazando con lo que decías de los problemas de identidad que tiene Teresa, Urrea también lo plantea, pero presenta la identidad como un concepto líquido, fluido, cambiante; por tanto; lo que importa es lo que tú eres, no hay por qué elegir, debes integrar porque eso constituye tu identidad.

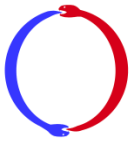
Aun así, en Estados Unidos los migrantes lo tienen muy mal.

Ya. Pero Urrea en *La casa de los ángeles rotos* plantea el problema desde el interior. Todo sucede en una casa familiar como lugar de encuentro y desencuentro, y todos son ángeles rotos, pero pueden seguir avanzando. Por tanto, si el espacio es una casa donde se celebran un funeral y un cumpleaños, lo estadounidense está, pero se incide más en lo interior que en lo exterior. Urrea no propone la reivindicación ni la consolidación, sino la aceptación de una identidad híbrida, transnacional y transfronteriza.

Eso indica que la labor de las etapas de reivindicación y consolidación fueron muy productivas.

Claro, claro, claro: todo es suma y sigue.

Quiero comentarte algo que se me ha escapado. Teresa y Alicia sufrieron abortos. Alicia, como consecuencia del aborto mal practicado, queda estéril y eso le supone un trauma. Los abortos son consecuencia de una discriminación de clase (el aborto de Alicia se hace en malas condiciones) y de género porque ese aborto es anterior al reconocimiento de su legalidad. Es típico de los años setenta con un feminismo eficiente, no como ahora que está en la picota.

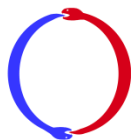


Bueno, Isabel, quedamos emplazadas para seguir hablando del tema, ya que aún queda mucha plancha; por ejemplo, la primera etapa de la literatura chicana. O de más cositas que hay en la agenda, como comentamos.





Albert Einstein: ciencia y derecho
La superación de lo visible



Diego García Paz

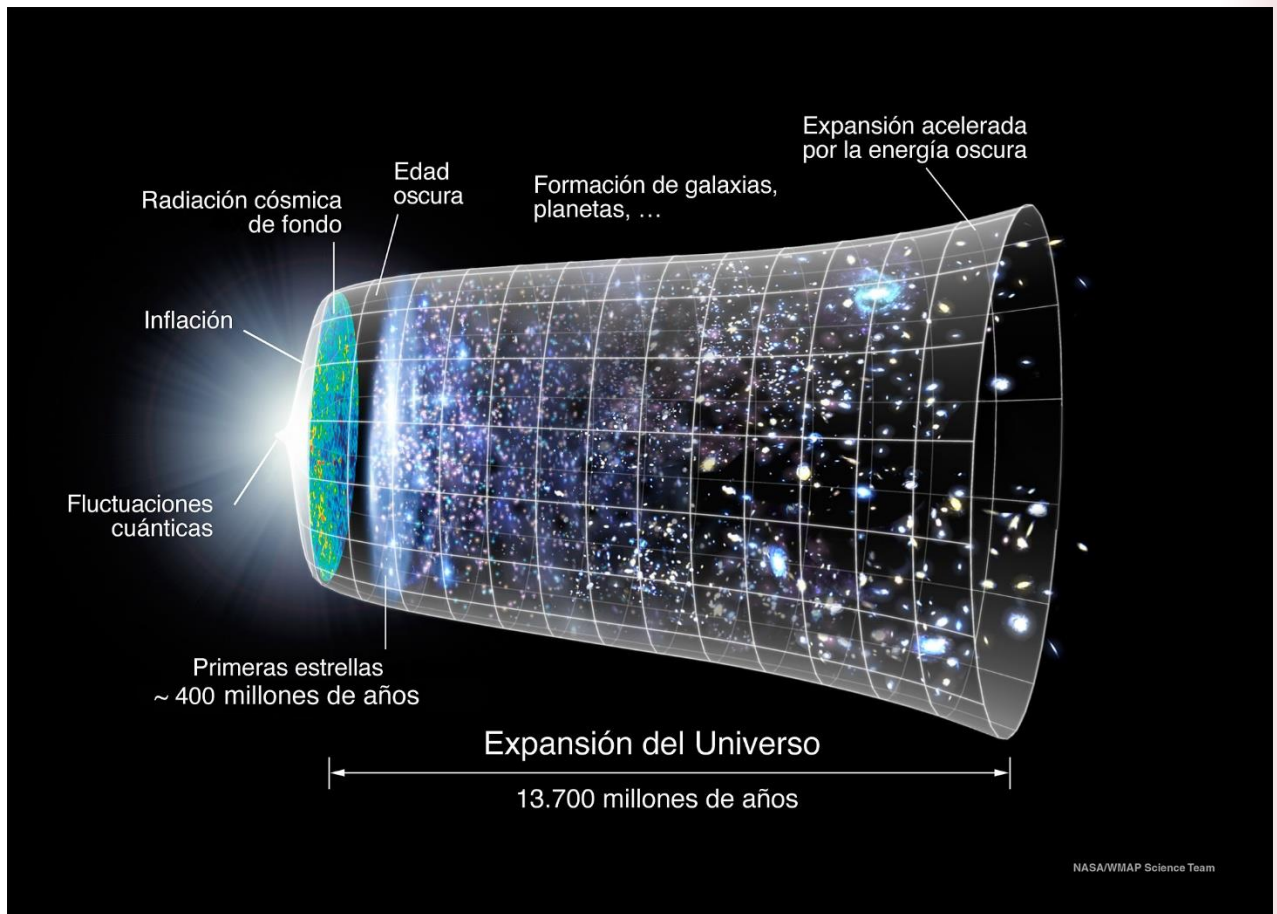
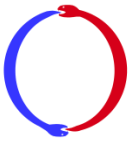


ALBERT Einstein (1879-1955) es actualmente un auténtico icono cultural, una de esas personalidades que marcan la historia reciente de la humanidad. Su imagen va mucho más allá de lo científico, campo en el que desarrolló su principal faceta, como físico. Nos encontramos ante un hombre de una inteligencia superior, que se plasma en algo relevante: sus principales teorías ponen de manifiesto que aquello que se produce en la realidad sensible no es sino, primero, una perspectiva de las cosas y, segundo, originada en acontecimientos que tal vez no sean patentes o visibles de una forma directa o apriorística, en el sentido de que no todos los observadores de dichos acontecimientos iniciales los ven, o si los ven no lo hacen de la misma manera. Quien está dentro de un tren en movimiento y ve pasar otro tren en movimiento en los raíles colindantes percibe la marcha del que ve, pero no así la marcha de su propio tren, pues la realidad inmediata que lo rodea se mantiene

fija, percibiendo únicamente que su tren se mueve por una inferencia racional derivada de la lógica y de algún elemento aislado que lo lleva a esa conclusión, como puede ser el sonido o cierta vibración; pero el observador, pasajero de ese tren que lo lleva, no lo ve moverse, como sí lo hace con el que le aparece enfrente. Así pues, elementos como la velocidad de la luz o la curvatura del espacio-tiempo, determinantes para entender la realidad, no se ven ni se perciben, pero sin ellos nuestra comprensión de lo que ocurre en el mundo no sería posible.

De una manera coherente con este postulado científico, la cuestión de la divinidad en Einstein es también muy singular. Dios, para nuestro protagonista, forma parte de todo y todo se identifica con Él, por medio de lo que Einstein denominó “leyes universales”, que lo son para cada campo de la vida, no solo el científico, sino también el ético y, por supuesto, el jurídico. Se trata de una idea de Dios tributaria del pensamiento de Spinoza, que, lejos de renunciar a su existencia, muy por el contrario, lo hace presente en todo, y especialmente en el orden de la realidad. Esta organización, desde los confines del universo hasta el menor detalle de la vida cotidiana de un ser humano, obedece a una razón, a una ley, a un principio universal, que por no ser visible o perceptible de forma directa ello no implica su inexistencia.

Este determinismo en el funcionamiento de la naturaleza, la causalidad más allá de lo que se percibe, a través de los universales, de aquellas *leyes* que basan lo que consideramos real y sustentan desde lo invisible al armazón positivo de las normas, físicas y jurídicas, que rigen nuestra realidad y nuestra vida, desde el amanecer hasta el anochecer, configuran el factor más importante de toda la existencia, pues la motivan, la originan y la organizan para hacerla armoniosa, siendo este orden, aunque no se pueda comprender desde un prisma



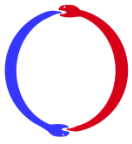
empírico, lo que en verdad hace posible a la misma realidad que sí notamos.

Llevados los anteriores planteamientos al derecho, de nuevo, estas tesis han de implicar la necesaria consideración de que cualquier sistema jurídico que se estime como tal, esto es, como un *ordenamiento*, un modelo organizado, armonioso y coherente de normas, ha de contar con un sustento más allá de lo positivo. Estas leyes universales, ya sean entendidas propiamente como derecho natural, o como un iusmoralismo no iusnaturalista, en el sentido de cambiante con el propio devenir de los acontecimientos sociales, son la base por la que los sistemas jurídicos tienen su razón de ser, y obedecen a la consecución de un fin, que no es otro que la obtención de la verdadera justicia. Un ordenamiento jurídico no sustentado en estas premisas, o dispuesto por un poder que reniegue de ellas, tendrá por tal solo el nombre, pues ni su apariencia ni sobre todo sus efectos

serán compatibles con el que debe ser su fin. Las leyes incomprensibles, en su redacción y motivos, y los perniciosos resultados de su aplicación a los hechos que regulan, ponen en evidencia que el redactor de estas es el timonel de un barco sin rumbo, carente de ética y de valores públicos, sin mapa moral que le haga legislar con el pensamiento puesto en la sociedad y en el futuro y no en él mismo y en su egoísta presente.

Una relatividad, por lo tanto, también en lo jurídico: los universales siempre existirán, aunque el legislador transitorio, desde su recortada y simplista visión, quiera presentar una realidad contraria a ellos, y pasada su intervención sobre lo positivo, olvidada su triste injerencia, esos principios esenciales volverán a reclamar su sitio.

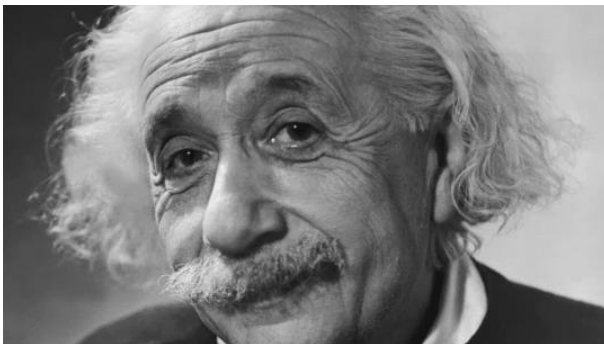
La mente humana, no importa que tan entrenada esté, no puede abarcar el universo.



Estamos en la posición del niño pequeño que entra a una inmensa biblioteca con cientos de libros de diferentes lenguas. El niño sabe que alguien debe de haber escrito esos libros. No sabe cómo o quién. No entiende los idiomas en los que esos libros fueron escritos. El niño percibe un plan definido en el arreglo de los libros, un orden misterioso, el cual no comprende, sólo sospecha. Esa, me parece, es la actitud de la mente humana, incluso la más grande y culta, en torno a Dios. Vemos un universo maravillosamente arreglado, que obedece ciertas leyes, pero apenas entendemos esas leyes. Nuestras mentes limitadas no pueden aprehender la fuerza misteriosa que mueve a las constelaciones.

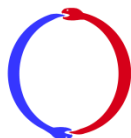
La ciencia sin religión está coja, y la religión sin ciencia está ciega.

Todo lo que puedas imaginar, la naturaleza lo ha creado ya.





Con los clásicos a vueltas:
leerlos y releerlos...



Pilar Úcar Ventura



ADA cierto tiempo se repite el revisionismo clásico, de los clásicos. Leerlos por primera vez o releerlos una vez más.

Debe de ser que existe una conciencia mordiente actual que impele mirar hacia el pasado, echar la vista atrás, y detenerse en libros que configuran nuestro acervo cultural y que nos han acompañado, como la canción del verano, hasta ahora y a lo largo de nuestra trayectoria vital y profesional,

Alguien me dice que está leyendo literatura seria: *Crimen y castigo*, los *Episodios nacionales*, Delibes..., clásicos, sí.

Me planteo el significado de la etiqueta “clásicos” y rastreo alguno de sus significados: obras atemporales que trascienden momentos concretos por su temática universal: el amor, el poder, la muerte..., libros que han ejercido una gran influencia reflejada en escuelas y genera-

ciones literarias, sociales y políticas..., textos de un valor cultural, que definen e identifican épocas pretéritas y venideras.

El caso es que si seguimos estas coordenadas mantenemos y perpetuamos un elenco archiconocido y poco variado, es decir, escuetamente innovador.

Parece que condición *sine qua non* es el óbito del autor, porque un viviente no imprime trascendentalidad a su obra; lo de siempre: la perspectiva la da el paso del tiempo y mientras tanto, lecturas a cascoporro que pasarán sin pena ni gloria hasta el deceso del escritor y de la escritora.

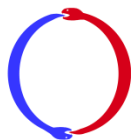
Me surge una duda: si Miguel Delibes es un clásico, ¿lo es también Ana María Matute?

Ahí lo dejo, porque me malicio que hasta en esto de la nomenclatura y clasificación de “libros clásicos” existe un sesgo de género. Avanzo: Federico García Lorca, sí y ¿Carmen Martín Gaité? Mucho tiene que ver también con la forma de desaparecer de este valle de lágrimas: entre un asesinato y una enfermedad, distan no solo décadas, sino repercusión social y mediática.

Por otro lado, remontarnos al clasicismo nos lleva a acabar en Grecia y Roma, por ejemplo, y no situarnos a partir del Siglo de Oro con *Don Quijote*, libro canónico para retomar la decisión de releer.

A los jóvenes Z, lo clásico les suena a antediluviano, y eso que ahora con las dramatizaciones de ciertos libros “antiguos” o con alguna película de efectos grandiosos, sienten leve atracción —mejor, curiosidad— por lo que escribieron *in illo tempore*: Horacio, Esquilo, Virgilio... y hasta ahí.

Existen festivales veraniegos que recuperan libros clásicos como *La Celestina*, pero también



se quedan en celebraciones visuales y populares de turismo ocasional.

A los más jóvenes Alfa, poco se les puede ofrecer en este sentido, más allá de los planes académicos de “clásicos” versionados, es decir, con reducción del original —lo breve se digiere mejor— o con versión del español al español actual —o sea, al suyo propio— con subtítulos, casi en su mismo idioma.



Sabemos que no es lo mismo leer a Cervantes a los 16 que a los 35 o a los 64, porque una no es la misma persona ni en 3º de B.U.P. ni como profesora de español ni como casi jubilada. Y el texto no ha cambiado, pero tiene la capacidad de amoldarse a las hechuras del traje vital en cada época. En el colegio, lectura obligatoria,

en la universidad, excusa para practicar la lengua y ahora, diversión y pasatiempo.

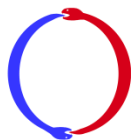
Entonces, ¿por qué volver a un libro que ya hemos leído? Me dirán, ¿no es una pérdida de tiempo?, con tanta lectura pendiente, ya sean obras maestras a las que aún no hemos llegado o novedades de las que todo el mundo habla... Se echa mano muy a menudo de la frase consabida atribuida a Italo Calvino acerca de los secretos que oculta un libro se lea una o mil veces y tal afirmación solo obedece a lo apuntado antes: las vueltas que da la vida de cada uno de nosotros impiden reconocemos con el paso del tiempo.

Pues igual ocurre con la relectura. En alguna ocasión he mencionado que a mí *Yerma* me conmovió a mis 20 años y hoy me parece una petarda (a mis estudiantes extranjeros les impresiona la sequedad interna de esta mujer y el delirio final). O *La náusea* de Sartre, que la leí a escondidas durante una conferencia en mi universidad y hoy me harta.

De pequeña disfrutaba con la relectura de *Mujercitas* y no soportaba a *Alicia* en su país... Por otro lado, defiendo la idea de abandonar un libro si no capta nuestra atención ni interés, sea clásico o no; me dirán que tal y como está la cesta de la compra, los tiempos no invitan a gastar en libros y no acabarlos, cierto. Pero la tortura que nos infligimos para amortizar el dispendio no compensa: tiempo invertido, esfuerzo y mal humor en términos económicos..., muy caro el precio destinado a finiquitar una lectura indeseable.

Pero retomemos la idea central que nos ocupa: volver a los clásicos. ¿Para qué?

Para olvidar a un amante, para recuperar consistencia real de lo vivido, para explicar el cambio climático, para compartir alegrías ficticias, para calmar el ánimo, para decidir un cambio de ciudad, para conseguir la paz



interior, para reír y no llorar, para gritar y guardar silencio. Para querernos y lograr un bienestar emocional y calidad de vida.

Constató que encontramos un impulso genuino y legítimo ante el deseo de la novedad, de lo último publicado y más si viene “avalado” por críticas y comentarios en redes y medios. Nos ataca el FOMO (*fear of missing out*) y ¡ay! de nosotros si nos lo perdemos.

Por eso, releer a los clásicos significa, para muchos, una involución y también un acto de decisión libre al margen de modas y corrientes literarias de rabiosa actualidad.

Son los niños y las niñas quienes prefieren leer repetidamente su cuento favorito, sin ápice de modificación, añadido o supresión. Tal cual lo conocen desde la primera vez. Sea tragedia o comedia, se entusiasman cuando identifican a los personajes que ya conocen y el final que adivinan de memoria.

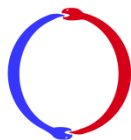
Además, cuando elegimos releer, somos dueños de dónde queremos poner nuestra atención, en qué punto nos vamos a detener y qué escena vamos a saltar. Hacemos nuestro e intransferible ese libro. Nos pertenece. Y le dedicamos, sin racanería, el tiempo que queremos.

Está claro que amenaza el aburrimiento. La relectura exige sentidos atentos, actitud más completa y pausada. Sin prisa y con ganas. Como se paladea un postre. Descubriendo un aroma y un sabor distintos.

Existe el riesgo de compartir este descubrimiento y encontrar opiniones peyorativas a la vuelta de los clásicos. El presentismo acuciante y la instantaneidad obligan a la actualización constante, al reseteo.

Como en la moda, lo clásico no caduca, es un valor seguro. Siempre se acierta. Los clásicos pueden servir de orientación en tiempos procesos, administran consignas aplicables en diferentes situaciones particulares y contextos generales.





Ocurre que cuando retomamos una lectura ya realizada tropezamos con párrafos subrayados, comentarios al margen y notas en páginas que nos hacen recapacitar sobre nuestra propia personalidad: de cómo éramos a cómo somos. La sorpresa asalta y sirve de espejo renovado frente al espejismo anterior.

Los clásicos nos hablan desde tiempo inmemorial y nosotros los escuchamos o los acallamos por conveniencia y comodidad. Parece que la antigüedad unida al clasicismo tiene mucho que ver con la dificultad de la lectura y la complejidad del esqueleto literario frente a la facilidad que se busca hoy en día.

En cualquier caso, obligación de volver a los clásicos, ninguna. Interés, sí. Para releerlos a vista de pájaro, en diagonal, a trozos y por párrafos. Un puro mosaico de piezas, cambiantes como nosotros mismos.

Eso sí..., leer siempre.

Ya lo cantaban Presuntos implicados:

Ah! Cómo hemos cambiado

...

Así como el viento lo abandona todo al paso,
así con el tiempo todo es abandonado...

Ah! Cómo hemos cambiado

que lejos ha quedado aquella amistad.

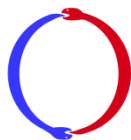
Ah! ¿qué nos ha pasado?

...

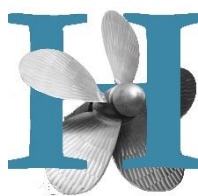
tantos sueños por cumplir, alguno se ha de vivir.



Islandia



Osvaldo Beker



HA-BER estado en Reykjavik representó una circunstancia inusual para mí, así como para muchos nacidos en este rincón del planeta llamado Argentina.

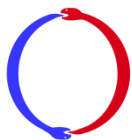
Realmente uno entiende la expresión “el confín del mundo”, tal como sucede cuando se viaja a Ushuaia. Y el clima es similar. Y la ciudad es similar también. Solamente basta chequear el Google Maps cuando estás allá y se experimenta una especie de vértigo por dónde el globito rojo se posa: lejos de todo, cerca de lo ignoto. De todos modos, pensaba más bien en las Malvinas cuando estuve en ese pedacito de tierra en el medio del mar que es Islandia. Mucho viento, el agua ahí al lado, compañera pero a la vez amenazante, un cielo taponado de blanco, frío glacial. A esta altura vaya la pregunta: ¿por qué a lo largo de la historia hay gente que se congrega en un clima tan poco hospitalario? Claro, por supuesto, habrá sujetos a los que les agrada pero, *mamma mia*, hay que

tener voluntad... Hallgrímskirkja es el nombre (ideal para el “juego del ahorcado”) de una iglesia que quizás sea el ícono insoslayable de Reykjavik. Se trata de una construcción extraña: dicen que su creador se inspiró en la lava, pero a mí me parece una torre irregular que, en la noche, da miedo. O, quizás, parece uno de esos cohetes que están a punto de despegar del Cabo Cañaveral. Rara. Se puede subir. Obvio que lo hice: desde allá arriba se tiene una gran vista panorámica de la ciudad (muchos techos de colores, un trazado en damero, el agua al fondo, un par de picos montañosos a izquierda y derecha). Llegar hasta allá arriba, en ese mirador inhóspito, vacío (el turismo no es muy abultado), constituyó una circunstancia sin par. En Ushuaia dicen que todo es relativo: ¿cuál es el fin del mundo?, ¿y cuál el comienzo? Es una cuestión de perspectiva. A tres horas de Londres en avión, Reykjavik ofrece un punto de vista como pocos lugares en la Tierra. Es decir, estamos en el planeta, pero a la vez parece que uno está desfasado, desubicado. Por supuesto, esta cuestión de miradas también podemos ejercitarla en el extremo sur de nuestro país. ¿Qué sabemos de Islandia? Björk. ¿Pero qué más? Poco más. O, en el mejor de los casos, que su contorno hace pensar en Nemo.





Michel Diaz



Texto y traducción de **Miguel Ángel Real**

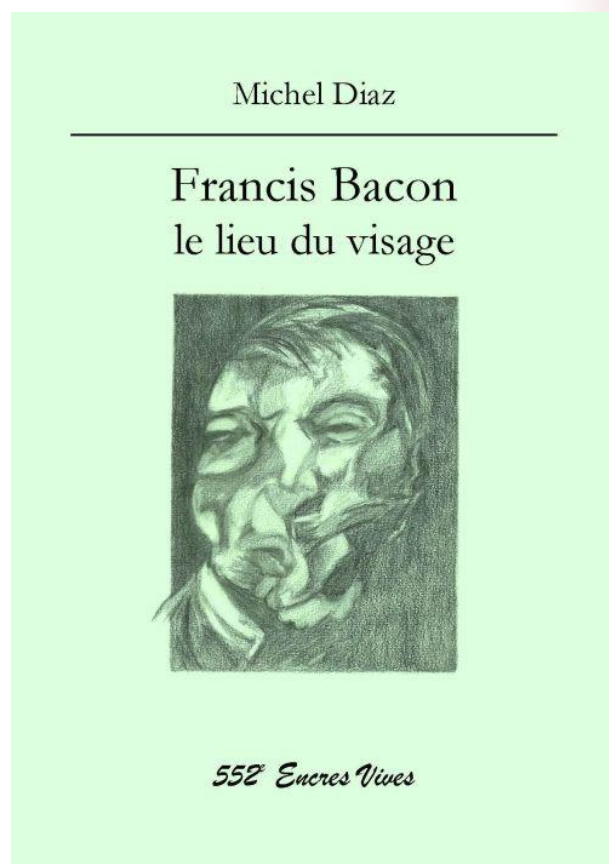
En 2019 recibió el premio Amélie Murat por *Bassin Versant* (Ed. Musimot), y en 2021 el premio Aliénor por *Le Verger abandonné* (Ed. Musimot).

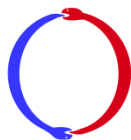
Las últimas publicaciones de su extensa bibliografía son:

- *Plus rien que le blanc dans la nuit*, poesía, con grabados de Pierre Jourde, Ed. Les Cahiers des passerelles, Aubière, 2026.
- *Le souffle du Sacré*, poesía, con pinturas de Patrice Delory, Ed. Unicité, 2026.
- *Le Gardien du silence*, relatos, Ed. L'Amourier, Coaraze, 2014.
- - *Partage des eaux*, relatos, Ed. N. & B, Toulouse, 2014.
- *La Nuit de la Toussaint*, teatro, Ed. Christian Pirot, Joué-les-Tours, 2016.

MICHEL Diaz. Profesor de Letras, ha enseñado literatura y arte dramático. Especialista de la obra del dramaturgo Arthur Adamov, al que ha dedicado una tesis doctoral y una amplia bibliografía. Ha escrito esencialmente para el teatro, pero es igualmente autor de relatos, de numerosos poemarios y de libros de arte en colaboración con diferentes artistas.

Publica con regularidad poemas y reseñas en diferentes revistas (*Diérèse, Terre à ciel, Recours au poème, Arpa, Poésie sur Seine, Ecrits du Nord, Terres de femmes, Poésie / première, Lichen, Chemins de traverse...*).





Au commencement n'était pas le Verbe, mais le Visage.

Qui, déjà contenait sa fin. Et, entre deux, l'inachevé, dans quoi nous cheminons.

A l'origine, le visage.

Comme né des nuages ou surgi de la pure lumière, don des hauteurs insoupçonnées? Ou des insongeables ténèbres?

Jaillissement bouleversant dont l'éclat soudain nous aveugle. Et ne cessera jamais de nous aveugler. Besoin, désir, espoir d'appel au milieu de tous les appels, de toutes les rencontres et de tous les refus.

Appel de qui nous tient captif dans le miroir de sa présence et de sa ressemblance. Qui ne nous accorde existence que dans l'appel muet, tourné vers nous, de son propre regard aveuglé.

Mais répondre à l'appel, aller vers l'Autre, son visage, est chemin de neige et de brume, de sable et de boue. Comme venir du sien au nôtre est même chemin de tâtonnement et d'éternelle incertitude.

Et entre eux deux, l'épreuve capitale du dévoilement.

En el principio no era el Verbo, sino el Rostro.

Que ya contenía su final. Y entretanto, lo inacabado, por donde caminamos.

En el origen, el rostro.

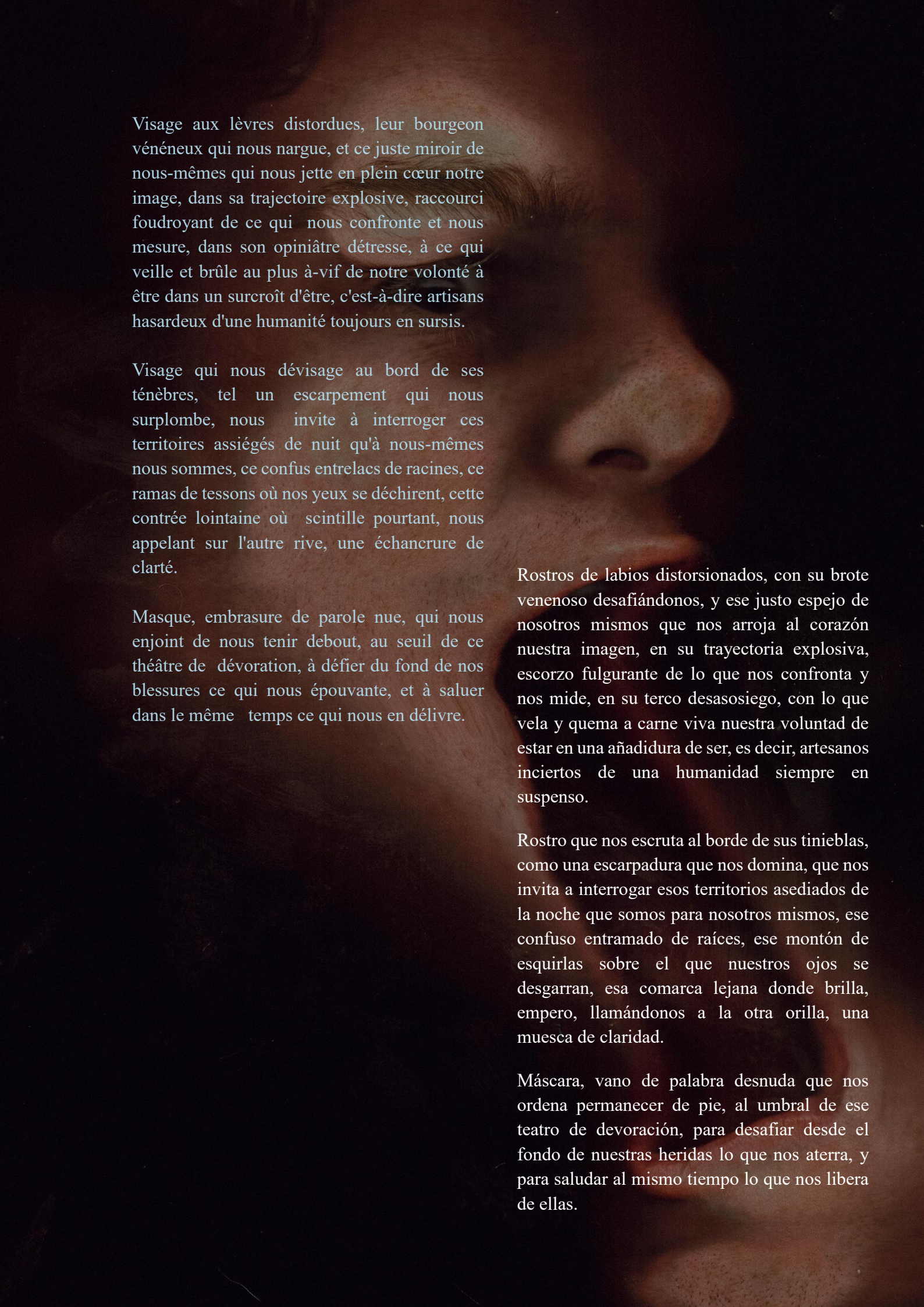
¿Como nacido de las nubes o surgido de la pura luz, don de alturas insospechadas? ¿O de las tinieblas insoñables?

Surgimiento conmovedor cuyo destello repentino nos ciega. Y nunca dejará de cegarnos. Necesidad, deseo, esperanza de llamada en medio de todas las llamadas, de todos los encuentros y de todos los rechazos.

Llamada de lo que nos mantiene cautivos en el espejo de su presencia y de su semejanza. Que no nos concede existencia sino en la llamada muda, vuelta hacia nosotros, de su propia mirada ciega.

Pero responder a la llamada, ir hacia el Otro, hacia su rostro, es camino de nieve y bruma, de arena y barro. Como venir del suyo al nuestro es mismamente camino de tanteo y de eterna incertidumbre.

Y entre ambos, la prueba capital de la revelación.



Visage aux lèvres distordues, leur bourgeon vénéneux qui nous nargue, et ce juste miroir de nous-mêmes qui nous jette en plein cœur notre image, dans sa trajectoire explosive, raccourci foudroyant de ce qui nous confronte et nous mesure, dans son opiniâtre détresse, à ce qui veille et brûle au plus à-vif de notre volonté à être dans un surcroît d'être, c'est-à-dire artisans hasardeux d'une humanité toujours en sursis.

Visage qui nous dévisage au bord de ses ténèbres, tel un escarpement qui nous surplombe, nous invite à interroger ces territoires assiégés de nuit qu'à nous-mêmes nous sommes, ce confus entrelacs de racines, ce ramas de tessons où nos yeux se déchirent, cette contrée lointaine où scintille pourtant, nous appelant sur l'autre rive, une échancrure de clarté.

Masque, embrasure de parole nue, qui nous enjoint de nous tenir debout, au seuil de ce théâtre de dévoration, à défier du fond de nos blessures ce qui nous épouvante, et à saluer dans le même temps ce qui nous en délivre.

Rostros de labios distorsionados, con su brote venenoso desafiándonos, y ese justo espejo de nosotros mismos que nos arroja al corazón nuestra imagen, en su trayectoria explosiva, escorzo fulgurante de lo que nos confronta y nos mide, en su terco desasosiego, con lo que vela y quema a carne viva nuestra voluntad de estar en una añadidura de ser, es decir, artesanos inciertos de una humanidad siempre en suspenso.

Rostro que nos escruta al borde de sus tinieblas, como una escarpadura que nos domina, que nos invita a interrogar esos territorios asediados de la noche que somos para nosotros mismos, ese confuso entramado de raíces, ese montón de esquivas sobre el que nuestros ojos se desgarran, esa comarca lejana donde brilla, empero, llamándonos a la otra orilla, una muesca de claridad.

Máscara, vano de palabra desnuda que nos ordena permanecer de pie, al umbral de ese teatro de devoración, para desafiar desde el fondo de nuestras heridas lo que nos aterra, y para saludar al mismo tiempo lo que nos libera de ellas.



Visage, trace humaine du passage ou visage,
trace divine?

Trace de cet Autre, sans visage ni nom, comme
s'il avait dû payer de la tenace obscurité de son
visage l'engloutissement et la perte de tous les
nôtres?

Face à lui, ne nous reste qu'à assumer ce qui,
sorti de l'ombre, en réponse à notre désir,
apparu sur la scène de sa provisoire clarté,
accepte de se révéler dans toute la misère de sa
nudité, mais résiste, surnage, au prix d'une lutte
opiniâtre, à la nuit qui nous roule sur son lit de
cailloux. Un combat ni gagné ni perdu. Un
recommencement sans trêve et sans nulle
contrepartie.

Face à lui, à leur tour, nos yeux consolants se
consument comme nous prenons feu sur l'autel
silencieux de l'amour et de la bonté.

Regard insaisissable, sans dessein ni couleur,
mais entraperçu cependant et qui, en nous,
déchire en même temps ce qu'il éclaire:

l'insoutenable permission de contempler, entre
extase et bonheur, ce Visage qui n'apparaît que
dans le plus profond du noir et dans la
souveraineté de la plus aveuglante lumière.

Car le chemin vers l'Autre n'est que chemin de
vie.

¿Rostro, huella humana del tránsito o rostro,
huella divina?

¿Huella de ese Otro, sin rostro ni nombre, como
si hubiera debido pagar con la tenaz oscuridad
de su rostro el hundimiento y la pérdida de
todos los nuestros?

Frente a él, no nos queda sino asumir lo que,
surgido de la sombra, en respuesta a nuestro
deseo, aparecido en el escenario de su claridad
provisoria, acepta revelarse con toda la miseria
de su desnudez, pero resiste, flota, a costa de
una terca lucha, sobre la noche que nos
envuelve en su lecho de guijarros. Un combate
ni ganado ni perdido. Un recomenzar sin tregua
y sin contrapartida alguna.

Frente a él, a su vez, nuestros ojos confortantes
se consumen igual que nosotros ardemos sobre
el altar silencioso del amor y la bondad.

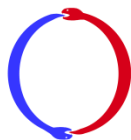
Mirada inatrapable, sin propósito ni color, sin
embargo vislumbrada y que, en nosotros,
desgarra a la vez que alumbra:

el insoportable permiso de contemplar, entre
éxtasis y dicha, ese Rostro que solo aparece en
la oscuridad más profunda del negro y en la
soberanía de la luz más cegadora.

Porque el camino hacia el Otro no es sino senda
de vida.

Muller





Augusto Guedes

Quixera aprender a canción
enredada no teu cabelo,
rozar os teus beizos entre silencios e temores.

Mañá, cando a túa canción
sexa xa a pegada dos meus pasos.
Mañá, cando a chuvia
caía tamén para ti
en soidades de mar...

entón collerei a miña vella maleta
de soños apenas vividos e...

e agardareite
alí onde o sol se pon
entre raios de prata e gritos de lúas.

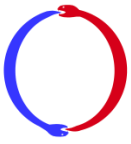
E alí,
perderme
nos teus horizontes de muller
e soñarte...

Soñarte como soñan os borrachos
en noites sen lúa
e falarche...

Falarche con silencios,
co sangue dos días,
coas mans, cos ollos,
cos pés...

E andarte,
ser incansable peregrino...

E deixar a pegada
feita latexo
nas túas paisaxes de muller.



Mujer

Quisiera aprender la canción
enredada en tu pelo,
rozar tus labios entre silencios y temores.

Mañana cuando tu canción
sea ya la huella de mis pasos.
Mañana cuando la lluvia
caiga para ti también
en soledades de mar...

entonces cogeré mi vieja maleta
de sueños apenas vividos y...

y te esperaré
allí donde el sol se pone
entre rayos de plata y gritos de lunas.

Y allí,
perderme
en tus horizontes de mujer
y soñarte...

Soñarte como sueñan los borrachos
en noches sin luna
y hablarte...

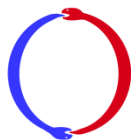
Hablarte con silencios,
con la sangre de los días,
con las manos, con los ojos,
con los pies...

Y andarte,
ser incansable peregrino...

Y dejar la huella
hecha latido
en tus paisajes de mujer



Errores fatales



Goyo

Erros e Tánatos consta de diez relatos, destaco entre ellos: *Castelos na area* (*Castillos en la arena*), en el que un niño urde una cruel venganza cuando muy injustamente no le otorgan ningún premio a su magnífico castillo, o en *Vinte pesos de prata* (*Cien pesetas de plata*), un tabernero colecciona estas monedas cuyo valor resultaba notablemente mayor y las vende a un joyero en el que no reconoce a su hermano emigrado hacía muchos años y con quien estaba enemistado por asuntos de herencia. En *O amigo Delmiro* (*El amigo Edelmiro*) un viejo emigrante en Brasil conoce a Delmiro, supuesto amigo de su hijo y le pide su número de teléfono para hablar con él. El viejo accede, hay un fortuito corte de comunicación que su desconfiada nieta interpreta como una trampa y dispara sobre él. En el abierto teléfono se oye: Delmiro ¿sigues ahí?, parece que ha habido un corte...

¿Amigo do meu pai? ¿Amigo de meu pai!
¿Cómo pode crer que sexa amigo do meu pai
un fulano con esa pinta?

O avó quixo explicarlle como se encontrara
na Barra e a conversa que tiveran, pero ela
cortouno decindo que a unha veciña se lle
achegara un desconocido coa mesma historia
de que era amiga do fillo:

Entroulle na casa, fíxolle as do demo,
torturouna ata que lle dixo as claves das
tarxetas de crédito e logo deixouna atada
mentras lle baleiraba as contas dos bancos. E
non a matou de milagre. Casos semellantes
cóntanse a centos avó. Tal como anda O
Brasil os vellos son presa fácil e apetecible
para estos desalmados.

¿Amigo de mi padre? ¿Amigo de mi padre!
¿Cómo puede creer que sea amigo de mi
padre un fulano con esa pinta?

El abuelo quiso explicarle cómo se encontró
en Barra y la conversación que tuvieron,

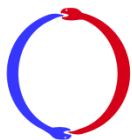


Gonzalo Navaza Blanco (Lalín, Pontevedra, 1957), es poeta, escritor, traductor, especialista en toponimia y Catedrático de Literatura en La Universidad de

Vigo y miembro de La Academia Gallega desde 2012.

Son notables como poeta: *Fábrica íntima* (1991), premio de la Crítica Española 1992, *A Torre da derrota* (*La Torre de la derrota*) (1992) y *Libra* (2000), premio Martín Códax 2000.

Como obras de narrativa: *Erros e Tánatos* (*Errores y Tánatos*) (1996), *Elucidario* (1999) y *Santos e Defuntos* (*Santos y Difuntos*) (2001). Tradujo al gallego obras de Jack Laudon, Georges Perec, Robert Graves y Baudelaire.

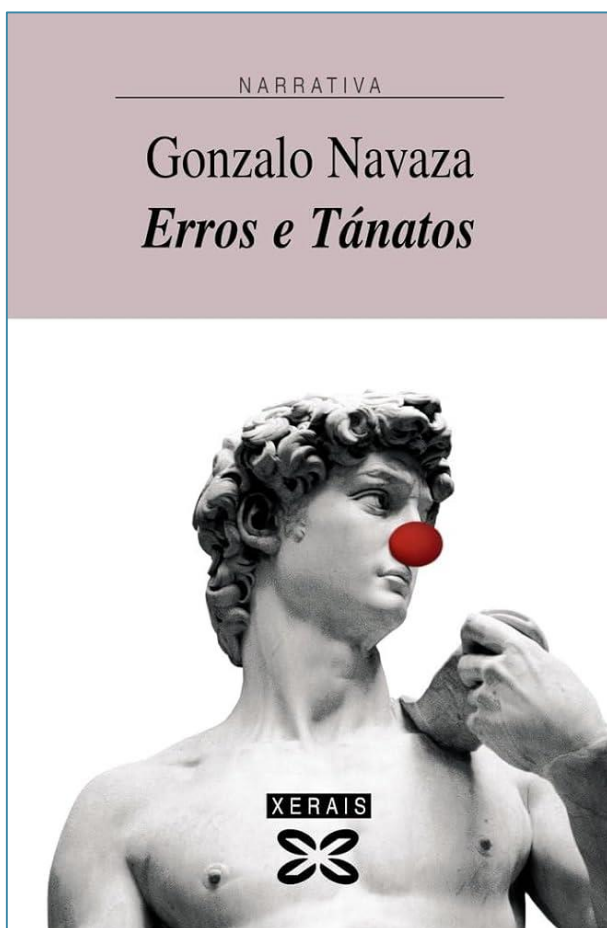


pero ella le cortó diciendo que a una vecina se le había acercado un desconocido con la misma historia de que era amiga de su hijo: Entró en la casa, le hizo las del demonio, la torturó hasta que le dijo las claves de las tarjetas de crédito y después la dejó atada mientras le vaciaba las cuentas de los bancos. Y no la mató de milagro. Casos parecidos se cuentan a cientos, abuelo. Tal como está Brasil los viejos son presa fácil y apetecible para estos desalmados.

Fragmento del relato “*O amigo Delmiro*” de la obra *Erros e Tánatos*.

insignificantes que conducen a veces a desenlaces inesperados.

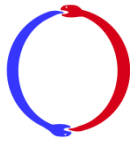
Con un estilo sobrio y un cuidado y ágil lenguaje, el autor desarrolla unos relatos variados en su temática, algunos con referencias clásicas y siempre con una gran precisión lingüística adornada a menudo con fino humor e ironía para contrarrestar la transcendencia de los acontecimientos.



El autor explora la condición humana en los errores cometidos, el inevitable destino y la muerte (tánatos, palabra griega como significado del fin de la vida), y contempla el error no solo como una equivocación, sino como parte de la conducta humana que conlleva a la modificación del destino por acontecimientos



Entama setiembre

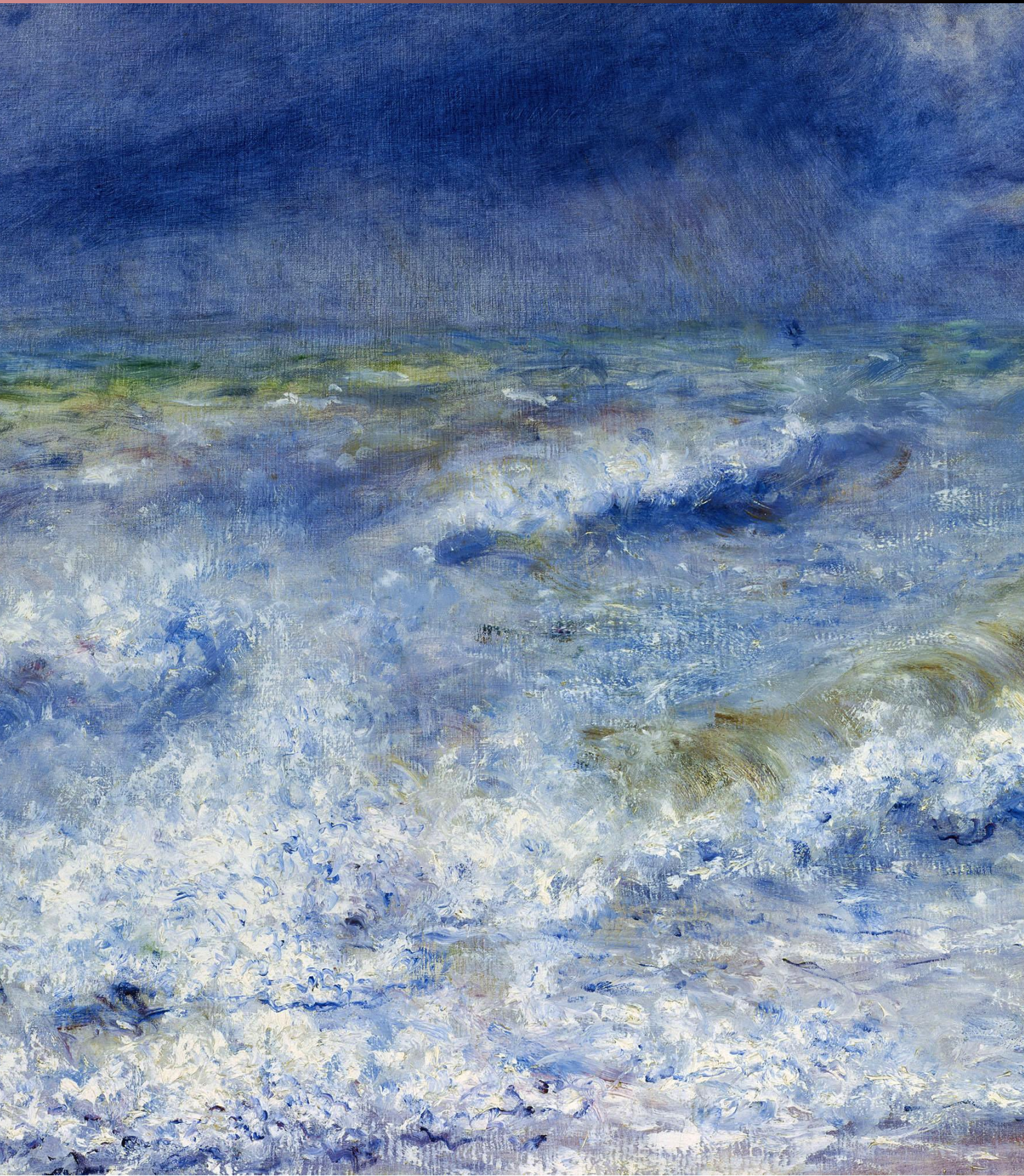


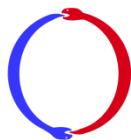
Alfredo Garay

Entama setiembre y presaxa
a la seronda escucando
a la vuelta la esquina.
Lentamente emprima la lluvia
de fueyes cansaes del branu
a la vez que'l monte
esplota en colores
y va engalanándose'l castañu.
Acórtense los dies,
vuélvense plomizos los cielos
y na mar
vuela'l mazcatu pal sur
mientres vien el norte arreciando.
Como si yá fora iviernu.

Empieza septiembre y presagia
al otoño atisbando
a la vuelta de la esquina.
Lentamente comienza la lluvia
de hojas cansadas del verano
a la vez que el bosque
estalla en colores
y se va adornando el castaño.
Los días se acortan,
se vuelven plomizos los cielos
y en la mar
vuela el alcatraz hacia el sur
mientras viene el norte arreciando.
Como si ya fuese invierno.

Espuma de mar



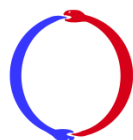


Los datos de los concursos que se presentan en las tablas de esta sección corresponden a un resumen de las bases y tienen valor estrictamente informativo. Para conocer con detalle las condiciones específicas de cada uno de ellos es imprescindible acudir a la información oficial que publican las entidades convocantes. Solo se presentan convocatorias que no plantean en sus bases ningún tipo de discriminación por razón de sexo, raza o lugar de nacimiento, las que ofrecen premios en metálico y en las que pueden participar mayores de edad, sin perjuicio de que en alguno de los certámenes también puedan participar menores.

El Premio de Literaturas Indígenas de América es un premio literario anual que, desde 2013, otorgan conjuntamente la Universidad de Guadalajara, la Dirección General de Culturas Populares, Indígenas y Urbanas de la Secretaría de Cultura, la Secretaría de Cultura del Estado de Jalisco, la Secretaría de Educación del gobierno del Estado de Jalisco, el Instituto Nacional de Lenguas Indígenas y el Instituto Nacional de los Pueblos Indígenas de México. Con una dotación de 300 000 pesos mexicanos (algo más de 15 000 €), este galardón reconoce a escritores de literatura en lenguas indígenas del continente de América por enriquecer, desarrollar, conservar y difundir el legado y riqueza cultural de los pueblos originarios mediante cualquier género literario (poesía, novela, teatro, cuento o ensayo literario). Desde 2013 a 2016 se entregó como reconocimiento de la trayectoria del galardonado, pero desde 2017 se convoca a obra única y a razón de un género cada año.

En la última convocatoria, el ganador fue el poeta, escritor y artista transdisciplinario guatemalteco de origen garífuna **Wingston González** (23/3/1986), según se anunció el pasado 25 de agosto. Es el primer escritor ajeno a México que recibe este premio y lo consigue por el poemario *Un poquito más allá*, escrito en idioma garífuna. El jurado calificador escogió este poemario entre las sesenta y nueve obras recibidas y destaca de ella la estética y el ritmo logrado que refleja la mezcla de los pueblos africanos y arawak en el Caribe occidental. En palabras de la escritora Gloria Chacón —integrante del jurado—, “Esta obra refleja una profunda exploración poética y cultural de la identidad y el idioma garífuna articulado a su vez de poemas, notas de pie de página y relatos de la tradición oral que entrelazan historia, espiritualidad y cosmovisión”. Wingston González, que





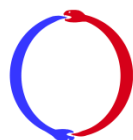
recibirá el premio el próximo 4 de diciembre en el transcurso de la FIL de Guadalajara, es un artista cuya obra combina poesía, escritura performática, danza, artes visuales y traducción. Su trayectoria ya había sido reconocida anteriormente con el Premio Mesoamericano de Poesía Luis Cardoza y Aragón de 2015 por *Traslaciones*.

Novela

NOVELA		Convocatorias de concursos que cierran en octubre de 2026		
Premio	Día	nº páginas	Convocado por	Cuantía [€]
Ángeles Alonso Español	1	40 000 a 90 000 palabras	Editorial Baile del Sol, Producciones Mirmidón y Wine&Cheese Bar (España)	3 000
Premio Biblioteca Breve	1	≥ 150	Editorial Planeta S.A.U. (España)	30 000
Ateneo-Ciudad de Valladolid	9	150 a 300	Ayuntamiento de Valladolid (España)	20 000
Pallars Sobirà, Pirineos	30	75 a 150	CCLPSP-2026 /J. L. Meneses (España)	500

Relato corto y cuento

NARRATIVA CORTA		Convocatorias de concursos que cierran en octubre de 2026		
Premio	Día	nº páginas	Convocado por	Cuantía [€]
Casa de León en A Coruña	9	2 a 6	Casa de León en La Coruña (España)	300
Torredonjimeno "Mariana de Carvajal"	15	5 a 8	Plataforma Tosiriana por la Coeducación (España)	1 000
Vieiragrino	15	≤ 7	Asociación "Amigos del Camino de Santiago" de la Comunidad Valenciana ()	600
Tito Simón	17	7 a 12	Asociación Cultural "Romeral Vivo" de El Romeral (España)	500
"La Tusa" de Mingorría	30	≤ 3	Asociación de vecinos La Tusa (España)	200
Encarna León	31	8 a 15	Viceconsejería de Igualdad y Mujer de la Consejería de Presidencia, Administración Pública e Igualdad, Ciudad Autónoma de Melilla (España)	6 000
Microrrelatos mineros "Manuel Nevado Madrid"	31	≤ 2800 caracteres	Fundación Juan Muñiz Zapico (España)	600
Asociación Almansa Feminista	31	100 a 150 palabras	Asociación Almansa Feminista (España)	300



Poesía

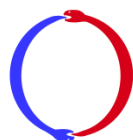
POESÍA		Convocatorias de concursos que cierran en octubre de 2026		
Premio	Día	nº versos	Convocado por	Cuantía [€]
Miguel Hernández-Comunidad Valenciana	1	500 a 1000	Fundación Cultural Miguel Hernández (España)	8 000
San Francisco de Asís	4	500 a 1000	Comisión Nacional de los Centenarios Franciscanos (España)	4 000
Casa de León en A Coruña	9	2 a 6	Casa de León en La Coruña (España)	300
Luis López Anglada	9	100 a 300	Ayuntamiento de Burgohondo (España)	1 500
Fernando Rielo de poesía mística	15	600 a 1300	Fundación Fernando Rielo (España)	7 000
Paco Mollá	15	300 a 800	Fundación Cultural Poeta Francisco Mollá Montesinos, con la colaboración del Ayuntamiento de Petrer (España)	3 000
Exaltación al olivo	31	-	Agrupación Cultural "Amigos de Ahigal" (España)	600

Otros géneros literarios

Los Premios Eisner o Premios de la Industria del Cómic Will Eisner (Will Eisner Comics Industry Award) constituyen, probablemente, el conjunto de galardones más prestigioso del mundo en torno al cómic, tanto que se suelen comparar con lo que suponen los Premios Oscar para la industria cinematográfica. Se entregan desde el año 1988, cuando sucedieron a los efímeros Premios Kirby (1985-1987). Desde 1991 se entregan en el que es el evento más conocido y famoso del mundo, la Comic-Con de San Diego, que reúne a decenas de miles de personas en un universo que se ha expandido más allá del contexto del cómic hasta colmar todas las expectativas de cualquier *friki* que merezca ese calificativo.

Los Premios Eisner reconocen anualmente tanto artistas como obras en un total de 30 categorías diferentes. Tres de esas categorías han tenido como ganador al dibujante asturiano **Javier Rodríguez** (1972), que ha recibido el premio a la mejor miniserie junto al guionista Deniz Camp por *Absolute martian manhunter* (DC Comics) y el reconocimiento a mejor dibujante/entintador por esa misma obra. El tercer galardón recompensó su labor gráfica en *Absolute martian manhunter* (DC Comics), *Batman & Robin: year one #7* (DC Comics) y *The new gods #8* (DC Comics). La trayectoria de



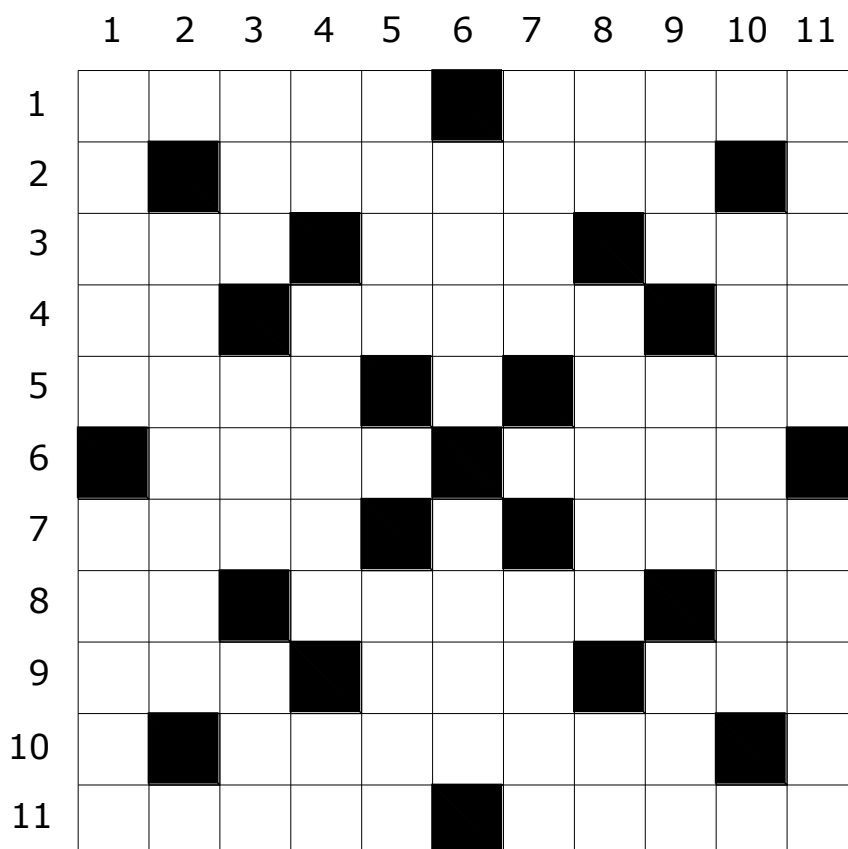
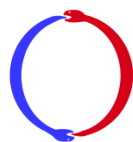


Javier Rodríguez en el mercado estadounidense se ve reforzada gracias a estos nuevos premios, lo que confirma su evolución positiva desde que en la Comic-Con de 2025 consiguiese su primer Premio Eisner, en concreto, en la categoría de mejor serie limitada por *Zatanna: bring down the house*, realizada junto a la guionista canadiense Mariko Tamaki.

En la misma ceremonia, la ilustradora valenciana **Laura Pérez** (1983) obtuvo el premio a la mejor edición estadounidense de material internacional por *Nocturnos* (publicada en Estados Unidos por Fantagraphics) y traducida por Andrea Rosenberg. Esta obra, en su versión original en español, ya había sido premiada en 2025 con el premio de la Asociación de críticos y divulgadores de cómic de España, el premio Antifaz del Salón del cómic de Valencia y el premio Lorna del festival Celsius. La trayectoria de Laura Pérez ha sido ampliamente reconocida con varios premios, como el Premio Valencia Crea de cómic (2015) por su historieta *Empatía*, el Premio Internacional de Novela Gráfica Fnac-Salamandra Graphic en su IX edición (2016) por la novela gráfica *Naúfragos* (publicada junto a Pablo Monforte), el premio Ojo Crítico de Cómic (2020) y el Premio Ignotus al mejor tebeo nacional (2020), el Premio al Mejor Álbum Nacional en el festival Splash Sagunt de cómic de la Comunidad Valenciana (2020), el Premio Lorna al mejor cómic nacional (2022) por *Tótem*.



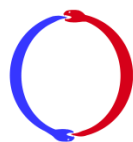
TEATRO y GUION		Convocatorias de concursos que cierran en octubre de 2026		
Premio	Día	nº páginas	Convocado por	Cuantía [€]
Ciudad de Requena	1	20 a 70	Fundación Ciudad de Requena y la Coordinadora de Actividades Teatrales "Arrabal-teatro" (España)	6 000
CÓMIC - ILUSTRACIÓN				
Premio	Día	nº páginas	Convocado por	Cuantía [€]
Apel·les Mestres	15	-	Editorial Destino (España)	4 500
Novela gráfica	16	≥ 8	Diputación Provincial de Cáceres (España)	4 500
Aristas de novela gráfica	30	≥ 80	Aristas Martínez (España)	2 500
Cómic y novela gráfica	31	8 a 14	Asociación de Amigos del Museo de Bellas Artes de Asturias (España)	1 200



Solución

HORIZONTALES. **1** Color rojo oscuro. Ebrio. **2** Filósofo y teólogo francés del siglo XVI, precursor del protestantismo. **3** Pronombre. Uno de los hijos de Jacob. Composición poética. **4** Repetido, niñera. Plataforma para cría de moluscos. El extraterrestre de Spielberg. **5** De derecha a izquierda, color y también planta. Un arte contemporáneo. **6** Ánsares. Leve, suave. **7** Adiestramiento animal, pero al revés. Dios latino. **8** Interjección. Tragedia de Sófocles. Seis, para los romanos antiguos. **9** Organización mundial. El juego del escondite. Periodo de tiempo. **10**... Nágera, psiquiatra y escritor español. **11** Colina, montículo. Cilindro de madera o metal.

VERTICALES. **1** Garbo, diva sueca. Aparición, indicio. **2** Un rey de Israel. **3** Saque inapelable del tenis. Sufijo químico. Nombre de consonante. **4** Nada, para los castizos. *runner*, película de culto. Voz cuartelera. **5** Planta marina. Engaño, fraude. **6** Poeta. Chica, para los de Liverpool. **7** Elemento de un baño. Paolo Passolini, cineasta italiano. **8** Preposición. Ácido. Una onomatopeya de la risa. **9** Las tres en el que está confortable. El instituto patrio de estadística. Molécula gramo. **10** Catherine ..., actriz francesa. **11** Loco, ido. Terremoto.



1	2	3	4	5	6	7	8	9	10
11	12	13	14	15	16	17	18	19	20
21	22	23	24	25	26	27	28	29	30
31	32	33	34	35	36	37	38	39	40
41	42	43	44	45	46	47	48	49	50

Solución

9	25	4	27	31	46	30	2
13	23	48	5				
26	8	49	6	38	35	45	
20	50	1	16	40	19		
37	12	7	32	29	17		
11	43	47					
22	24	14	33	15	41		

Pasen el hilo por el ojo de una aguja

Destino

Mecanismo para el teatro

Evitas

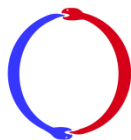
Deseo de placer

Saque inapelable del tenis

Tapas, timbras

Texto: pensamiento y su autor.

Clave, primera columna de definiciones: rastros que dejan los cuerpos en el aire o en el agua.

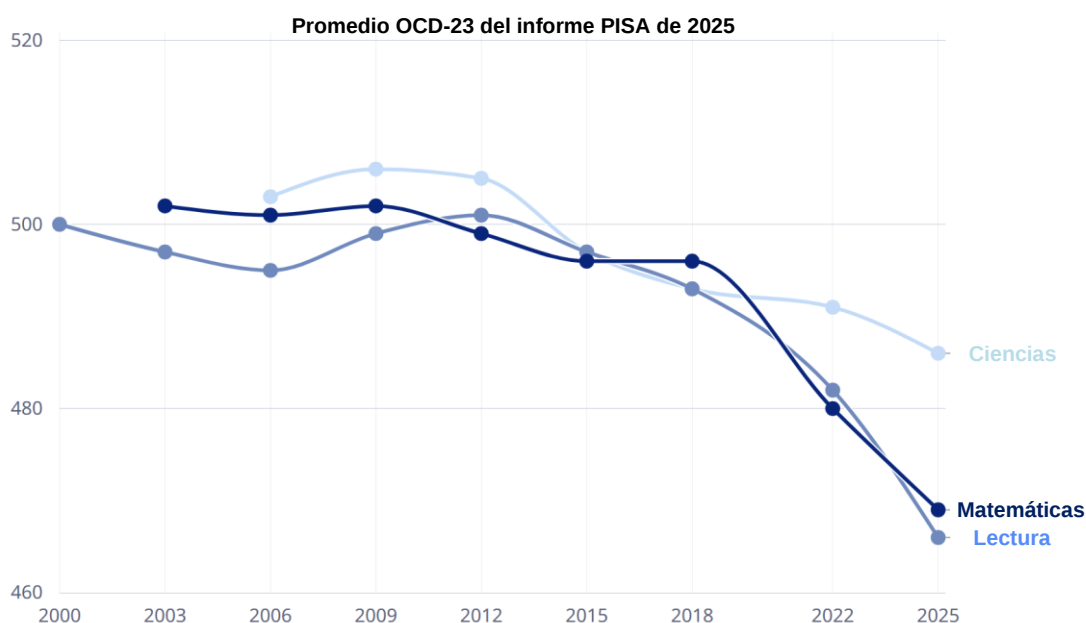


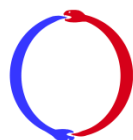
Analfabrutos



El informe PISA 2025 es demoledor. La enseñanza naufraga estrepitosamente en los países donde se han recabado los datos. Se podría decir que son los alumnos —sujetos activos de las pruebas sobre las que se constituye el informe— los que naufragan y deambulan en las inmediaciones del barro, se podría decir que son unos pseudoanalfabetos, que las matemáticas y las ciencias son como los colores de Kandinsky para un topo o se podrá resumir en que son unos analfabrutos, si se permite el término coloquial que aúna las consecuencias más chungas del aprendizaje. Porque ese es el problema, el aprendizaje. Las nuevas generaciones de cachorros no son más ni menos inteligentes que las anteriores, son estadísticamente semejantes, porque no se ha detectado ningún cambio significativo en la masa cerebral ni en sus funciones fisiológicas de un tiempo a esta parte. Entonces, si la entrada de material al sistema de enseñanza es la misma y la salida es tan lamentable como pinta el informe, la culpa es de la enseñanza. No es fácil analizar qué falla ni si la culpa es de tanta pedagogía y tan poca importancia a los docentes o hay que buscarla en agentes exógenos al sistema de enseñanza y que campan a sus anchas en las sociedades actuales. ¡Ya está! La culpa es del móvil, de la pantalla, de los juegos, del *Interné* y del Netflix y de no-sé-qué-más. Incluso, hay quien usa los resultados como arma política arrojadiza, sin detenerse a pensar que la pendiente negativa no sabe de credos ni de banderas y se hunde sistemáticamente en todo el mundo. El caso es echarla la culpa a alguien, el caso es que la culpa es de todo el mundo, excepto de la enseñanza. Y es que, a la hora de evacuar responsabilidades, a los agentes de la enseñanza se les da de vicio.

Los resultados son demoledores. En el gráfico siguiente se muestra la evolución promedio de la OCDE —en concreto el promedio OCD-23, que corresponde a una selección representativa de 23 países— en la que la caída es brutal: casi 40 puntos en lectura y matemáticas y unos 20 puntos en ciencias.

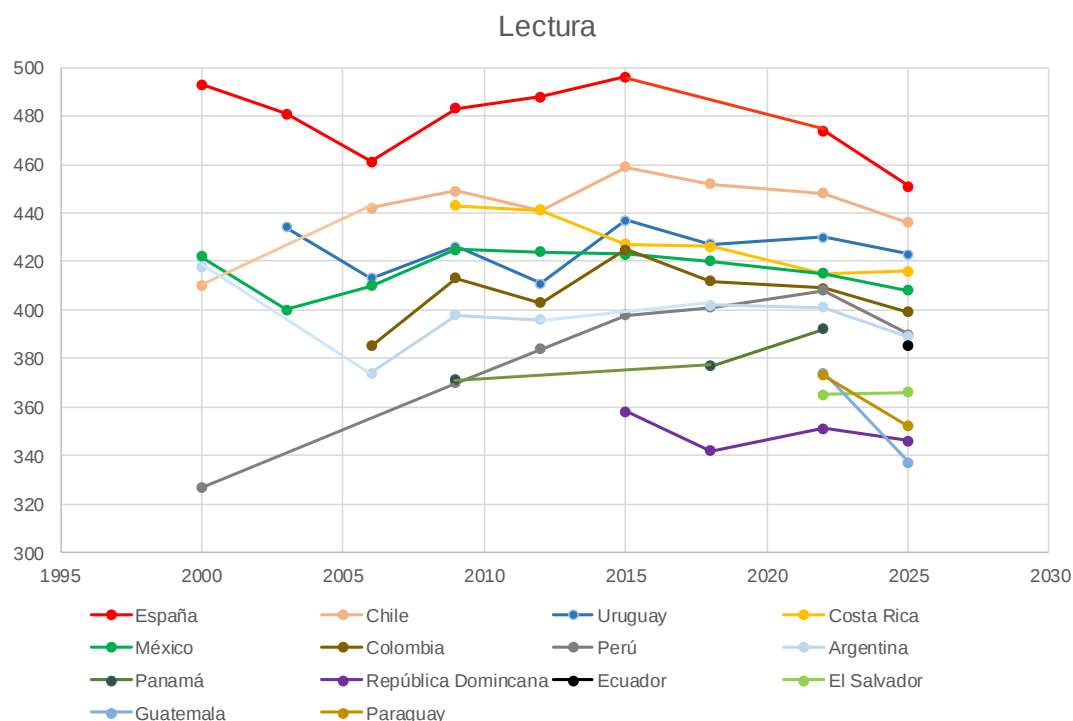




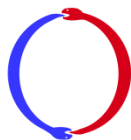
Para poner en contexto los valores, se supone que un curso académico equivale a unos 20 puntos aproximadamente, de modo que los alumnos de ahora tienen un nivel equivalente a uno o dos cursos académicos menos! que los alumnos de la misma edad de hace veinte años, es decir, un alumno de 16 años actual muestra unas capacidades semejantes a las que tenía uno de 14 años de principios de siglo XXI.

Suena mal, ¿no? Y esto es un promedio, de modo que representa más o menos la deriva planetaria. Además, la pendiente sostenida desde hace una década hace presagiar males mayores en el horizonte futuro. Como quiera que estos tiernos y estultos cachorrillos de hoy serán los que se encarguen de conducir las sociedades en un futuro no muy lejano, pues el asunto se presagia oscuro. Menos mal que, como los estudiantes futuros aún serán peores, terminarán por hacer bueno lo de ser tuerto en el reino de los ciegos.

Sin incidir en las áreas de matemáticas y de ciencias, y centrándonos solo en la lectura, asunto para el que no hacen falta grandes inversiones (una biblioteca de libros viejos comprados de segunda mano puede realizar la función a la perfección) y sí un poco de interés por parte del docente y una buena dosis de evitar la burocracia y los esquemas preconcebidos, el análisis inmediato de la gráfica anterior refleja una caída sostenida desde 2012. Si nos centramos en lo que ocurre en nuestro entorno lingüístico, el ámbito hispanohablante, los resultados son aún peores, hasta llegar al sonrojo y a la vergüenza. Los datos de lectura se muestran en la siguiente gráfica.



Con un promedio OCDE-23 de 466 puntos, todos los países hispanoablantes que figuran en el listado general se encuentran por debajo de la media, en una horquilla que va desde los 451 de España hasta los 337 de Guatemala. Con el dato que se



proporcionó antes —un curso académico equivale a unos 20 puntos— es mejor dejar las conclusiones para el intermedio de una película de terror o de un noticiero.

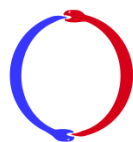
Es probable que esto explique por qué los países hispanohablantes estén muy por detrás de otras sociedades en el desarrollo de las ciencias y de las letras. No, no. No se rasgue usted las vestiduras. Puede consultar cualquier lista ordenada sobre cualquier asunto científico, técnico o de ciencias sociales. En lo concerniente a la lectura, puede ser una de las causas de que haya tan pocos autores hispanohablantes —en proporción a los hablantes nativos— que hayan recibido el Premio Nobel de Literatura. Si no se lee y lo que se lee no se comprende, mal se va a poder escribir.

En definitiva, con estos números, apetece entregar la cuchara y olvidarse hasta de la búsqueda de culpables o de las decapitaciones. Si está usted aburrido o quiere probar qué es el masoquismo cultural, puede [consultar aquí los datos generales y país por país](#). Usted verá. No diga que no va advertido.

Vuelve Luis García

¿Que no saben quién es? Sí, hombre, sí: de Luis García, Luis G. y de Luis G. Luisgé. ¿Ya les va sonando? Luisgé Martín es el juntaletas que decidió hacer caja con un crimen bastante sádico, pero que resultó ser igual de mediático. El asesino, con el que se carteó —eso dice—, mató a sus dos hijos con una frialdad inhumana para perpetrar un crimen vicario y él pretendía sacar tajada del asunto, para lo que se compinchó con la editorial Anagrama y estuvieron a punto de sacar un libro titulado *El odio*. Haciendo caso omiso a cualquier límite ético y cayendo por debajo de los límites más reducidos de la decencia, autor y editor perpetraron una edición que llegó a estar impresa, con la que pretendían un buen revuelo mediático y, como no puede ser de otra forma, llenarse los bolsillos. Al principio del revuelo, la editorial se mantuvo firme, apelando al supuesto derecho de publicar lo que sea en una sociedad que se dice democrática. Sin embargo, Anagrama debió de hacer números y evaluar las ganancias frente a la pérdida de prestigio, así que rompió el contrato con el autor y destruyó las copias impresas hasta ese momento. Para tratar de lavar la imagen, publicó un comunicado en el que se desdecía de la supuesta libertad a la que había apelado y se abonaba a un equilibrio entre derechos y ética: “En una sociedad democrática, debe existir un equilibrio entre la libertad creativa como derecho fundamental y otros principios morales”.

Afortunadamente, en aquella ocasión el asunto se frenó *in extremis* y la edición quedó, primero, suspendida y luego, olvidada. Ahora el arriba mencionado individuo vuelve con las mismas y se ha procurado una editorial que tenga suficientes tragaderas para intentar sacar rédito del asunto. No mencionaremos aquí ni el título de la obra ni la editorial. Es lamentable que alguien se preste a esto.

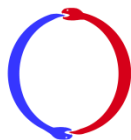


¿Y si el Instituto Cervantes reabre en Gibraltar?

La salida del Reino Unido de la Gran Bretaña e Irlanda del Norte —UK para abreviar— de la Unión Europea —UE para abreviar—, tras un referéndum con muchas sospechas, generó un buen número de problemas porque, aunque la mayor parte de su territorio sea insular, tiene fronteras terrestres con Irlanda y con España. La generación de fronteras duras —no permeables al paso libre de bienes ni de personas— producía problemas bastante serios con Irlanda y un enorme problema en la diminuta frontera con España. Con un enorme flujo de personas a través de ella, el asunto amenazaba con ahogar la economía en los alrededores de la línea divisoria. Trabajadores que iban y venían a diario —el curro en Gibraltar, la residencia, en la provincia de Cádiz— y súbditos británicos que oficialmente residen en el Peñón, pero que, en realidad, viven en Cádiz —como, por ejemplo, el propio gobernador de Gibraltar— generaban un problema si, para atravesar la línea divisoria, necesitaban realizar los mismos trámites que cualquiera tenemos que hacer cuando llegamos o salimos de un país extranjero.

Lo normal, lo que pediría el cuerpo, es dejar el paso libre, pero ahí surge otro problema: si la frontera desaparece, cualquiera que llegue a Gibraltar —puerto y aeropuerto controlado por UK— podría acceder sin problema a territorio controlado por la UE. No podía ser, así que se cerró la verja de separación y se restablecieron los controles fronterizos a la vieja usanza. El caos en el paso no se hizo esperar y saltaron todas las alarmas hasta que se llegó a un acuerdo: el control de puertos y aeropuerto de Gibraltar lo realiza la UE —una pequeña cesión de soberanía por parte de UK— y cae el control fronterizo entre España (UE) y Gibraltar (UK). El pasado julio se materializó el derribo de la verja y se restableció el paso libre entre ambos lados, una demanda celebrada por todos que, más allá de los trapos que ondean a uno y otro lado, prefieren convivir sin limitaciones.





En este nuevo contexto que parece mucho más favorable, el Instituto Cervantes, encargado de la difusión del español y de la cultura hispánica en países de habla no hispana, se plantea reabrir el centro que operó en Gibraltar entre 2011 y 2015 y que se cerró por motivos políticos —algunas disputas entre UK y España acerca de las aguas territoriales que ocurrieron entre 2013 y 2014— y presupuestarios. Sin embargo, cuando bajó la persiana, el instituto había logrado miles de matrículas en sus cursos de español y se mostraba como uno de los más pujantes del mundo, sobre todo si se tiene en cuenta el reducido tamaño de su entorno geográfico y la reducida demografía en relación con otros centros.

A finales del pasado mes de julio, el Instituto Cervantes reunió a sus directores a pocos kilómetros de Gibraltar, en Jerez de la Frontera, con la mirada puesta en aprovechar la actual coyuntura para difundir la cultura hispánica entre los gibraltareños. El antiguo director del centro de Gibraltar, el diplomático y sociólogo Francisco Oda, que asistió a la caída de la verja en la medianoche del 14 al 15 de julio de 2026, manifestó que “fue muy emocionante”.

¡A difundir la cultura hispánica!

Obituario

El poeta gijonés **Vicente García** (1971-2026) falleció el pasado 26 de julio de forma repentina. Escritor con una obra muy valorada, aunque limitada en número, colaboraba de forma habitual con diversas revistas como *Clarín*, *Anáfora* e *Ítaca*. En esta última publicó recientemente su última obra. Además de diversas traducciones y artículos, publicó los libros *De ayer a hoy* (Editorial Renacimiento, 1996), *Días de tormenta* (Editorial Renacimiento, 1999) y *Años otoñales* (Editorial Bajamar, 2018), además de figurar en diversas antologías poéticas. La editorial Renacimiento publicó una recopilación de sus poemas bajo el título *Ahora (Poesía 1992-2008)*.



Idearium español (fragmento)



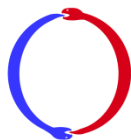


Ángel Ganivet

Este texto se publica en versión original, con las reglas gramaticales del español de la época.

MUCHAS veces, reflexionando sobre el apasionamiento con que en España ha sido defendido, y proclamado el dogma de la Concepción Inmaculada, se me ha ocurrido pensar que en el fondo de ese dogma debía de haber algún misterio que por ocultos caminos se enlazara con el misterio de nuestra alma nacional; que acaso ese dogma era el símbolo ¡símbolo admirable! de nuestra propia vida, en la que, tras larga y penosa labor de maternidad, venimos á hallarnos á la vejez con el espíritu virgen; como una mujer que, atraída por irresistible vocación á la vida monástica y ascética y casada contra su voluntad y convertida en madre por deber, llegara al cabo de sus días á descubrir que su espíritu era ajeno á su obra, que entre los hijos de la carne el alma continuaba sola, abierta' como una rosa mística á los ideales de la virginidad.

Cuando se examina la constitución ideal de España, el elemento moral y en cierto modo religioso más profundo que en ella se descubre, como sirviéndole de cimiento, es el estoicismo; no el estoicismo brutal y heroico de Catón, ni el estoicismo sereno y majestuoso de Marco Aurelio, ni el estoicismo rígido y extremado

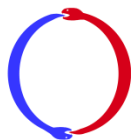


de Epicteto, sino el estoicismo natural y humano de Séneca. Séneca no es un español, hijo de España por azar: es español por esencia; y no andaluz, porque cuando nació aún no habían venido á España los vándalos; que á nacer más tarde, en la Edad Media quizás, no naciera en Andalucía, sino en Castilla. Toda la doctrina de Séneca se condensa en esta enseñanza: No te dejes vencer por nada extraño á tu espíritu; piensa, en medio de los accidentes de la vida, que tienes dentro de tí una fuerza madre, algo fuerte é indestructible, como un eje diamantino, alrededor del cual giran los hechos mezquinos que forman la trama del diario vivir; y sean cuales fueren los sucesos que sobre tí caigan, sean de los que llamamos prósperos, ó de los que llamamos adversos, ó de los que parecen envilecernos con su contacto, mantente de tal modo firme y erguido, que al menos se pueda decir siempre de tí que eres un hombre.

Esto es español; y es tan español, que Séneca no tuvo que inventarlo, porque lo encontró inventado ya: sólo tuvo que recogerlo y darle forma perenne, obrando como obran los verdaderos hombres de genio. El espíritu español, tosco, informe, al desnudo, no cubre su desnudez primitiva con artificiosa vestimenta: se cubre con la hoja de parra del senequismo; y este traje sumario queda adherido para siempre y se muestra en cuanto se ahonda un poco en la superficie ó corteza ideal de nuestra nación.

Cuando yo, siendo estudiante, leí las obras de Séneca, me quedé aturdido y asombrado, como quien, perdida la vista ó el oído, los recobrara repentina é inesperadamente y viera los objetos, que con sus colores y sonidos ideales se agitaban antes confusos en su interior, salir ahora en tropel y tomar la consistencia de objetos reales y tangibles.

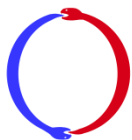
Es inmensa, mejor dicho, inmensurable, la parte que al senequismo toca en la conformación religiosa y moral y aun en el derecho consuetudinario de España; en el arte y en la ciencia vulgar; en los proverbios, máximas y refranes, y aun en aquellas ramas de la ciencia culta en que Séneca no paró mientes jamás. Así, por haber tenido nuestro filósofo la ocurrencia genial y nunca bastante alabada y ponderada de despedirse de esta vida por el suave y tranquilo procedimiento de la sangría suelta, ha influido en nuestras ciencias médicas tanto como Hipócrates ó Galeno. España sola sobrepaja á todas las demás naciones juntas, por el número y excelencia de sus sangradores. El supremo doctor alemán es el doctor Fausto, y el supremo doctor español es el doctor Sangredo, no obstante haber existido también su rival y famoso congénere, el doctor Pedro Recio de Tirteafuera. Y jamás en la historia de la humanidad se dió un ejemplo tan hermoso de estoicismo perseverante como el que nos



ofrece la interminable falange de sangradores impertérritos, que durante siglos y siglos se han encargado de aligerar el aparato circulatorio de los españoles, enviando á muchos, á la fosa, es cierto, pero purgando á los demás de sus excesos sanguíneos á fin de que pudiesen vivir en relativa paz y calma. Y quién sabe si el descubrimiento de la circulación de la sangre por Servet, que en definitiva es lo único notable que los españoles han aportado á la ciencia práctica de los hombres, no tendrá también su origen en Séneca y en la turbamulta de sus acólitos.

Sin necesidad de buscar relaciones subterráneas entre las doctrinas de Séneca y la moral del cristianismo, se puede establecer entre ellas una relación patente é innegable, puesto que ambas son como el término de una evolución y el comienzo de otra evolución en sentido contrario; ambas se encuentran y se cruzan, como viajeros que vienen en opuestas direcciones y han de continuar caminando cada uno de ellos por el camino que el otro recorrió ya. El término de una evolución filosófica racional, como la greco-romana, es cuando están todas las soluciones agotadas: la empírica y la constructiva, la materialista y la idealista, la ecléctica y la sincrética; la solución negativa ó escéptica; y entonces surge la moral estoica, moral sin base, fundada sólo en la virtud ó en la dignidad; pero esa solución es transitoria, porque bien pronto el hombre, menospreciando las fuerzas de su razón, que no le conducen á nada positivo, cierra los ojos y acepta una creencia. El término de una evolución teológica, como la del pueblo hebreo, tiene que ser también, cuando ya están agotadas todas las soluciones históricas, esto es, todos los modos de acción, una solución negativa, anarquista diríamos hoy: tal era la que anunciaban los profetas; y entonces debe de surgir una moral que, como la cristiana, condene la acción y vea en ella la causa de los sufrimientos humanos y reconstruya la sociedad sobre la quietud, el desprendimiento y el amor; pero esa moral es transitoria, porque bien pronto el hombre, desengañado de la fe, que le conduce á producir actos negativos, se acoge á la razón, y comienza una segunda evolución que ya no se muestra en actos, sino en ideologías.

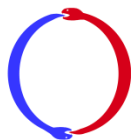
Por esto la moral cristiana, aunque lógicamente nacida de la religión judaica, era negativa para los judíos, puesto que, dando por terminada su evolución religiosa, les cerraba el horizonte de sus esperanzas y les condenaba á recluirse dentro de una religión acabada ya, perfecta y, por lo tanto, inmutable; así como la moral estoica, fundada legítimamente sobre lo único que la filosofía había dejado en pie, sobre lo que subsiste aún en los períodos de mayor decadencia, el instinto de nuestra propia dignidad, era negativa tanto para griegos como para romanos, porque derivada del esfuerzo



racional, pretendía construirlo todo sin el apoyo de la razón, por un acto de adhesión ciega, que andaba tan cerca de la fe como la moral cristiana andaba cerca de la pura razón. Y así, por este encadenamiento natural, el cristianismo encontró el terreno preparado por la moral estoica, la cual había sembrado por el mundo doctrinas nobles, justas y humanitarias; pero carecía de jugo para fertilizarlas. Lo noble, lo justo y lo humanitario, sostenido y amparado sólo por la razón, menos que por la razón por el instinto, no puede ni podrá jamás vencer las pasiones bajas, ruines y animales de la generalidad de los hombres; para encadenar la fuerza irresponsable de los grandes, para domar la furia concentrada por la impotencia en los pequeños, para ablandar un poco el refinado egoísmo de los medianos, hay que confundirlos á todos, conmoldearlos por medio de un fuego ardiente, que venga de muy alto, y que destruyendo construya, y abrasando purifique.

Los que se maravillan de la rápida y al parecer inexplicable propagación del cristianismo, debían de considerar cómo, destruida la religión pagana por la filosofía y la filosofía por los filósofos, no quedaba más salida que una creencia que penetrase, no en forma de símbolos venidos á la sazón muy á menos, sino en forma de rayo ideal, taladrando é incendiando; y los que se espantan ante el sangriento holocausto de los mártires innumerables, debían de pensar que así como la muerte de Jesús era una condición profética, esencial, necesaria y complementaria de las doctrinas del Evangelio, así también el martirio de muchos cristianos era el único medio eficaz de propaganda. Sin su sacrificio, Jesús hubiera sido un moralista más; y sin el sacrificio de los mártires, el cristianismo hubiera sido una moral más, agregada á las muchas que han existido y existen sin ejercer visible influencia.

Todas las religiones, y en general todas las ideas, se han propagado y propagan y propagarán en igual forma; son como piedras que, cayendo en un estanque, producen un círculo de ondulaciones de varia amplitud y de mayor ó menor persistencia; el cristianismo cayó desde muy alto, desde el cielo, y por esta razón sus ondulaciones fueron tan amplias y tan duraderas. Pero lo más admirable en la propagación del cristianismo no es ni su rapidez ni su intensidad, porque ¿qué admiración puede causar que en diversos campos, simultáneamente labrados, abonados y sembrados de trigo, nazcan simultáneamente muchas, infinitas matas de trigo? Más admirable y extraño es que por medio de hábiles injertos nazcan en unos árboles frutos que son propios de otros árboles, y que las savias, mezclándose y confundiéndose, regalen el paladar con nuevos y delicados sabores.

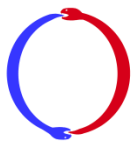


Así fué de la moral cristiana, injertada en el espíritu gentil. Mientras que aparentemente no se descubre más que una propagación, la del cristianismo, en secreto se efectuaba otra propagación, la de la filosofía gentílica, cristianizada; y el punto en que tuvo lugar la conjunción, el injerto, fue la moral estoica. Así, en España, donde era el asiento del estoicismo más lógico, no del más perfecto, del más humano, el senequismo se mezcla con el Evangelio de tal suerte, que de nuestro Séneca, si no puede decirse en rigor que «huele á santo,» sí puede afirmarse que tiene todo el aire de un Doctor de la Iglesia.

En España, pues, como en todos los países invadidos por la idea cristiana, el esfuerzo racional acompaña á la propagación evangélica para explicarla y completarla; pero ese esfuerzo no fué en un principio, como debió ser, un esfuerzo creador: fué un trabajo de rapsodas; en vez de empezar por teorías empíricas en relación con la pureza de la nueva fe, los filósofos cristianos de nuestro mundo, que, aunque cristianos, seguían viviendo con la sangre heredada de sus padres gentiles, encontraron más hacedero concordar con el cristianismo las enseñanzas magistrales de la Escuela helénica, y como lo veían todo ya formando un cuadro perfecto, eligieron como tontos (y perdónese la llaneza) lo mejor que encontraron, las teorías de los dos grandes luminaires del saber griego: Platón y Aristóteles.

Esa evolución, sin embargo, no fue igual ni pudo serlo en las diversas provincias del Imperio romano, porque la unidad era tal que hubiera destruido el carácter propio de cada provincia, ni esa unidad pudo mantenerse, después de la predicación evangélica, el tiempo necesario para dar cohesión á las tendencias divergentes que por todas partes apuntaban. Sin contar las herejías, que atacaban la unidad del dogma y que á la larga produjeron las grandes divisiones de la Iglesia, aun en aquellos países que conservaron invariable lo fundamental de la religión, hubo divergencias, nacidas de la variedad de temperamentos y acentuadas gradualmente, conforme los cambios históricos iban dando vida á nuevos rasgos característicos y diferenciadores; y España fué la nación que creó un cristianismo más suyo, más original, en cuanto dentro del cristianismo cabe ser original.

Los historiadores aficionados á las antítesis y á los contrastes, pretenden convencernos de que el cuerpo en quien encarnó el cristianismo fueron los bárbaros: «á ideas nuevas, hombres nuevos;» el pueblo romano era un viejo decrepito, incapaz de comprender la nueva religión. La verdad es, al contrario, que esa religión no estaba destinada solamente á sacar á los salvajes de su salvajismo y á los

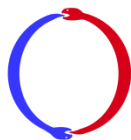


bárbaros de su barbarie; valía mucho más: valía para regenerar hombres cultos, degradados, sí, pero civilizados. Si los bárbaros hubieran podido moverse con libertad, hubieran dislocado en breve el cristianismo en numerosas herejías y hubieran concluido por desnaturalizarlo; porque los bárbaros, al entrar en escena, se hallaban en un estado social análogo al de los griegos, algunos siglos antes de Homero; como arios que eran, aunque rezagados, habían ideado ya su mitología, sus dioses y sus héroes semidivinos, y se disponían á poner en juego la complicada tramoya. Nada tan ajeno, pues, á su espíritu y vocación como el espíritu del cristianismo. La acción de los bárbaros fue material, de disolución política; después de destruir, lo que acaso no fué necesario destruir, quedaron sumergidos en las sociedades que con la fuerza pretendían gobernar, presos en sus propias redes.

La exaltación de la Iglesia española durante la dominación visigótica, es obra de los bárbaros; pero no es obra de su voluntad, sino de su impotencia. Incapaces para gobernar á un pueblo más culto, se resignaron á conservar la apariencia del poder, dejando el poder efectivo en manos más hábiles. De suerte que el principal papel que en este punto desempeñaron los visigodos, fué no desempeñar ninguno y dar con ello involuntariamente ocasión para que la Iglesia se apoderara de los principales resortes de la política y fundase de hecho el Estado religioso, que aún subsiste en nuestra patria; de donde se originó la metamorfosis social del cristianismo en catolicismo, esto es, en religión universal, imperante, dominadora, con posesión real de los atributos temporales de la soberanía...

La ruina del poder godo tiene su explicación en ese artificio gubernativo; la dominación visigótica no fué destruida por los africanos, porque éstos no pudieron destruir lo que no existía ya. El poder teocrático, que luego había de ser una fuerza valiosísima en la lucha contra los moros, fue en el período gótico la causa de la disolución nacional; porque con los godos era sólo una cabeza servida por brazos torpes y debilitados, mientras que en la Reconquista fué cabeza y brazo á la vez.

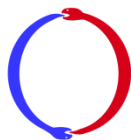
En substancia, el período visigótico, que para los que se fijan sólo en apariencias es transcendental y decisivo en la formación de nuestro espíritu religioso, es, á mi juicio, importante sólo de una manera externa. Durante él, es cierto que la religión adquiere un formidable poder social; pero se nos muestra demasiado aparatosa y solemne. El sentimiento religioso no se hace más profundo ni más enérgico; la filosofía es un embrión de filosofía escolástica, sin carácter propio, y la generalización de la cultura sólo da un resultado,



pudiera decirse cuantitativo, y, por lo tanto, sin relieve, puesto que el influjo social de una Escuela no se mide por el número de sus alumnos ni por la extensión de sus programas, sino por las inteligencias superiores, originales que produce, así como la grandeza de toda nación no se mide por lo intenso de su población ni por lo extenso de su territorio, sino por la grandeza y permanencia de su acción en la Historia.

La creación más original y fecunda de nuestro espíritu religioso, arranca de la invasión árabe. El espíritu español no enmudece, como algunos piensan, para dejar el campo libre á la acción: lo que hace es hablar por medio de la acción. El pensamiento puede ser expresado de muy diversos modos, y el modo más bello de expresión no es siempre la palabra. Mientras en las Escuelas de Europa la filosofía cristiana se desmenuzaba en discusiones estériles y á veces ridículas, en nuestro país se transformaba en guerra permanente; y como la verdad no brotaba entre plumas y tinteros, sino entre el chocar de las armas y el hervir de la sangre, no quedó consignada en los volúmenes de una biblioteca, sino en la poesía bélica popular. Nuestra Summa teológica y filosófica está en nuestro Romancero.

Y lo más original de este modo de expresión fué que por nacer del choque de dos fuerzas, tenía que ser reflejo de ambas. Los españoles, al celebrar sus hazañas, lo hacían con espíritu cristiano, pues que con él y por él combatían; pero el ropaje de sus conceptos era en gran parte ajustado á la usanza mora. El espíritu de los árabes llegaba entonces á su apogeo, y era natural que influyese sobre el de los españoles, si ya no bastara el contacto de varios siglos y la guerra misma, que suele ser el medio más eficaz que tienen los pueblos para ejercer sus recíprocas influencias. De esa poesía popular, cristiana y arábica á la vez, arábica sin qué lo arábigo desvirtúe lo cristiano, antes dándole más brillante entonación, nacieron las tendencias más marcadas en el espíritu religioso español: el misticismo, que fue la exaltación poética, y el fanatismo, que fue la exaltación de la acción. El misticismo fue como una santificación de la sensualidad africana, y el fanatismo fue una reversión contra nosotros mismos, cuando terminó la Reconquista, de la furia acumulada durante ocho siglos de combate. El mismo espíritu que se elevaba á los más sublimes conceptos, creaba instituciones formidables y terroríficas; y cuando queremos mostrar algo que marque con gran relieve nuestro carácter tradicional, tenemos que acudir, con aparente contrasentido, á los autos de fe y los arrebatos de amor divino de Santa Teresa. Al lado de estas creaciones tan originales y vigorosas, nuestra filosofía doctrinal, imitada de la Escolástica y proseguida con mucha

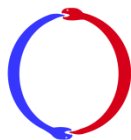


constancia, pero con escaso genio, pierde gran parte de su valor. Nos aparece como una obra de centralización, si así puede decirse; como algo inferior á nuestro temperamento, como creación de la iglesia universal, para mantener unidos por la doctrina, complementaria del dogma los diversos núcleos sociales sometidos á su potestad suprema. No hay oposición; hay sólo desigualdad de fuerza, y lo español sobrepuja á lo extraño: primero, por ser nuestro propio y, por consiguiente, más acomodado á nuestro genio; y segundo, por ser más lógico, más en congruencia con el espíritu originario del cristianismo.

El movimiento de conciliación filosófica iniciado en Alejandría y continuado hasta la edad presente por los escolásticos, parte de un error que pudiera llamarse error de perspectiva, que no afectaba á la esencia de la enseñanza, pero que andando el tiempo había de traer grandes trastornos filosóficos. En vez de crear lentamente una filosofía propia, los nuevos filósofos retocaron la filosofía griega, cuyo espíritu era antagónico del espíritu cristiano; en vez de volar con las alas que les daba la fe, se arrastraron por las bibliotecas; en vez de ser cristianos filósofos, fueron filósofos cristianos; en vez de crear con nuevo espíritu una filosofía nueva, comentaron con nuevo espíritu una filosofía vieja.

La figura más grande de la Escolástica, según el común sentir, es Santo Tomás de Aquino, y, sin embargo, Santo Tomás no es ningún Aristóteles: tiene la traza aristotélica; pero no es un Aristóteles: su filosofía es sabia, prudente, previsor y aun precavida; contiene una legislación minuciosa, utilísima para la vida ordenada de la Iglesia; pero es obra «femenina,» carece del arranque viril que marca la verdadera creación. ¿Cuánto más vigorosa no es la figura de San Agustín, que, sin pretender edificar una enciclopedia filosófica, funda la Ciudad ideal, no como organismo huero de sociólogo á la moderna, sino como algo real que funciona, que vive?

El espíritu cristiano no estaba tan necesitado de apoyarse en clasificaciones minuciosas, silogismos, distinciones y sutilezas, como de penetrar en la realidad para iluminarla con nueva luz, para señalar rumbos nuevos. Una Cosmología cristiana no debía de ser una clasificación ni una descripción, sino un cántico donde todos los seres creados se mostrasen con luz divina, viviendo de un mismo soplo de vida y de amor; algo así como la Introducción al Símbolo de la Je, de Fr. Luis de Granada. Una Psicología cristiana no debía de afanarse demasiado por describir tantos órganos, funciones y operaciones como convencionalmente se atribuyen á nuestra pobre alma, sino más bien por mostrarnos un alma en actividad, viviendo como no había vivido ninguna otra antes de la predicación

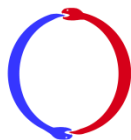


evangélica, con alma iluminada y purificada como la de Santa Teresa de Jesús.

El poder de la metáfora en el mundo es inmenso y á veces nocivo. Si mezclamos cierta cantidad de vino con cierta cantidad de agua, decimos que la mezcla es vino porque tomamos la parte por el todo; y si la mezcla se echa a perder, no decimos: esta mezcla se ha echado á perder, sino que decimos: este vino se ha echado á perder; y de rechazo recae sobre el vino una culpa que debía de recaer sobre el agua.

Esto ocurre con la filosofía escolástica: no es sólo cristianismo; hay en ella filosofía tomada de muchos autores; es vino muy aguada que se ha echado á perder, que se ha torcido, porque torcerse las ideas es que pierdan su acción y su influjo en la vida de los hombres. Pero á pesar de este fracaso, no se crea que la filosofía cristiana ha muerto: ha muerto en una forma; pero el principio subsiste y da vida á nuevas formas, como la especie humana muere en unos hombres, y nace y se conserva en otros hombres. El fundamento de la conciliación está dentro de nosotros; la conciliación la llevamos de hecho en nosotros mismos. Por lo cual todos, sin querer ó queriendo, somos, en cierto sentido, escolásticos. El criticismo ha desligado la razón de la fe; el positivismo ha querido desligar el conocimiento de la razón; el materialismo ha intentado destruir la base misma del conocimiento. Y todos son escolásticos á su modo. Y si hubiese un sistema que negase al hombre la dignidad humana y le recomendase adoptar de nuevo la estación cuadrúpeda, sería tan escolástico como los precedentes. Porque después de rematar su trabajo negativo, destructor, filosófico, los inventores de esos sistemas, ó han de dejar de ser pensadores para convertirse en energúmenos, ó han de construir algo para que subsista al menos el orden social exterior; y este acto de afirmación, ó es un acto de cobardía, ó es un acto de fe ó de sumisión al pensamiento común, obra de la fe.

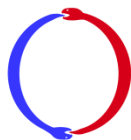
Cuando Kant, con su profundo y sutil análisis, llega á los últimos confines del nihilismo filosófico, no llega más lejos que habían llegado los astutos sofistas de Grecia; no llegó á dejarse atropellar por un carro antes que reconocer la realidad del conocimiento sensible. Lo que diferencia á Kant de los filósofos griegos es que, además de razón pura ó negativa, tiene razón práctica ó constructiva; y esta razón práctica es la misma razón pura, domada por el cristianismo; es la razón pura sometida por la ley de la atracción al pensamiento colectivo; y el «imperativo categórico» que parece algo íntimo, es sólo un reflejo, en la intimidad de cada espíritu, de un estado social creado por el espíritu cristiano. No hay,



pues, medio de escape: podemos alejarnos cuanto queramos del centro ideal que nos rige; podemos describir órbitas inmensas; pero siempre tendremos que girar alrededor del eterno centro.

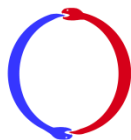
Los que desde Bacon hasta nuestros días se han esforzado por pulimentar «nuevos órganos» de conocimiento, por seguir nuevos métodos y fundar una ciencia puramente realista y práctica, no han conseguido tampoco formar sistema planetario aparte. Sus trabajos, si realmente han ejercido influencia en los inventos de que se enorgullece nuestro siglo, habrán sido útiles; han proporcionado al hombre ciertas comodidades, no del todo desagradables, como el poder viajar de prisa, aunque por desgracia sea para llegar á donde lo mismo se llegaría viajando despacio. Pero su valor ideal es nulo, y en vez de destronar á la Metafísica han venido á servirla y hasta quizás á favorecerla; querían ser amos y apenas llegan á criados. El que desdeñando la fe y la razón se consagra á los experimentos y descubre el telégrafo ó el teléfono, no crea que ha destruido las «viejas ideas:» lo que ha hecho ha sido trabajar para que circulen con más rapidez, para que se propaguen con mayor amplitud.

Hallábame yo un día en el Museo de Pintura de Amberes, contemplando me parece que La Cena de Jordaens, cuando vi llegar en busca mía á mi criada, una flamenca sana y mofletuda, trayéndome una chapita de esas que á la entrada de los museos dan á cambio de los bastones, y paraguas. Sin esfuerzo se habrá comprendido que debí de salir de casa con buen tiempo; que después comenzaría á llover, cosa que en aquel país ocurre casi todos los días, y que mi excelente maritornes tuvo la atención de llevarme un paraguas. Así fué, y sucedió también que cuando salí del Museo había cesado de llover, y me volví con el paraguas debajo del brazo. Y entonces se me ocurrió una idea que ahora ha vuelto á reaparecer en mi memoria y que me ha parecido venir aquí muy á cuento. Se me ocurrió que en aquel suceso vulgarísimo yo había representado, no por méritos propios, sino por un efecto de perspectiva circunstancial, la fuerza perenne del ideal que está en nosotros, y que mi criada había, sin saberlo, ejercido de ciencia experimental y práctica. Yo aplaudo á los hombres sabios y prudentes que nos han traído el telescopio y el microscopio, el ferrocarril y la navegación por medio del vapor, el telégrafo y el teléfono, el fonógrafo, el pararrayos, la luz eléctrica y los rayos X: á todos se les debe de agradecer los malos ratos que se han dado, como yo agradecí á mi criada, en gracia de su buena intención, el que se dió para llevarme el paraguas; pero digo también que cuando acierto á levantarme siquiera dos palmos sobre las vulgaridades rutinarias que me rodean, y siento el calor y la luz de alguna idea grande y pura, todas esas bellas invenciones no me sirven para nada.



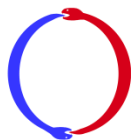
Para que la filosofía cristiana no sea una fórmula convencional, para que ejerza influencia real en la vida de los hombres, es preciso que arranque de esa misma vida, como las leyes, como el arte: una legislación, un arte cosmopolita, son nubes de verano; y una filosofía universal, como pretendió serlo la escolástica, es contraproducente. Someter á la acción de una ideología invariable la vida de pueblos diversos, de diversos orígenes é historia, sólo puede conducir á que esa ideología se transforme en una etiqueta, en un rótulo, que den una unidad aparente debajo de la cual se escondan las energías particulares de cada pueblo, dispuestas siempre á estallar, y á estallar con tanta más violencia cuanto más largo haya sido el período de forzado silencio. La filosofía más importante, pues, de cada nación es la suya propia, aunque sea muy inferior á las imitaciones de extrañas filosofías; lo extraño está sujeto á alternativas, es asunto de moda, mientras que lo propio es permanente: es el cimiento sobre el que se debe de construir, sobre el que hay que construir cuando lo artificial se viene abajo.

¿Por qué ha de tener en el mundo, y ahora más que nunca, tan gran predicamento la simple exterioridad? Parece que hay miedo de conocer el fondo de las cosas. Estamos dominados por la manía de la unificación, y faltos de calma para encomendar esta obra al tiempo, nos apresuramos á constituir unidades aparentes, contando con la ceguera real ó fingida de los que presencian nuestras manipulaciones. Si yo fuera aficionado á los dilemas, establecería uno, digno de hacer juego con el famoso dilema de Omar, que redujo á cenizas la Biblioteca de Alejandría: ó los hombres tienden por naturaleza á constituir un solo organismo homogéneo, tienden á acentuar las diferencias que existen entre sus diversas agrupaciones; si creemos que tienden á la unidad, no nos molestemos y tengamos paciencia y fe en nuestra idea; si creemos que tienden á la separación, no cerremos los ojos á la realidad ni marchemos contra la corriente. No faltará quien crea que el dilema tiene una tercera salida: que los hombres no caminan en ninguna dirección, y que hace falta que venga de vez en cuando un genio que les guíe; y es probable que quien tal crea piense ser él mismo el genio predestinado á guiar á sus semejantes como una manada de ovejas. A tan insigne mentecato habría que decirle que no conoce á sus semejantes; que los hombres que creen haber guiado á otros hombres, no han guiado más que cuerpos de hombre; que han conducido cuerpos, pero no almas; que las almas sólo se dejan conducir por los espíritus divinos, y que la Humanidad hace ya siglos que tiene seca la matriz y no puede engendrar nuevos dioses.

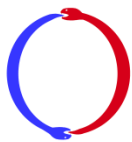


Las unidades aparentes y. convencionales no pueden destruir la diversidad real de las cosas; no sirven más que para encubirla. La Reforma no fue más que la manifestación de la rebeldía latente en espíritus que acaso no fueron nunca verdaderamente cristianos, que no podían comprender el verdadero sentido del cristianismo, porque no tenían aún el convencimiento propio de la impotencia del esfuerzo racional, y que al proclamar el libre examen eran tan lógicos á su manera como lo eran los herederos del espíritu greco-romano al defender la sumisión ciega y absoluta á la fe. La religión cismática griega fundó asimismo una unidad aparente en la que quedaron sumergidos los pueblos eslavos: el porvenir dará cuenta de esa unidad. No importa que la autoridad política, armada de terrible poder y fundida con la autoridad religiosa, se esfuerce por conservar el artificio: quien quiera que se ponga en contacto con el pueblo ruso, notará la inquietud precursora de la explosión, el deseo universal de romper la espesa costra de religión bizantina que comprime las energías naturales é impide que se muestren con entera pureza y espontaneidad. En nuestros días se trabaja con pasión por convertir á los negros africanos: es posible que en breve se nos diga que ya están todos catequizados, y es posible que al cabo de algunos siglos aparezcan adorando á groseras divinidades, no muy superiores á los fetiches que hoy adoran, y viviendo conforme á sus prácticas nativas.

El verdadero cristianismo, no como aspiración filantrópica en favor de razas inferiores, sino como creencia conscientemente profesada, es impropio de pueblos primitivos, y sólo arraiga en éstos cuando le acompaña la acción permanente de una raza superior, es decir, cuando ese pueblo primitivo se confunde por la vida común ó por el cruce con un pueblo civilizada que le domina y le educa, como ocurrió en los pueblos descubiertos y subyugados por España. La universalidad ó catolicidad del cristianismo no se opone á esta idea. Todos los hombres son mortales, y, sin embargo, si nos preguntan si es posible que en una ciudad mueran todos sus habitantes á la vez, diremos que no, y lo diremos fundándonos en lo que pudiera llamarse «experiencia del instinto,» un género de certeza que Balme ha analizado con gran precisión. Y si á pesar de esto ocurriera el hecho anormal de morir simultáneamente en masa una población, no admitiríamos tampoco la existencia real de una «muerte simultánea,» sino que explicaríamos la anomalía por una causa excepcional, extraordinaria: por ejemplo, una epidemia. Del mismo modo, todos los hombres son catequizables; pero no todos á la vez. Cuando vemos que en los comienzos del cristianismo los pueblos se convierten en masa, lo atribuimos á una causa excepcional, y esta causa fue el estado de postración ideal á que llegó el espíritu greco-romano.

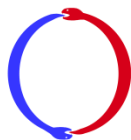


Sería, pues, muy fecundo, y en ninguna manera peligroso, romper la unidad filosófica. El espíritu español ha sido sometido á las más formidables presiones que hayan sido inventadas por el exclusivismo más fanático; y ese espíritu, en vez de rebelarse, ha reconocido ser él mismo el juez y el criminal, la víctima y el verdugo, y ha llegado, por espontáneo esfuerzo mucho más allá de donde debía de llegar por la coacción. Escrita está la Historia de los heterodoxos españoles por Menéndez y Pelayo, un español de criterio tan amplio y generoso, que hubiera sido capaz de hacer estricta justicia hasta á los herejes más empedernidos, si por acaso hubiera topado con algunos en sus investigaciones. Pero no haya temor: en España no hay un hereje que levante dos pulgadas del suelo. Si alguien ha querido ser hereje ha perdido el tiempo, porque nadie le ha hecho caso. Si en muchos asuntos de la vida el hombre ha menester del concurso de la sociedad, en las sectas es de tal punto decisivo, que la importancia de una disidencia religiosa, más que por el fondo doctrinal, se mide por el número de sus adeptos. España se halla fundida con su ideal religioso, y por muchos que fueran los sectarios que se empeñasen en «descatolizarla,» no conseguirían más que arañar un poco la corteza de la nación. Pero después de varios siglos de silencio se ha tomado miedo á la voz humana, y se carece de tacto para apreciar las palabras por su valor, no por el ruido que mueven; y apenas se da alguna libertad á los espíritus díscolos é indisciplinados, sobreviene una grandísima inquietud: no se quiere comprender que la importancia de lo que dicen no está en lo que dicen, sino en la excitación que producen á quien les escucha. Acostumbrados á conservar la unidad de la doctrina por medio de la fuerza, duele ahora pelear para conservarla mediante el esfuerzo intelectual, como si no fuera cierto que la fuerza destruye, á la vez que las opiniones disidentes, la fe misma que se pretende defender. Uno de los errores que con más apariencia de verdad corren por el mundo, es que las naciones adheridas á la Reforma han llegado á adquirir mayor cultura, mayor prosperidad, mayor influencia política que las que han permanecido fieles al catolicismo. Yo he vivido varios años en Bélgica, y puedo decir que es una nación tan adelantada como la que más en todos esos órdenes de cosas en que hoy se hace consistir la civilización (en la que por desgracia se concede más importancia á los kilómetros de ferrocarril que á las obras de arte); y Bélgica es una nación católica, más católica en el fondo que España. Pero en Bélgica hay otras confesiones, y hay además fuertes agrupaciones anticatólicas; los católicos tienen que estar atentos y vigilantes, tienen que luchar y luchan con tanto ardor como en los tiempos del Duque de Alba.



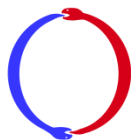
La flaqueza del catolicismo no está, como se cree, en el rigor de sus dogmas: está en el embotamiento que produjo á algunas naciones, principalmente á España, el empleo sistemático de la fuerza. Cuanto en España se construya con carácter nacional, debe de estar sustentado sobre los sillares de la tradición. Eso es lo lógico y eso es lo noble, pues habiéndonos arruinado en la defensa del catolicismo, no cabría mayor afrenta que ser traidores para con nuestros padres, y añadir á la tristeza de un vencimiento, acaso transitorio, la humillación de someternos á la influencia de las ideas de nuestros vencedores; mas por lo mismo que esto es tan evidente, no debe de inspirar temor ninguno la libertad. Hoy no puede haber ya herejías, porque el exceso de publicidad, aumentando el poder de difusión de las ideas, va quitándoles la intensidad y el calor necesarios para que se graben con vigor y den vida á las verdaderas sectas. Los que pretenden ser reformadores no pueden crear nada durable: pronto se desilusionan y concluyen por aceptar un cargo público ó un empleo retribuido; y estas concesiones no son del todo injustas, porque les recompensan un servicio útil á la nación: el de excitar y avivar las energías genuinamente nacionales, adormecidas y como momificadas. De ellos pudiera decirse que son como las especias: no se las puede comer á todo pasto; pero son utilísimas cuando las maneja un hábil cocinero. Si hubiera modo de traer á España algunos librepensadores mercenarios y varios protestantes de alquiler, quizás se resolvería la dificultad sin menoscabo de los sentimientos españoles; pero no siendo esto posible, no hay más solución que dejar que se formen dentro de casa y tolerarlos, y hasta, si es preciso, pagarlos.

Siendo yo niño leí el relato horripilante de un suceso ocurrido en uno de estos países cercanos al Polo Norte, á un hombre que viajaba en trineo con cinco hijos suyos. El malaventurado viajero fue acometido por una manada de hambrientos lobos, que cada vez le aturdían más con sus aullidos y le estrechaban más de cerca, hasta abalanzarse sobre los caballos que tiraban del trineo; en tan desesperada situación tuvo una idea terrible: cogió á uno de sus hijos, el menor, y lo arrojó en medio de los lobos; y mientras éstos, furiosos, excitados, se disputaban la presa, él prosiguió velozmente su camino y pudo llegar á donde le dieran amparo y refugio. España debe de hacer como aquel padre salvaje y amantísimo; que por algo es patria de Guzmán el Bueno, que dejó degollar á su hijo ante los muros de Tarifa. Algunas almas sentimentales dirán de fijo que el recurso es demasiado brutal; pero en presencia de la ruina espiritual de España, hay que ponerse una piedra en el sitio donde está el corazón y hay que arrojar aunque sea un millón de españoles á los lobos, si no queremos arrojarnos todos á los puercos.



El problema más difícil de resolver en el estudio psicológico, en el que han encallado los investigadores y observadores más perspicuos, es el de enlazar con rigor lógico la experiencia interna con los fenómenos exteriores. Hay psicólogos que construyen ideologías peligrosas, erigiendo en principios generales los hechos particulares que notan en su propio espíritu; los hay que forjan fenomenologías sin base coordinando observaciones puramente objetivas; y los hay tan perspicaces, que funden ambos resultados y explican lo que ven en los demás hombres por los hechos similares que descubren en sí mismos. Y el resultado es siempre incierto, porque á veces dos sujetos psicológicos idénticos producen acciones antagónicas, y dos sujetos antagónicos toman en la vida real idénticas apariencias. Si tomamos como tipo un misántropo, puede ocurrir que le encontremos en la vida real convertido, ora en un asceta, ora en un demagogo; el carácter psicológico, lo esencial, es idéntico: un hombre que carece de apetito sentimental, un refractario que vive aislado en medio del mundo, como un barco que carece de amarras y no puede tomar puerto. Y, sin embargo, este hombre lo mismo es apto para vivir en la celda de un convento que para agitar las masas populares, sembrando sus ideas, que, faltas de enlace con las ideas comunes, tienen que ser, por necesidad, disolventes. Para mí, dos figuras tan desemejantes como Kempis y Proudhon son psicológicamente idénticas: el uno piensa en silencio, y el otro en medio del tumulto; pero ambos son pensadores solitarios, ambos tienen igual concepto negativo de la vida, bien que el uno lo corrija y dulcifique por medio de la fe, y el otro lo exaspere y lo convierta en arma de destrucción. En cambio, dos naturalezas, al parecer semejantes, como Kempis y el P. Granada, son diametralmente opuestas: Kempis se eleva al ascetismo por la abstracción, es un espíritu ontológico; en cuanto la abstracción no le sostiene, cae en el más descarnado y seco prosaísmo; el P. Granada se eleva al misticismo, apoyándose en su conocimiento admirable de la realidad, en su amor positivo á la humanidad viviente; es un espíritu realista, y sus pensamientos son siempre humanos. Del uno podría decirse que es un alma enfermiza, linfática; del otro, que es un alma robusta, sanguínea.

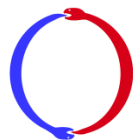
De igual modo, cuando se estudia la estructura psicológica de un país, no basta representar el mecanismo externo, ni es prudente explicarlo mediante una ideología fantástica: hay que ir más hondo y buscar en la realidad misma el núcleo irreductible al que están adheridas todas las envueltas que van transformando en el tiempo la fisonomía de ese país. Y como siempre que se profundiza se va á dar en lo único que hay para nosotros perenne, la tierra, ese núcleo se encuentra en el «espíritu territorial.» La religión, con ser algo muy



hondo, no es lo más hondo que hay en una nación: la religión cambia, mientras que el espíritu territorial subsiste, porque los cambios geológicos vienen tan de tarde en tarde, que á veces nacen y mueren varias civilizaciones sin que el suelo ofrezca un cambio perceptible. Por esto, si la observación se limita á desentrañar el espíritu religioso, ó el artístico, ó el jurídico, podrá ocurrir que descubra sólo exterioridades análogas á otras exterioridades, y que deduzca aparentes analogías allí donde, si se atiende al principio generador, existen marcadas oposiciones.

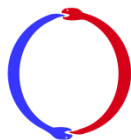
La evolución ideal de España se explica sólo cuando se contrastan todos los hechos exteriores de su historia con el espíritu permanente, invariable, que el territorio crea, infunde, mantiene en nosotros. (Como hay continentes, penínsulas é islas, así hay también espíritus continentales, peninsulares é insulares. Los territorios tienen un carácter natural que depende del espesor y composición de su masa, y un carácter de relación que surge de las posiciones respectivas: relaciones de atracción, de dependencia ó de oposición. Una isla busca su apoyo en el continente, del que es como una accesión, ó reacciona contra ese continente si sus fuerzas propias se lo permiten; una península no busca el apoyo, que ya está por la naturaleza establecido, y reacciona contra su continente con tanta más violencia cuanto más distante se halla del centro continental; un continente es una masa equilibrada, estática, r constituida en foco de atracción permanente. La evolución ideal es más rápida en las islas que en las penínsulas, más en éstas que en los continentes, más en los litorales que en el interior; la evolución de un territorio ó de los individuos que lo ocupan está en razón directa de su distancia del centro de las unidades territoriales, porque la distancia provoca, con el movimiento de reacción, otro movimiento concordante de excitación espiritual.

Comparando los caracteres específicos que en los diversos grupos sociales toman las relaciones inmanentes de sus territorios, se notará que en los pueblos continentales lo característico es la resistencia, en los peninsulares la independencia y en los insulares la agresión. El principio general es el mismo: la conservación; pero los continentales, que tienen entre sí relaciones frecuentes y forzosas, la confían al espíritu de resistencia; los peninsulares, que viven más arlados, aunque no libres de ataques é invasiones, no necesitados de una organización defensiva permanente, sino de unión en caso de peligro, la confían al espíritu de independencia, que se exagera con las agresiones; los insulares, que viven en territorio aislado con límites fijos é invariables, menos expuestos, por tanto, á las invasiones, se ven impelidos, cuando les obliga á ello la necesidad de acción, á convertirse en agresores. Y no se crea que es necesario



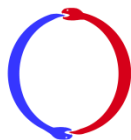
que las agrupaciones sociales tengan conocimientos geográficos para que conozcan la índole de su territorio: la experiencia histórica acumulada suministra un conocimiento perfecto. El insular sabe que tiene su defensa más firme en su aislamiento: podrá aceptar una dominación extraña si carece de fuerza para mantener su independencia; pero de hecho es independiente, y sabe además que la fuerza de caracterización de su suelo insular es tan vigorosa, que si algunos elementos extraños se introducen en él, no tardarán en adquirir el sentimiento de la autonomía. En cambio, el continental no confía en el suelo, que no le ofrece seguridad bastante, y desarrolla más el espíritu de resistencia: podrá ser dominado; pero apoyándose en la fuerza de su carácter, en la pasividad, se mantendrá puro entre sus dominadores. El peninsular conoce asimismo cuál es el punto débil de su territorio, porque por él ha visto entrar siempre á los invasores; pero como su espíritu de resistencia y previsión no ha podido tomar cuerpo por falta de relaciones constantes con otras razas, se deja invadir fácilmente, lucha en su propia casa por su independencia, y si es vencido se amalgama con sus vencedores con mayor facilidad que los continentales.

Cuando el espíritu territorial no está aún formado, le suple el espíritu político, esto es, el de ciudadanía; y cuando éste llega á tomar cuerpo, se asemeja al insular, porque el hombre que vive en un recinto cerrado ó amurallado, considera que forma como un cuerpo distinto del territorio. Roma y Cartago fueron ciudades insulares: su poder agresivo fué tan grande como escasa su fuerza para resistir. Cartago sucumbió á un ataque de Roma, y Roma había estado poco antes, próxima á sucumbir bajo los ejércitos de Cartago. La nación insular típica es Inglaterra, y la historia de Inglaterra, desde que aparece constituida como nacionalidad, es una agresión permanente. Sus ataques no tienen la misma forma que los de las naciones continentales: son meditados y tan seguros como los del tigre que está al acecho y se lanza de un salto sobre su presa. Y esto no es obra de la voluntad: arranca de la constitución del territorio, de la necesidad de tener grandes fuerzas marítimas y de la facilidad que éstas dan para las agresiones aisladas, contra las que todas las previsiones y precauciones son ineficaces. «Yo quisiera ver — ha escrito Cobden — un mapa del mundo, según la proyección de Mercator, con puntos rojos marcados en todos aquellos lugares en que los ingleses han dado alguna batalla: saltaría á la vista que, al contrario de todos los demás pueblos, el pueblo inglés lucha desde hace siete siglos contra enemigos extranjeros en todas partes menos en Inglaterra. ¿Será preciso decir una palabra más para demostrar que somos el pueblo más agresivo del mundo?» A esto podría añadirse que si Inglaterra luchara en su propio territorio, sería



vencida más fácilmente que ninguna otra nación. «Sin el desastre de la Invencible, si los tercios españoles ponen el pie en Inglaterra — ha escrito á su vez Macaulay—, se hubieran repetido los tremendos desastres de Roma cuando la expedición de Aníbal á Italia.» Macaulay fundaba su aserto en la superioridad militar de los soldados españoles; pero acaso sería más justo decir que Inglaterra tenía y tiene en sí la causa de su debilidad para una guerra de resistencia, así como que la impunidad en que constantemente se ha mantenido, se explica por la falta de condiciones del continente para una guerra agresiva, en el sentido que se da aquí á la palabra agresión, si como ejemplo de nación continental tomamos á Francia, veremos que el sentimiento en ella dominante es el patriótico. En España, considerándonos casi aislados, por la mismo que somos una casi isla, concentramos nuestro pensamiento en el punto por donde puede venir el ataque, y de esta concentración nace el sentimiento de independencia; somos casi independientes y queremos serlo del todo. Mientras que Francia, que tiene fronteras comunes y movibles con varias naciones, no puede concebir su territorio aislado y no le basta la idea de independencia; por lo cual exalta la idea de patria, que es más resistente para mantener la cohesión, tanto en los momentos de peligro como en tiempo de paz, porque ésta no es en los países continentales un reposo, sino una forma más suave de la guerra, la lucha por «l predominio intelectual.

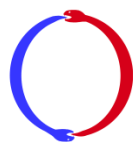
Las guerras de Francia fueron siempre guerras de frontera, defensivas ú ofensivas, pero siempre encajadas en el criterio tradicional, formado por la lógica de la historia; y las primeras guerras de la Revolución fueron sólo guerras defensivas ó guerras de expansión ideal; las agresiones no comienzan hasta que aparece Napoleón, quien, no sólo era un extranjero que conoció á Francia de un modo puramente objetivo y la utilizó como un instrumento para satisfacer sus ambiciones, según Taine ha sostenido y demostrado, sino que era un insular, más aún, fue una isla que cayó sobre el Continente. Cuando se observa sobre un mapa militar el procedimiento estratégico empleado en las guerras napoleónicas (que por algo son llamadas napoleónicas y no francesas), se cae en la cuenta de que Napoleón movía sus ejércitos como si fueran escuadras navales; sus guerras son terrestres de hecho, pero marítimas por la concepción. De aquí el trastorno de Europa, no acostumbrada á este género de combates. Europa lucha contra Napoleón en todas las formas en que es posible luchar: España, con una guerra de Independencia; Inglaterra, con ataques aislados y certeros; el Continente, con la resistencia, y, por último, Rusia valiéndose de una retirada. Y es mi sentir que Napoleón pudo, concentrando todas sus fuerzas, asaltar, destruir Inglaterra y acaso domar España; pero que no hubiera podido jamás triunfar de la



resistencia pasiva de Rusia. El espíritu de Napoleón deja en Francia tan bien marcada su huella, que reaparece en el segundo Imperio en forma de agresiones absurdas y contrarias á los intereses de Francia, y persiste en la tercera República en una forma más degenerada aún, las conquistas coloniales, hechas á nombre de un pueblo que no es colonizador, que no puede ir más allá de la dominación política, del protectorado, porque su naturaleza repugna el abandono del suelo patrio.

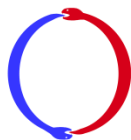
España es una península, ó con más rigor, «la península.» porque no hay península que se acerque más á ser isla que la nuestra. Los Pirineos son un istmo y una muralla; no impiden las invasiones, pero nos aíslan y nos permiten conservar nuestro carácter independiente. En realidad, nosotros nos hemos creído que somos insulares, y quizás este error explique muchas anomalías de nuestra historia. Somos una isla colocada en la conjunción de dos continentes, y si para la vida ideal no existen istmos, para la vida histórica existen dos: los Pirineos y el Estrecho; somos una «casa con dos puertas.» y, por lo tanto, «mala de guardar;» y nuestro partido constante fue dejarlas abiertas por temor de que las fuerzas dedicadas a vigilarlas se volvieran contra nosotros mismos. Nuestro país se convirtió en una especie de parque internacional, donde todos los pueblos y razas han venido a distraerse cuando les ha parecido oportuno; nuestra historia es una serie inacabable de invasiones y de expulsiones, una guerra permanente de independencia. Pero así como hay naciones que han luchado sólo en su territorio ó en la proximidad de sus fronteras, y otras que han luchado sólo en territorios extranjeros y no en el suelo patrio, la nuestra ha peleado en todas partes; y este hecho, que parece desvirtuar cuanto llevo dicho acerca del espíritu de nuestro territorio, merece una explicación. Si por naturaleza no somos agresivos, ¿cómo entender nuestra historia moderna, en la que España, apenas constituida, aparece como una nación guerrera y conquistadora? ¿Proviene esto del error indicado antes, de que nos hemos creído ser una isla á pesar de los duros escarmientos que nos ha infligido nuestra delicada posición geográfica? Yo creo que ese espíritu de agresión existe, pero que no ha sido más que una transformación de la independencia, y ha de desaparecer lentamente con las causas que motivaron la transformación.

Han hecho que á primera vista parece inexplicable, la excesiva duración del poder árabe en España, nos descubre la causa, sin que pueda ser otra, de tan extraña metamorfosis. Así como la existencia de la Turquía europea no tiene su razón de ser en la vitalidad propia del pueblo turco, sino en la rivalidad de las Potencias, impotentes



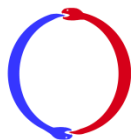
cuando se trata de calmar susceptibilidades y suspicacias, así también la existencia de la dominación arábigo-hispana en su largo período de descenso está principalmente sostenida por los celos de nuestras regiones. Se desea acabar la Reconquista, pero se teme lo que va á venir después: se trabaja por el triunfo del cristianismo, pero no se descuida otro punto importante: conservar la independencia de los diferentes pedazos de territorio y los privilegios forales. De ahí esa absurda política de particiones constantes de los Estados, inspirada, no en el amor paternal (pues tengo para mí que los reyes de la Edad Media eran más duros de corazón que los del día), sino en las exigencias de las regiones y hasta de las villas que deseaban campar libremente por sus respetos. A cada paso que se da hacia adelante sigue un alto y una reflexión; todos se miran de reojo, y se comparan y miden á ver si uno ha crecido más que otro y hay que acogotarlo para que se ponga al mismo nivel; raros son los momentos en que, por coincidir en el gobierno hombres de ideas más audaces, se busca la igualdad luchando, rivalizando en ardor y en esfuerzo. Los pequeños Estados que quedaban encerrados y alejados del campo de la lucha, se aliaban ó buscaban el apoyo extranjero y los que tenían frontera abierta, como fueron últimamente Portugal, Castilla y Aragón procuraban mantener el equilibrio. Sin embargo, este equilibrio debía de romperse, y mientras que Castilla, por su posición central, echaba sobre sí la mayor parte de la obra de Reconquista; y como la preponderancia futura de Castilla era un amago contra la independencia de los demás, nació espontáneamente, como eflorescencia de nuestro espíritu territorial, la idea de buscar fuera del suelo español fuerzas para ser independientes en España. Portugal, estado atlántico, se transforma en nación marítima y dirige la vista hacia el continente africano, y Aragón, Cataluña y Valencia, estado mediterráneo, encuentra apoyo en el Mediterráneo y en Italia. Así nace el espíritu conquistador español, que se distingue del de los demás, pueblos en que mientras todos conquistan cuando tienen exceso de fuerzas, España conquista sin fuerzas, precisamente para adquirirlas. Así es como hemos llegado á ser los conquistadores de la leyenda, los terribles halcones ó aguiluchos del famoso soneto de los «Trofeos» del poeta hispano-francés José María de Heredia.

El espíritu conquistador nace en el Occidente y en el Oriente de España antes que en el Centro, en Castilla, que luego acierta á monopolizarlo; y en cada región toma un carácter distinto, porque así lo imponía la naturaleza de las conquistas. En Portugal los conquistadores, son navegantes y descubridores; pero no navegan y descubren por curiosidad, puesto que les mueve el deseo del dominio. En Cataluña y Aragón se encuentran trazas de los



conquistadores típicos, principalmente en la célebre expedición contra turcos y griegos; mas el rasgo predominante es la conquista apoyada por la política y la diplomacia. «La incorporación de Navarra á la Corona de España — ha dicho Castelar — es un capítulo de Maquiavelo.» Fernando el Católico no es un diplomático improvisado: es un maestro formado en la escuela italiana, y es mucho más astuto que Maquiavelo, quien en el fondo (y no se vea intención irónica en mis palabras) era un buen hombre, como hoy diríamos; un excelente patriota, enamorado de la idea de la unidad de Italia, deseoso de que su patria fuese grande y fuerte como las demás y convencido de que su idea no podía realizarse por medios distintos de los que sus adversarios empleaban. Maquiavelo ha recogido la odiosidad que acompaña á los pensamientos tortuosos y pérfidos, por haber escrito, sistematizándolo, lo mismo que en su tiempo practicaban príncipes tenidos por muy cristianos. Los conquistadores de la parte oriental de España fueron, pues, los más civilizados, por exigirlo así el medio á que debían de adaptarse. En Italia aprendimos por necesidad á ser finos diplomáticos, y en Italia transformamos los guerreros del cerco de Granada en ejército organizado en la forma más perfecta á que han podido remontarse nuestras flacas facultades de organización.

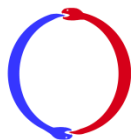
En Castilla, el espíritu conquistador nace del de rivalidad, apoyado por la religión. La tendencia natural de Castilla era la prosecución en el suelo africano de la lucha contra el poder musulmán, del que entonces podían temerse aún reacciones ofensivas; pero interponiéndose Colón, las fuerzas que debieron ir contra África se trasladaron á América. La organización política dada á la nación por los Reyes Católicos había de tener como complemento una restauración intelectual, que diere á las obras del espíritu más amplia intervención en la vida y una restauración de las fuerzas materiales del país, empobrecido por las guerras. Mas estas dos obras requerían mucha constancia y mucho esfuerzo: la primera fué iniciada con brillantez, porque el impulso partió de los reyes y de los hombres escogidos de que supieron rodearse; pero la segunda, que era más obra de brazos que de cabeza y más de sudar que de discurrir, tenía que descansar sobre los hombros del pueblo trabajador, el cual, no encontrándose en la mejor disposición de ánimo para entrar en faena, acogió con júbilo la noticia del descubrimiento del nuevo mundo, que atraía y seducía como cosa de encantamiento. Y dejando las prosáicas herramientas de trabajo, allá partieron cuantos pudieron en busca de la independencia personal, representada por el «Oro;» no por el oro ganado en la industria ó el comercio, sino por el oro puro, en pepitas.



Así, pues, el espíritu de agresión que generalmente se nos atribuye, es sólo, como dije, una metamorfosis del espíritu territorial ha podido adquirir el carácter de un rasgo constitutivo de nuestra raza por lo largo de su duración; pero no ha llegado á imponérsenos y ha de tener su fin cuando se extingan los últimos ecos de la política que le dió origen. En la historia de España sólo aparece un conato de verdadera agresión: el envío de la armada Invencible contra Inglaterra; y sabido es que esa aventura, cuyo fin fue tan desastroso como lógico, no fué obra nuestra exclusiva: nosotros pusimos el brazo, pero no pusimos el pensamiento, puesto que el interés político ó religioso no abarca todo el pensamiento íntimo de una nación. El examen de los documentos relativos á la diplomacia pontificia en España (al que ha dedicado recientemente un concienzudo trabajo un escritor español peritísimo en la materia, D. Ricardo de Hinojosa) pone de relieve que si España tuvo un momento la idea de agredir á Inglaterra, protectora y amparadora de los rebeldes flamencos, esa idea fué alimentada y sostenida y resucitada y subvencionada por la Iglesia de Roma con tanta ó mayor insistencia que la empleada para constituir la Liga contra los turcos, la cual respondía á un pensamiento más justo: el de defenderse contra un poder violento y en auge, peligroso para los intereses de toda Europa.

Y en nuestra historia interior, siendo como es, por desgracia, fertilísima en guerras civiles, no existen tampoco guerras de agresión, sino luchas por la independencia. La unión nace por la paz y en virtud de enlaces ó del derecho hereditario: así se unieron Aragón y Cataluña, Castilla y Aragón, España y Portugal. La guerra aparece sólo al separarse: de un lado se combate por la independencia; del otro por conservar la unidad, es decir, la legalidad política establecida: por tanto, no hay agresión. Un hecho como la ocupación de Gibraltar por Inglaterra, sin derecho ni precedente que lo justifique, por cálculo y por conveniencia, no existe en nuestra historia.

Los términos «espíritu guerrero» y «espíritu militar» suelen emplearse indistintamente, y, sin embargo, yo no conozco otros más opuestos entre sí. A primera vista se descubre que el espíritu guerrero es espontáneo y el espíritu militar reflejo; que el uno está en el hombre y el otro en la sociedad; que el uno es un esfuerzo contra la organización, y el otro un esfuerzo de organización. Un hombre armado hasta los dientes va proclamando su flaqueza cuando no su cobardía; un hombre que lucha sin armas da á entender que tiene confianza absoluta en su valor; un país que confía en sus fuerzas propias desdeña el militarismo, y una nación que teme, que no se siente segura, pone toda su fe en los cuarteles. España es por esencia,

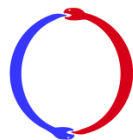


porque así lo exige el espíritu de su territorio, un pueblo guerrero, no un pueblo militar.

Abramos una Historia de España por cualquier lado y veremos constantemente lo mismo: un pueblo que lucha sin organización. En el período romano sabemos que Numancia prefirió perecer antes que someterse; pero no sabemos quién hizo allí de cabeza, y casi estamos seguros de que allí no hubo cabeza; buscamos ejércitos y no encontramos más que guerrillas, y la figura que más se destaca no es la de un jefe regular, la de un rey ó régulo, sino la de Viriato, un guerrillero. En la Reconquista, habiendo tantos reyes, algunos sabios y hasta santos, la figura nacional es el Cid, un rey ambulante, un guerrillero que trabaja por cuenta propia; y el primer acto que anuncia el futuro predominio de Castilla no parte de un rey, sino del Cid, cuando emprende la conquista de Valencia é intercepta el paso á Cataluña y Aragón. No importa que la conquista no fuera definitiva: basta la intención, el arranque; así, pues, al exaltar la figura del Cid, al colocarla por encima de sus reyes, el pueblo de Castilla no va descaminado. Cuando los que combaten buscan un apoyo en la religión, no se contentan con invocar el auxilio divino, sino que transforman á Santiago en guerrero; y no en general, en simple soldado del arma de caballería. Y esto no es obra exclusiva de la religión, del odio al infiel, puesto que en nuestro siglo, contra los cristianos franceses, Aragón transformó á la Virgen del Pilar en Capitana de las tropas aragonesas.

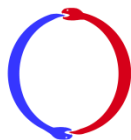
Cuando la fuerza de los acontecimientos nos obligó á mezclarnos en los asuntos de Europa, el guerrero se convierte en militar; pero nuestras creaciones militares no son organismos complicados: son la compañía y el tercio. Para presentar ante Europa una figura militar de primer orden, tenemos que acudir á un capitán nada más, al Gran Capitán, el creador de nuestro ejército en las campañas de Italia. Y la genialidad de Gonzalo de Córdoba consistió, como ya dije hablando de Séneca, en que no inventó nada, en que no hizo más que dar forma á nuestras ideas. Entonces también había grandes ejércitos, y el Gran Capitán creó la táctica de los que son menores en número, la defensiva combinada con las maniobras rápidas y las agresiones aisladas, esto es, la táctica de guerrillas, medio infalible para quebrantar la cohesión del enemigo, para fraccionarlo y para derrotarlo, cuando ese enemigo confía el éxito á una sola cabeza y anula las iniciativas de los núcleos secundarios, desligados.

Para nuestras empresas de América no fué necesario cambiar nada, y los conquistadores, en cuanto hombres de armas, fueron legítimos guerrilleros, lo mismo los más bajos que los más altos, sin



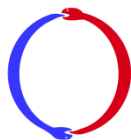
exceptuar á Hernán Cortés. He aquí por qué Europa no ha comprendido nunca á nuestros conquistadores, y les ha equiparado á bandoleros. Mil veces, desde que vivo fuera de España, he oído la eterna acusación, lanzada por sabios é ignorantes y hasta por los poetas, que suelen tener más ancho criterio para comprender las cosas humanas. Heine, en su Romancero, en su torpe leyenda de «Vitzliputzli,» llama también á Hernán Cortés «un capitán de bandidos.» Y en vez de indignarse, creo que lo procedente es decir que no comprenden á nuestros conquistadores, porque no han podido tenerlos.

Holanda imitó la política de Portugal y buscó también en la colonización fuerzas que la exigüidad de su territorio no le daba para asegurar su independencia en el Continente; pero Holanda contaba ya con medios de acción mucho más perfectos, y como además su espíritu era ya otro, su colonización se transformó en negocio comercial, en algo útil, práctico, sin duda, pero que ya no era tan noble; y esta colonización, así entendida, pasó del Continente á Inglaterra, que adquirió luego la supremacía colonial en el mundo; y acaso sería más justo decir que no pasó á Inglaterra, sino á Escocia, puesto que los escoceses, no los ingleses, fueron los iniciadores. En nuestros días, Bélgica, ó mejor, el rey de los belgas, ha emprendido la misma política (la cual puede ser peligrosa si, sacando al país de su neutralidad, no le diera los medios para sostener por cuenta propia lo que hoy está sostenido por el acuerdo de las naciones); pero esta política, que desde luego es noble y generosa, está apoyada también en el comercio y en la acción militar regular, no en el espíritu conquistador que no son conquistadores quienes sirven un breve período de tiempo en una colonia por obtener riquezas ú honores, sino quienes conquistan por necesidad, espontáneamente, por impulso natural hacia la independencia, sin otro propósito que demostrar la grandeza oculta dentro de la pequeñez aparente. Y tan conquistadores como Cortés ó Pizarro son Cervantes, preso en Argel y comprometiéndose en una rebelión por España, y San Ignacio de Loyola, otro oscuro soldado que con un puñado de hombres acomete la conquista del mundo espiritual. Cuando Europa, pues, habituada á la acción regular de la milicia y del comercio, ve á unos cuantos aventureros lanzarse á la conquista de un gran territorio, no pudiendo ó no queriendo comprender la fuerza ideal que les anima, los toma por salteadores de caminos, é interpreta las crueldades que por acaso cometan, no como azares del combate, sino como revelación de instintos vulgares, sanguinarios; sin fijarse en que sin esos héroes tan mal juzgados, de quienes puede decirse que fueron los roturadores del mundo colonial, no hubieran venido después los que sembraron y recogieron, los que no contentos con sacar la utilidad del trabajo ajeno, pretenden recabar para sí toda la gloria.

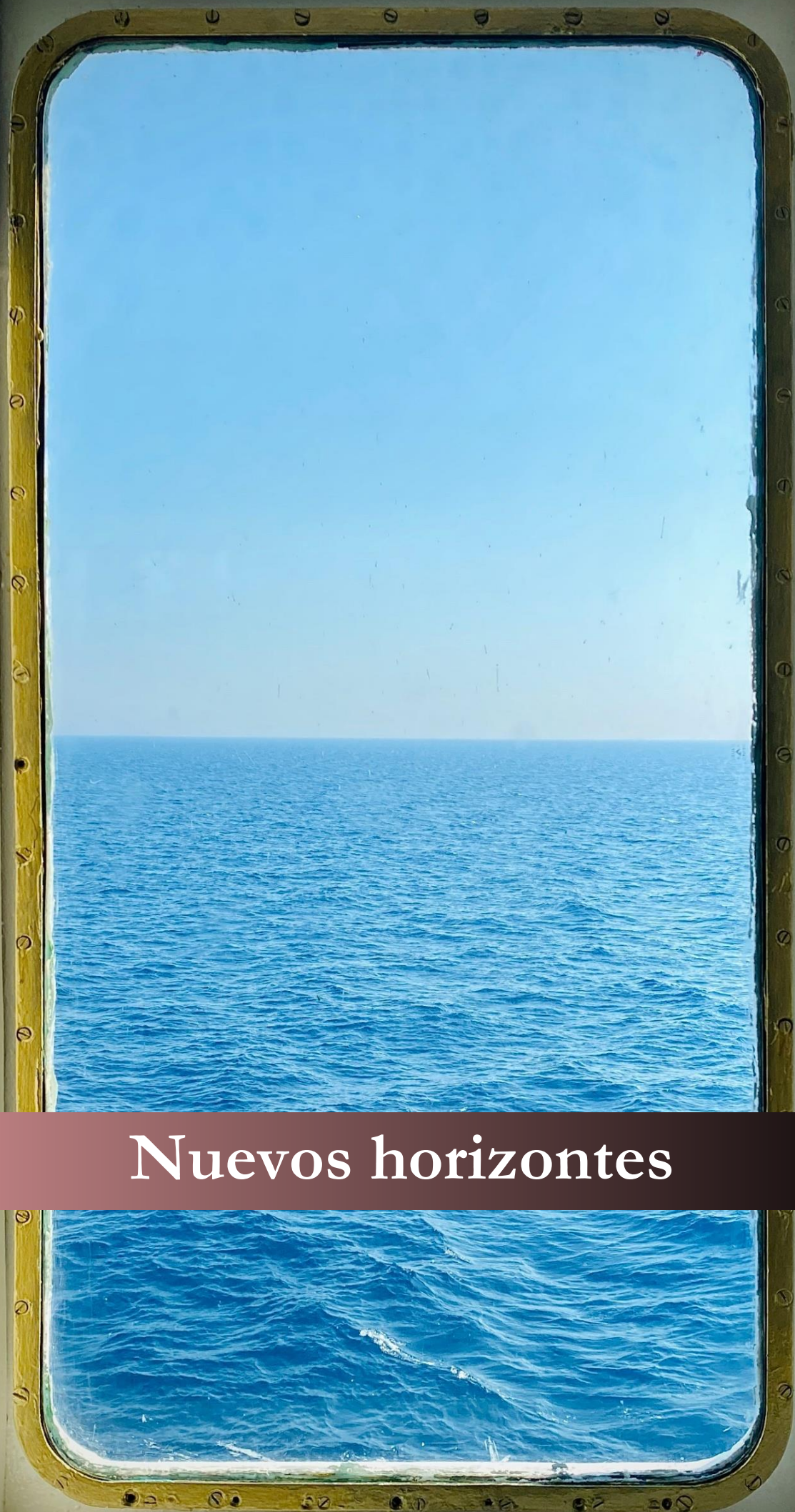


Tales errores de juicio responden á una hipocresía sistemática en que hoy todos nos complacemos, á una ceguedad intencionada ó voluntaria de que todos padecemos. Unimos el efecto á la causa sólo cuando uno y otra están ya unidos de un modo natural y no hay medio de separarlos. Un ejército que lucha con armas de mucho alcance, con ametralladoras de tiro rápido y con cañones de grueso calibre, aunque deje el campo sembrado de cadáveres, es un ejército glorioso; y si los cadáveres son de raza negra, entonces se dice que no hay tales cadáveres. Un soldado que lucha cuerpo á cuerpo y que mata á su enemigo de un bayonetazo, empieza á parecernos brutal; un hombre vestido de paisano que lucha y mata, nos parece un asesino. No nos fijamos en el hecho, nos fijamos en la apariencia. Nuestra sociedad desprecia y maltrata al prestamista y admira y ennoblece al banquero. ¿Por qué? Porque el prestamista se pone en contacto con su clientela, y el banquero trabaja en grande escala, valiéndose con frecuencia del telégrafo y del teléfono. Nos irrita que el prestamista lleve un tanto por ciento exagerado, porque la víctima sabe quién hace el mal, y al quejarse nos dice el nombre del usurero; nos maravilla que un bolsista gane un millón en una jugada hábil, porque las víctimas no le conocen, y al caer en la ruina, quizás al acudir al suicidio, no pueden decir quién ha abusado de su torpeza ó de su ignorancia.

Yo he vivido en países donde el crédito está admirablemente organizado; donde no hay apenas capital inactivo, pues todo él está en manos que lo hacen fructificar. Hay combinaciones variadísimas para que los trabajadores puedan ahorrar, obteniendo intereses desde una peseta en adelante; para que los niños puedan ahorrar desde un sello de á céntimo, á fin de que desde pequeños vayan adquiriendo hábitos de economía. Todo esto está muy bien. Pero no he vivido en ningún país donde, en caso de apuro, una familia pobre (que en todas partes las hay) saque más partido que en España de una camisa vieja ó de unos calzoncillos usados. Nos superan en el crédito negativo, que es el de recoger; pero se quedan muy por bajo en el positivo, que es el de dar. Nuestro crédito también se organiza en guerrillas, y los prestamistas son los guerrilleros. Su acción es individual, y por esto, como dije, es más irritante; pero su malicia está encauzada por la misma estrechez de su círculo de operaciones: conforme este círculo se agranda, aumenta, sin duda, la cuantía de las empresas hasta llegar á las obras colosales, de las que se dice que son las «maravillas del crédito;» pero la maldad crece en la misma proporción y las catástrofes también son colosales y maravillosas.



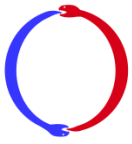
Yo no diré así, en absoluto, esto es mejor que aquello; en absoluto sólo puede decirse que ambas cosas son malas. No me gusta la propiedad individual ni la colectiva, pero la comprendo aliada con el amor: un hombre que posee una casa y la ama, porque en ella nació y piensa, morir, es un propietario útil; un hombre que construye casas y las posee sólo hasta que logra venderlas con beneficio, es un propietario perjudicial, pues si le dejan será capaz de construirlas tan frágiles que se hundan y aplasten á los pobres inquilinos. Todo el progreso moderno es inseguro, porque no se basa sobre ideas, sino sobre la destrucción de la propiedad fija en beneficio de la propiedad móvil; y esta propiedad, que ya no sirve sólo para atender á las necesidades del vivir, y que en vez de estar regida por la justicia está regida por la estrategia, ha de acabar sin dejar rastro, como acabaron los brutales imperios de los medos y de los persas.



Nuevos horizontes



Vuela conmigo



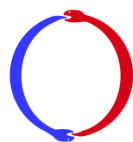
Ginés J. Vera

Sólo la fantasía permanece siempre joven; lo que no ha ocurrido jamás, no envejece nunca.

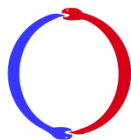
Johann C. Friedrich von Schiller



A riqueza del padre y la belleza de la hija movieron a muchos jóvenes a pretenderla. Se acercaban a la hacienda familiar con cualquier pretexto, llevándole flores, bombones o, en cierta ocasión, unos mariachis que le cantaron una serenata, bajo el balcón de su cuarto. Llegó así el día de su presentación en sociedad. Eligió el vestido, los zapatos y un bonito broche dorado para el pelo. Su padre no escatimó en gastos y ordenó disponer varias mesas con mantelería de hilo y cubertería de plata en el jardín. Ella, desde su ventana, pudo ver la agitación del servicio y, más tarde, cómo llegaban los primeros invitados en sus lujosos coches. Nerviosa, bajó deprisa los escalones de la escalinata de mármol, pero dio un mal paso y resbaló. Una doncella gritó, soltando la bandeja que portaba, al descubrir a la joven, en el suelo, en una postura inverosímil. Acudieron más sirvientes hasta que, como un vendaval, lo hizo el padre, con los brazos abiertos. Se canceló la fiesta. Docenas de misivas le desearon una pronta recuperación; aunque los doctores, en el hospital, aseguraron al padre que solo un milagro la dejaría intacta. Uno de los recorridos más duros fue el que la llevó desde el coche, en la puerta de la hacienda, hasta su dormitorio. La ayudó su padre, portándola en



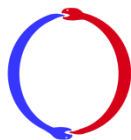
brazos, y pidió al servicio que no la molestasen ese día. Se durmió entre lloros, negándose a probar bocado, para disgusto de su padre. Cuando despertó, deseó que todo hubiera sido un sueño, una pesadilla pasajera; abriría los ojos y volvería a ser el día más feliz de su vida, con su vestido nuevo, sus zapatos y una gran fiesta en el jardín. Lo que vio a los pies de su cama la horrorizó. La silla de ruedas parecía esperarla paciente, imperturbable. Su padre acudió a los gritos pensando si se habría caído de la cama o algo peor. “No la quiero”, renegó; “Llévatela”. Sacaron la silla de su cuarto y, desde ese día, un criado especial llevaba en brazos a la joven, de un lado a otro. Con el pasar de los días todo fueron quejas: la sopa demasiado fría, el té muy caliente; la molesta luz por los ventanales de día o el humo de la chimenea por la noche. Su padre se hartó de agasajarla con regalos que ella abría, con fruición, para, al rato, desecharlos. Desesperado, el sueño le huía y su salud comenzó a decaer paulatinamente. Una mañana, lo vio claro y mandó poner un anuncio en los periódicos. Quería la felicidad de su hija y la certeza de que cuando dejara este mundo no le faltase nada. Los nuevos pretendientes se sucedieron, pero ninguno cumplía los requisitos; en especial, el de portar a la joven, en brazos, al gusto de esta. No digamos la dura prueba de hacerla sonreír o entretenerla. Cuando creyó que todo estaba perdido, sin encontrar una solución, seguro de que la parca no tardaría en reclamarle, una tarde de tormenta, unos golpes llamaron a la puerta. Un viajante pedía refugio y comida. En la ciudad, al parecer, no había encontrado hospedaje para él y su mascota. El servicio se mostró reticente, no solo por el aspecto de aquel extranjero, corpulento, encorvado y con voz cavernosa. También por la jaula que traía, cubierta con una gasa negra como la noche. El señor de la casa se asomó, ante el revuelo y las voces en la entrada. A punto estuvo de echar al viajante, pero la hija, en los brazos de su sirviente, acudió en ese momento. Pidió a su padre que aguardara y, al extraño, saber qué había bajo la gasa negra. “Un animal muy bello, señorita, pero muy delicado”, farfulló casi con una reverencia. “Y, según me contaron, en otra vida fue un príncipe de un país lejano que por sus malas acciones acabó convertido en lo que es ahora”. El padre se incomodó, aún más, al oír aquellas palabras y le ordenó que se fuera. Pero, de nuevo, la joven le pidió que al menos le dejase ver antes a la mascota o al príncipe, en aquella jaula. “Por un mendrugo de pan y un vaso de vino, no tengo inconveniente; os lo ruego”, oyeron. Tras unos instantes de vacilación, el padre transigió. En la cocina, dispusieron para él pan, queso, vino y unas uvas, pues aseguró era lo que más le gustaba al príncipe encantado. El padre se mostró irritado, tantas emociones le habían dejado exhausto. El viajante destapó, al fin, la jaula. Una ave de bellos colores pareció observarles, nerviosa, desde su encierro. La muchacha se quedó embobada, incluso pidió acercarse. Se miraron ambos de un modo tan especial que el extranjero aseguró que, de haber alguien capaz de devolverle su aspecto original al príncipe, sería ella. No dijo cómo, aunque logró de la muchacha convencer al padre para pasar la noche en uno de los dormitorios de invitados. A la mañana siguiente, se



levantó temprano; preguntó por el viajante y su pájaro, temiendo que con el sol radiante se hubieran ido. Pero los halló en el salón, desayunando con una novedad: el ave ya no estaba en la jaula. Ella le pidió poder acariciarle. El viajante le dijo que eso debía preguntárselo al príncipe, no a él. Volvieron a mirarse como el día anterior. Al sentir el roce de su mano, el ave se contorsionó suave, dichosa, emitiendo un sonido tan parecido al ronroneo de un gato que ella la tomó delicada y la acunó en su regazo como si lo fuera. “Sin duda, os ha elegido a vos, señorita. Os la regalo”, anunció el extranjero. “Yo he de partir ya”. Para cuando el padre quiso saber lo ocurrido, solo vio al animal y a su hija feliz. Eso le tranquilizó, pero no olvidó su deber, como padre, donde el tiempo apremiaba. La joven y el ave pasaron mucho tiempo juntos; para estar a solas, incluso aceptó de buen grado la silla de ruedas, y aprendió a usarla sin ayuda del criado. Parecían tener largas conversaciones, aseguró el servicio, viéndola cada vez más contenta y amable; por contra, el padre se volvió más lastimoso y frágil. Cuando, una mañana, le dijeron que él ya no había despertado, ella se deshizo en lágrimas; la pena la arrasó de tal modo que, tras abrazarlo, en su lecho, aseguró no querer vivir ni un minuto más. Empujó su silla hasta la escalera. Desde lo alto, contempló el final de los peldaños. Dudó un instante, pero cerró los ojos para buscar fuerzas y precipitarse; de este modo, se reuniría de nuevo con sus padres. Y, lo hubiera hecho, de no ser por una mano que la sujetó. No fue ninguna del personal de servicio, incrédulos, ante la escena que presenciaron, incapaces de detener a la muchacha. Desde donde estaban, vieron al ave volar y transmutarse en una persona. En sus brazos, pues la silla sí cayó escaleras abajo, la que se sintió ligera, como un ave, fue la joven. Contempló a alguien apuesto, de una belleza exótica sin igual. A ningún otro le hubiese dejado acercarse tanto; mucho menos, como ocurrió después, besarla. Si milagrosa fue la conversión del ave e impedir la caída de la muchacha por las escaleras, no lo fue menos observar cómo sus piernas tocaban el suelo y erguirse sobre ellas, abrazando al príncipe. Porque la historia del viajante resultó ser cierta. El encantamiento sufrido por sus malas acciones, en su país, se había roto gracias a ella y, a su vez, el de ella, con aquel beso. Cuentan que se casaron y viajaron a tierras lejanas, llenos de dicha, que regresaron años después, con dos hermosas criaturas, que heredaron la belleza de sus padres y una historia de cuento, tal y como les he contado... Solo les pido unas monedas, si les ha gustado.



Petricor

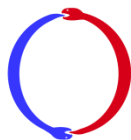


Gabriela Quintana



A tarde se consumía mientras yo observaba el cadáver. El tiempo, impasible, avanzaba sin prisa, mientras la luz del sol se debilitaba poco a poco, apagándose sobre la escena. Odio esos momentos del crepúsculo, persisten en traerme malos recuerdos; prefiero perderme en la oscuridad de la noche como mi memoria se pierde en eventos que me han enviciado. Pero allí estaba yo, presenciando el ocaso de mi familia en un período de mi historia en el cual lidiaba con un vendaval de pensamientos y emociones extraviadas. Dicen que sucede hasta en las mejores familias. Lo cierto es que la mía no era mejor que muchas.

Nací en una cama vieja que mi madre había heredado de la abuela. Nacer en casa formaba parte de nuestra tradición, unas de esas costumbres cuyas reglas nadie se había atrevido a quebrantar. Años después, cuando tenía siete años y era una niña inquieta, llegué a sentir sus resortes rotos al acostarme, con el aliento arrebatado después de brincar sobre ella hasta el cansancio. Por las noches, veía la televisión en aquel lecho junto a mis padres. Otras veces, me leían algún libro en mi habitación. Durante aquella etapa de mi infancia, casi todo giraba en torno al dormitorio de mis padres; la sala, en cambio, era el territorio predilecto de mi gato. Vivía en un apartamento situado en el corazón de un barrio, a pocas calles de las orillas del Sena. Allí se habían instalado mis abuelos después de emigrar a Francia y, gracias a su condición de exiliados políticos, habían conseguido mantener congelado el precio del alquiler para ellos y para algunas generaciones posteriores.



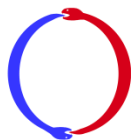
La casa era luminosa y transmitía una agradable sensación de amplitud, acentuada por los espejos que cubrían las paredes. Desde la sala se accedía al balcón a través de las puertas vidrieras, donde cada mañana mis padres se sentaban a tomar una taza de café con una estupenda vista del río.

Mi padre era investigador y profesor en una de las universidades públicas, además de un lector incansable. Sin embargo, no era de esas personas amantes de acumular libros hasta que el tiempo los decolora o los momifica de polvo.

Los compraba y vendía en las librerías de viejo y algunos mercadillos. Amaba las ediciones de sociología y política de los clásicos pensadores y gente dedicada a la filosofía moderna. Solía rodearse de personas interesantes, y sus amigos llegaban a casa para conversar, a veces hasta bien entrada la noche. Aquellos encuentros terminaban convirtiéndose en bulliciosas tertulias que, para mi madre, no siempre resultaban agradables. En nuestra casa todo parecía estar en movimiento: no solo los libros y el gato, sino también las ideas, las voces y las historias que entraban y salían con cada visitante.

Cuando estaba cerca de cumplir dieciséis años, el director de la junta académica de la universidad encomendó a mi padre una investigación de campo en Gaza, a raíz del reconocimiento de Palestina como Estado soberano por parte de algunos países y de su condición de observador en la ONU. La misión implicaba un riesgo considerable: tendría que internarse en un territorio que en aquel momento consideraban enemigo. No quería dejarnos, pero el proyecto parecía apasionante y, si lograba cumplir con el objetivo, supondría un importante reconocimiento para su trayectoria. Finalmente, partió con la promesa de regresar en un par de meses. Hizo los preparativos y, desde París, consiguió alquilar una habitación en una casa gracias a un colega de la universidad, cuyos familiares vivían en Gaza.

Desde su llegada a Palestina, mi madre mantuvo un contacto frecuente con él. Hablaban al menos tres veces por semana y, en algunas de esas llamadas, yo también participaba. La alegría de su voz y el intercambio de afectos me acompañaban aquellos largos días de ausencia. La comunicación pocas veces se vio interrumpida hasta que un día no se supo más de él. Sin saber cómo restablecer el contacto, mi madre acudió al rector, quien, a su vez, recurrió a la embajada de Francia en Jerusalén, dado que era imposible contactar con alguna persona en Gaza. Comenzaron entonces las investigaciones a partir de las últimas noticias que se tenían de mi padre: había visitado un campo de refugiados al sur de la ciudad. Sin embargo, días después, mientras permanecíamos absortas frente al fuego de la chimenea, cuyas llamas



hacían acrobacias al compás del latido de nuestros corazones, recibimos la noticia de que no había sido hallado en ningún centro de detención ni en ninguna cárcel.

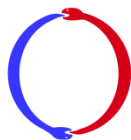
La angustia de mi madre creció, aquellos días se tornaron azarosos y oscuros, aunque en las calles brillara el sol para todos.

El director comenzó a visitar con frecuencia a mi madre, ya fuera por pena o porque, a raíz de la desaparición de mi padre, ambos habían estrechado sus lazos. Lo que al principio parecía una aproximación normal, con el paso de los meses fue adquiriendo otro matiz. Llegué a pensar que habían olvidado al apreciado profesor y que su desaparición no era más que el pretexto para justificar un idilio que, a esas alturas, se mostraba a todas luces. O quizá aquel viaje había servido, precisamente, para quitarlo de en medio. Aún hoy tengo esa duda, puesto que ella siempre sostuvo que habría hecho cualquier cosa por el hombre al que amaba.

La cama donde yo nací, después de un año de ser compartida por mi madre y el director de la universidad, olía a petricor; a una serie de orgasmos ininterrumpidos que casi mantenían la cama constantemente húmeda como las lluvias en tierras tropicales. Desde entonces, mi vida comenzó a desbocarse. Contemplaba con aversión y repugnancia aquella cama que alguna vez había sido mi edén. Ahora la odiaba y, junto con ella, también a mi madre. Me indignaba la forma en la que aquel hombre había irrumpido en nuestras vidas. Su amabilidad conmigo solía tropezar con los celos que despertaba su cercanía con mi madre.

Por eso comencé a llegar tarde a casa, procurando evitarlo, y regresaba después de beber con mis amigos, para ahogar el dolor por la desaparición de mi padre o, quizá, escapar de la actitud de mi madre. No me faltaban motivos para hacerlo; todo lo contrario: mi mundo parecía resquebrajarse en mil pedazos. Con cada ocaso sentía extinguirse los días felices mientras las últimas gotas de esperanza se evaporaban ante la posibilidad de recuperar la otrora vida que ahora se me antojaba lejana y ajena.

Con el transcurrir de los meses, cuando ya todos lo dábamos por muerto, llegó una noticia desde la oficina de inteligencia israelí: habían rescatado a mi padre. Mi madre tenía la estricta consigna de guardar el secreto, de lo contrario, su regreso a casa se demoraría aún más, dada la necesidad de cumplir con una serie de compromisos con el servicio de inteligencia del gobierno israelí en compensación del rescate. Como rehén, y debido a que había formado parte de uno de los grupos de mayor poder de Oriente, mi padre debía proporcionar información que



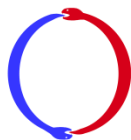
permitiera localizar y capturar a varios palestinos de altos puestos operativos. Yo me enteraría de todo aquello mucho después, porque mi madre nunca me contaba los acontecimientos en tiempo real. Sin embargo, durante aquellos días de otoño, yo me percaté de que algo extraño estaba sucediendo.

De repente, noté a mi madre más pendiente de mí. Empezó a reprenderme por mis salidas y por la frecuencia con que invitaba a mis amigos a casa. A raíz de las noticias que recibió, comenzó a tener conflictos con su amante. Sus visitas y encuentros se hicieron cada vez más esporádicos y estaban cargados de una tirantez que afloraba en cada cita. Yo me sentía complacida con aquel distanciamiento, sobre todo por verlo menos en casa. No me interesaban entonces las razones que se escondían detrás de aquel comportamiento, el cual no lograba dilucidar.

Posteriormente, el agente de la oficina de inteligencia en Jerusalén que mantenía contacto con mi madre le informó que habían descubierto una operación de contrabando de armas en la que estaba involucrado un empleado de la embajada francesa en Jerusalén. Aquel hombre había sido confundido con mi padre en Gaza y, tras ser acusado de varios delitos, fue detenido por el Servicio de Seguridad General de Israel. Sin embargo, su deportación quedó supeditada a una serie de negociaciones en las que también solicitaron la participación de mi padre.

El empleado había estado traficando armas desde Gaza hasta Cisjordania, pasando por Jerusalén, donde se encontraba la embajada francesa en la que trabajaba. Era un hombre alto, robusto y de aspecto envejecido, un comisionado para la paz que llevaba muchos años en la región intentando alcanzar acuerdos que permitieran a la comunidad internacional reconocer el Estado palestino. Sin embargo, terminó convertido en el principal sospechoso de haber utilizado un vehículo diplomático para transportar armamento, en complicidad con una red de milicianos palestinos. Un asunto tan intrincado que, con el tiempo, jamás llegó a esclarecerse por completo.

En medio de todo eso, a mi padre nunca le permitieron establecer contacto con nadie de la familia. Desde una oficina en Jerusalén se limitaron a llamar a casa para comunicarle a su esposa que se encontraba bien y que debía continuar cooperando con el Mossad, pues se trataba de un asunto de seguridad nacional. Yo no encontraba explicación alguna para que un modesto profesor pudiera estar involucrado en asuntos políticos de semejante envergadura. Me resultaba inconcebible. Ese no era mi padre, sentía que me estaban engañando. Quizá estaba muerto y mi madre no se atrevía a decírmelo



porque, simplemente, ya se había olvidado de él. Porque la vida sigue, y la de ella parecía haber avanzado deprisa, encontrando el amor en otro puerto. Eran cosas que yo apenas comprendía o podía digerir.

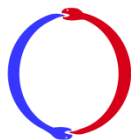
Todo esto lo supe varias semanas después de que mi madre conociera el paradero de mi padre. Llegué a la verdad por accidente, de la manera más cruel en que suelen revelarse ciertas cosas. Fue a raíz de un incidente con su amante; un episodio que marcaría mi vida durante muchos años y que todavía hoy atribuyo a mi mala fortuna, o a esa ingenuidad que se extravía sin siquiera darnos cuenta a causa de las circunstancias fortuitas de la vida, esas que nos obligan a mirar de frente aquello para lo que no estamos preparados.

El alma me pesa más que el bronce bruñido cada vez que lo recuerdo.

Aquella tarde, mi madre había salido a hacer algunas gestiones cuando el director llegó a casa. Desde el primer instante percibí algo distinto en él. Traía el rostro contraído, una expresión sombría, casi febril. No parecía dispuesto a marcharse. Advertí en sus ojos níveos, su determinación: esperaría a mi madre, como si hubiese llegado con un propósito que nada ni nadie pudiera hacerle desistir. Tomé un libro y me abandoné en otra historia, una que no fuera la mía.

Durante un rato permaneció en la sala, sentado cerca de mí, en silencio. Después se levantó y se dirigió a la habitación que para entonces ya se había convertido en su territorio. Quise salir a comprar unas cosas para evitar su presencia, pero me llamó desde el cuarto. Era invierno; llevaba puesto el gorro y la bufanda, y le anuncié que iba a dar un paseo. Cuando me asomé a la puerta, la cerró detrás de mí. Me tendió la mano con tanta hilaridad tratando de acercarme a la cama. Entonces pronunció aquellas palabras que todavía resuenan en mi memoria: si quería volver a ver a mi padre, tendría que acceder a sus deseos. Me confesó que ya lo habían encontrado, pero que su regreso a casa dependía de él. Mi padre estaba prisionero en algún lugar de Oriente Medio y, según sus palabras, aquel hombre tenía poder para decidir sobre su destino. Sentí que el aire desaparecía de la habitación. Por la expresión de mi rostro comprendió de inmediato que yo ignoraba todo.

Nunca imaginé que mi mundo pudiera desplomarse de aquella manera, como un meteorito al estrellarse contra la tierra, dejando tras de sí fragmentos imposibles de reconocer y mucho menos de reconstruir. Me quedé inmóvil, rígida, con la vista incrustada en la cama, atrapada entre el terror de aquella revelación y el miedo a lo que estaba sucediendo, durante el cual el hombre, calvo, de vientre abultado



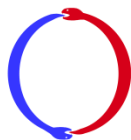
y barba gris, aprovechó mi desconcierto para someterme. Mientras me quitaba la ropa, repetía que debía comportarme como una niña buena, que mi obediencia y mi silencio eran el precio para que mi padre regresara a casa. Lo decía con la seguridad de quien se sentía dueño de mi madre y, por extensión, creía tener también poder sobre mí. Para entonces, yo tenía la certeza de que aquella relación tenía un poder sobre mi madre que ella misma no alcanzaba a reconocer. Pero nunca imaginé que ese poder pudiera llegar tan lejos. Ni que el secreto que mi madre había guardado para protegerme terminaría convirtiéndose en el arma que aquel hombre utilizaría contra mí. No necesitaba amenazarme con su propia fuerza; le bastaba con poner la vida de mi padre entre nosotros. Lo convirtió en una promesa, en una moneda de cambio, en una cuerda alrededor de mi cuello.

Nunca le conté a mi madre lo sucedido, pero desde aquel día tampoco volví a quedarme sola en casa. Terminó conmigo y se marchó.

En cuanto llegó mi madre, la enfrenté por haberme ocultado la verdad sobre mi padre. Insistió, como convenciéndose a sí misma de que todo cuanto hacía tenía un único propósito: conseguir que él volviera a casa. Me dijo que ya estaba a salvo, pero que todavía debía cumplir con ciertas condiciones antes de poder regresar. Mi alma soterrada bajo todos los acontecimientos sobrevivió, muy a pesar de todas las fisuras. Esa tarde quedó grabada en la profundidad de mi ser, en el sótano al cual da miedo descender por no poder jamás subir, regresar a la luz y escapar de su tormento. Se convirtió en una cicatriz en mi alma mal suturada como la piel mal cosida, de gran relieve, burda, unida inexorablemente como una masa de carne deforme.

A partir de entonces, comencé a conocer los detalles de las investigaciones que se desarrollaban en torno a esta red de tráfico de armamento. Todavía no habían logrado determinar cómo y desde dónde habían introducido las armas en Gaza. Era una noticia de enorme trascendencia, aunque había pasado casi inadvertida entre los titulares de los noticieros y contribuía a mantener aún más tensas las relaciones políticas entre Palestina, Israel y Francia.

Pasaron varios meses sin que llegara confirmación alguna sobre la liberación de mi padre. La incertidumbre terminó por quebrar la paciencia de mi madre y, pese a la prohibición expresa del director de la universidad, decidió ponerse en contacto con la embajada francesa en Jerusalén. Él le había advertido que cualquier intento de intervenir podía entorpecer las investigaciones y traer consecuencias imprevisibles. Pero mi madre ya no estaba dispuesta a esperar en silencio. Necesitaba saber dónde estaba mi padre y, sobre todo, qué estaban haciendo para conseguir su regreso.

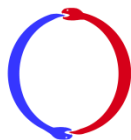


El gobierno francés le aseguró entonces que abriría un expediente de investigación para gestionar la repatriación de su marido. Para ello, mi madre debía aportar toda la información que pudiera ayudar a localizarlo: desde su salida de nuestra casa hasta su llegada a la casa de acogida en Gaza pasando por las circunstancias de su detención por el Servicio de Seguridad Israelí.

Aquellos días estuvieron cargados de una incertidumbre que parecía haberse instalado en cada rincón de la casa. Casi no comía. Las pesadillas regresaban una y otra vez, siempre con el mismo rostro: el del director, esa imagen atroz y repulsiva que se había quedado atrapada en mi memoria. Sabía que, si le contaba a mi madre, no me creería. O quizá, peor aún, terminaría culpándome. Mi forma de vida, mis salidas, los reproches que ya había recibido tantas veces..., todo podía volverse en mi contra. Algo que no hubiese tolerado en lo absoluto. No tenía entonces ni la fuerza mental ni la física para enfrentarme a una segunda condena. ¿Podría mi verdad tener más validez a la del ignominioso cerdo del director? ¿Me creería alguien a mí antes que a él, al respetado académico, al director de la universidad? Yo nunca lo consideré posible. Para mí, aquel hombre seguía teniendo todas las ventajas: su posición, su prestigio, su autoridad. Yo solo tenía mi palabra y un miedo que me devoraba en silencio.

Cuando por fin mi padre regresó a París, lo recibimos en el aeropuerto sin precauciones ni medidas de seguridad. Entre la multitud de pasajeros, su rostro curtido y ajado me resultó casi irreconocible. Había perdido toda su lozanía; sus ojos, apagados y sin brillo, apenas recuperaron un destello cuando nos abrazó. Fue mi madre quien, a pesar del aspecto que tenía, consiguió reconocerlo. En casa, tratamos de recuperar la venturosa vida que se había roto. Pero roto tenía mi madre el espíritu, igual que yo. Lo advertí cuando tres días después de la llegada de mi padre, compró una cama nueva. No dijo por qué. No hizo falta.

Al pie de la chimenea de casa, mi padre nos relató las vicisitudes de su estancia en Gaza. Nos contó que había viajado hasta el campamento de refugiados de Nuseirat, ubicado a ocho kilómetros al sur de la ciudad, para realizar una investigación sobre las condiciones sociales y etnográficas de los desplazamientos de la población palestina y sobre el proceso de colonización judía a lo largo de la zona fronteriza entre Israel y Egipto. Su regreso a Gaza fue obstruido por lo que, en un principio, parecía ser una manifestación. Sin embargo, en cuestión de minutos se encontró atrapado en medio de un fuego cruzado y fue tomado como rehén de uno de los grupos de resistencia palestina. Estos lo obligaron a participar en sus movimientos de traslado de personas,



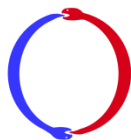
guerrilleros y armamento. No quiso contarnos demasiado sobre su estadía en numerosos campamentos de la milicia, y hablar de los días posteriores, cuando estuvo en Jerusalén y Tel Aviv bajo la custodia de los servicios de inteligencia. De ese período apenas nos reveló nada, salvo que su rescate se debió al intercambio de rehenes. Después guardó silencio. Y nosotras entendimos que había cosas que un hombre podía sobrevivir, pero no necesariamente contar.

Para entonces, creímos que mi padre nos había relatado todo lo importante. Pensábamos que, al fin, aquella pesadilla había quedado atrás. Durante varias semanas disfrutamos de una calma aparente, sosiego y bonanza, en las que él intentaba reconstruir la vida que había dejado suspendida, sin regresar a sus labores de profesor. Había algo en él que parecía haberse quedado en aquellos meses de cautiverio, algo que ninguna de nosotras alcanzaba a comprender. Entonces desapareció. Esto nos trastornó a mi madre y a mí. Su ausencia volvió a abrir de golpe una herida que apenas comenzaba a cerrarse.

Desde su regreso, mi madre había cortado cualquier vínculo con su antiguo amante y jamás se atrevió a mencionar aquel episodio delante de mi padre. Parecía que habíamos dejado atrás la vida de desasosiego y desesperanza que nos amagó por mucho tiempo. Pero aquella tranquilidad solo había sido un espejismo. Con la nueva desaparición de mi padre, comprendí que la historia no había terminado. Tal vez nunca terminaría.

Al cabo de tres meses, una noche mientras mirábamos la televisión, llegó la noticia que, de algún modo, parecía responder a todas nuestras interrogantes. El director había aparecido asesinado en su propia casa, en circunstancias que inicialmente nadie podía explicar. La nota periodística iba acompañada por entrevistas a profesores y antiguos colegas de la universidad. Todos intentaban reconstruir el posible móvil del crimen y, al mismo tiempo, dibujar el perfil de un eminente director universitario de larga trayectoria, respetado por sus colegas y aparentemente ajeno a cualquier actividad que pudiera relacionarlo con un asunto semejante. Pero aquella imagen comenzó a resquebrajarse pocos días después. A medida que avanzaban las investigaciones, salió a la luz una verdad que nos dejó paralizadas: aquel hombre a quien habíamos creído un simple académico judío era, en realidad, el cabecilla palestino que enviaba armamento al diplomático francés que había sido detenido y procesado en Jerusalén, todo ello para defenderse de la ocupación.

Mi madre y yo nos miramos sin decir una palabra. Un escalofrío nos recorrió el cuerpo al pensar en papá. De pronto, todos aquellos silencios, las desapariciones, las llamadas desde Jerusalén, el cautiverio



tanto en Gaza como en Israel, y el extraño poder que aquel hombre había ejercido sobre nuestra familia adquirieron un significado distinto. Como piezas de un rompecabezas que durante mucho tiempo habíamos intentado armar a ciegas, los acontecimientos comenzaron a encajar de una manera aterradora. Después de aquello se sucedieron los enfrentamientos diplomáticos entre los países involucrados. Las acusaciones cruzadas aumentaron mientras las investigaciones avanzaban y, pese a la gravedad de los hechos, no hubo ninguna intervención clara por parte de la ONU.

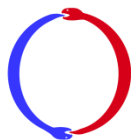
Pero para nosotras había una pregunta mucho más inquietante que todas las demás: ¿qué papel había desempeñado realmente mi padre en aquella historia?

Observo ahora el ataúd del hombre que me cambió la vida bajo el viso tornasolado de las nubes que se deslizan sobre el cielo al capricho del viento, como mis sentimientos. Nos vimos obligadas a asistir, muy a nuestro pesar. Y entre los rostros desencajados de quienes acudieron al funeral organizado por la universidad para despedirlo, busqué, casi sin querer, el rostro de mi padre. Lo busqué entre la multitud como si esperara encontrarlo escondido en algún rincón, observándonos desde la distancia.

Sé que ahora sus compromisos han terminado, quizá también, su pesadilla. Tengo la sospecha de que él estuvo involucrado en todo aquello a sabiendas y que, de algún modo, ahora nos observa desde algún lugar que no alcanzo a ver, buscando la forma de regresar a casa. Quiero creerlo. Percibo su anhelo vagando alrededor de este cementerio y, quisiera aferrarme a esa posibilidad; que su regreso ayude a eclipsar todas las heridas. Pero ¿cómo borrar el tiempo y sus huellas, cuya estela nos persigue hasta la muerte? ¿Cómo desprendernos de las rémoras que se asientan en nuestra memoria y terminan arraigándose tanto en el alma como en el cuerpo? Me llevo una mano al pecho y siento el golpe de la sangre, insistente, que me dice que pronto podrá regresar a casa. Tal vez podamos renacer juntos. Aunque sé que, después de todo lo vivido, nada volverá a ser igual.



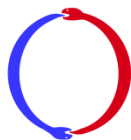
Auditis an me ludit amabilis insania?
(Horacio)



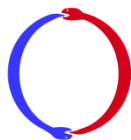
Miguel Quintana



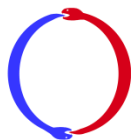
I pudieras entender, Florián, hijo mío, o disfrutar con estos detalles, te contaría cómo... Ah, no sé por dónde empezar. ¿Zafiro, clavel, marfil? Me hubiera gustado tanto poder decirte esto sumergidos ambos en sonrisa, cara a cara y distendidos, y esperar de ti tus réplicas y pullas y, sobre todo, me hubiera gustado tanto poder oírsele a tu madre, y quizás hacerla con sus propias palabras un poco ruborizar. No deja de ser triste tener que extraer insensible tinta de un tintero insensible y derramarla sobre un insensible papel, para decirte, Florián, cómo fuera otrora tu madre toda ella unción balsámica benéficamente aplicada a mi epidermis interna. Sí, los hados a veces con sus danzas beodas arrastran a los mortales y los llevan en volandas por los aires hasta depositarlos amorosamente entre los algodones de las estrellas. Así debió de ser cómo la vida me vivió algún tiempo, cuando quisieron ellos anegarme el sentido con la lujuria de la anémona y el rododendro, dejando ebrio y transido mi corazón bajo la fragante dulzura de la lila, y de todo olvidado sobre el imperio etéreo del azahar. La clemencia de aquellos benéficos númenes permitió que celebrase orgías de lirios y jazmines en el altar de tu madre, sacerdotisa entonces del clavel y de la rosa, alquimista de nenúfares, maga en aquelarres de pórfido y alabastro... Mas tu gestación, Florián,



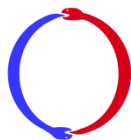
fue la gestación de nuestro desastre... Antes de él, sin embargo, habíamos quebrado tu madre y yo el compás y la regla de cualquier circunspección para entrar y danzar en la vorágine de la infinitud del fuego, cuyas llamaradas ascendían al cielo transportando entre su resplandor y lumbre, la lumbre y resplandor de nuestra hambre y nuestra hartura. Tu madre, hijo mío, sanaba con las medicinas que yo recibía, y yo mismo me curaba también con las medicinas que a ella aplicaba. Y esto, trasnochando y madrugando al otro día, un día y otro, sin que hubiese lugar a que muriese el candil, que lucía ininterrumpidamente alimentado por la salmuera del amor, cuyo perfume ardía desde que el alba reía hasta que la cara del sol bajo la raya del horizonte se hundía... Antes de que vinieras tú, Florián, hubo un tiempo sin tiempo ni veneno, o más bien, un tiempo preñado de veneno y tiempo divinos que explotaba en nuestros dedos salpicándonos hasta los dientes de dulzura; es decir, un tiempo mucho más alto que el oro e infinitamente más valioso que el indómito diamante, un tiempo que tenía desarrollado en su seno, como su mejor y más preciada joya, su propio juez y verdugo que lo aniquilaban aún antes de nacer. Hubo un tiempo, en fin, que no fue tiempo, hijo mío, en el que tu madre y yo, partículas de polvo flotando en los rayos de la luz del sol, danzamos, suspendidos en la inmensidad de la nada y anegados por la música del amor, la más hermosa danza del no movimiento, carente del compás del propio tiempo y ausente también de ella la medida del espacio mismo... Mas tu gestación, Florián, fue la gestación de nuestro desastre... Y en ti solo hube de hallar la endeble tabla de salvación en aquel naufragio. Pero antes de naufragar, hijo mío, los mares todos fueron pocos a los surcos que nuestro navío entre sus ondas hizo, depositando en ellos la melodía de nuestras jarcias y los rumores de nuestros aparejos, que se quejaban a las veces con el furor desatado de los vientos o con el ímpetu enérgico de las inquietas ondas. Su violencia no era para nosotros, en cambio, sino arrullo manso y caricia con que la divinidad de los océanos quería también carenar nuestro casco de los roces con algún bajío, arrullo manso que henchía con sus pulmones nuestra gavia y salpimentaba nuestra crujía con sus espumas, y caricia, como te digo, de la que estaban envidiosas las gaviotas que en torno a nuestro bergantín ruidosas revoloteaban. Los peces entonces, hoscos y huidizos, nos ofrecían su fugitivo silencio con el que parecía que nos desafiaban a su persecución, llamándonos con sus bocas silentes a explorar las más escondidas simas y misterios de la oscura profundidad lejana. Y allá nos íbamos tu madre y yo, en pos de la ilusión e impelidos por aletas de plata que nos hacían tan ligeros como el pensamiento, a escudriñar en ardorosa peregrinación por los senderos de las perlas, a admirar los milagros del móvil cromatismo de las escamas, a deleitarnos con la arborescencia inquieta de medusas y sirenas, a contemplar el húmedo espectáculo del sempiterno movimiento de las liturgias marinas, a



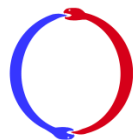
oficiar, finalmente, Florián, el ceremonial complejo de los ritos no secretos del amor. Éramos entonces, hijo mío, alegres sin saber qué fuera la alegría, y arrebatábamos de forma inconsciente al cielo su aliento para expandirlo por nuestras entrañas sin preocuparnos de que fuera hubiera frío en aquel invierno o humedad en la primavera que seguía o calor intenso andando el estío nuevo, y no importaba nada tampoco reposar en la arcilla bajo los pistilos o los sépalos, o ser polinizados por las fragancias de los escaramujos o filadelfos, que nos sonreían mediante cualquier brisa con que el manso céfiro menear sus pétalos quisiera. Éramos también, entonces, eso que parece ser imposible, Florián, felices..., antes de que tu gestación fuese la gestación de nuestro desastre, y teníamos eso que parece increíble tener, o al menos tan dudoso, teníamos hilvanado con fibras de seda el manto que envolvía y arropaba una sola alma latiendo con un pulso solo, cuyo péndulo parecía medir eternamente la indiferencia a las asechanzas del cuchillo de la parca. Entonces éramos estrellas a siglos luz del curvo filo de su cruel segur, y no empañaban sus latentes amenazas de ninguna forma el tintineo cristalino con que nuestras campanas repicaban en los espacios, donde se unía al titilar de las restantes estrellas, dando fe en la inmensidad de nuestro parabién. Así éramos, Florián, entonces. Alegres y felices sin necesitar saber qué era la felicidad ni la alegría, de tan alegres y felices que entonces éramos. Mas poco nos sirve ahora saber acotar bien los términos de esta, aunque me fíe de los antiguos pensamientos de los poetas más sabios y al mismo tiempo más mentirosos, que soñaron creer poner con palabras los mojones adonde había que reducir sus límites, como si la felicidad pudiera, caso que se diese, constreñirse a un aprisco donde no germinara la flor del deseo..., por cierto, flor venenosa más letal que el tejo o el digital, cuyos efluvios tantas veces me haya emponzoñado. Muy poco nos sirve, hijo mío, definir lo que parece no tener fin, y teniendo asiento, precisa y paradójicamente, en algo tan finito y contingente que solo de forma milagrosa e incomprensible vive y late. Tampoco quisiera navegar como rémora adherida a los lomos del pasado, o hundir mis raíces, como el muérdago, en las ramas de ese roble del tiempo pretérito para chuparle su savia, ni, como ácaro parásito, alimentarme del polvo remoto de las alcobas de antaño, pues ese tiempo ido es mal huésped, donde el que se aloja parece quedar pegado a la sombra adulando la alegría lejana y rescindiendo el pacto suscrito con el futuro, quizás porque este sea penoso. Sí, penoso debe de ser ese futuro al que parece que camina el reloj..., ¿no crees, Florián, que los relojes corren para hacer volar al tiempo? ¿No crees que cada golpe del segundero es un empujón que nos da con el que nos arrastra hacia el redil de la eternidad? ¿Cómo se podrían detener sus empellones..., de qué materia prodigiosa podríamos construir el valladar o parapeto infranqueable en cuyo rostro el tiempo estrellase su flecha? ¿Qué melodía seductora podríamos ejecutar que encantase



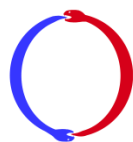
de verdad a esa siempre movediza sierpe que poco a poco, sin embargo, va tragando al propio encantador? Oh, no sé para qué te formulo estúpidas preguntas... Pero su recuerdo es tan fuerte, Florián... Su recuerdo es tan fuerte que casi el aliento solo de su memoria parece que me reviste de la coraza con la que atravieso indemne por entre las sangrientas filas del tiempo y de la muerte. Solo con la piel del recuerdo lejano de tu madre, hijo mío, parece que estoy curtido para arrostrar cualquier inclemencia, y me suministra suficiente contraveneno para combatir al poderoso tósigo de los hados. Quizá sea esto lo único bueno que tenga ese recuerdo... Mas si pudiera analizarlo mejor, buscaría otras cualidades..., aunque tal vez encontrara que ese mismo recuerdo es un cuerpo muerto, un cadáver descompuesto y conquistado por gusanos, un montón informe de roídos huesos que yacen entre las ruinas del tiempo esperando la nada bajo la ominosa escarcha de la muerte. ¿No lo crees, Florián? Para combatir esa gélida capa del rocío de la noche del pasado he tenido que beber no pocas veces no pocos licores buscando consuelo, y se me han helado en la garganta en no pocas ocasiones los cantos de sirena que de la botella del bálsamo surgían, pensando que la siguiente noche del futuro volvería a rociar su frialdad sobre las mismas postemas que ya desde el pasado en mi piel supuraban, dejando a la postre solo vivo el día del presente, tú, Florián, y yo, acólitos desnudos del fracaso, derrotados en mil encuentros sin apenas poder paladear una victoria sola. No sé por qué cito la palabra fracaso, que ha sido peste, fuego y cuchillo de mi existencia, que ha seccionado tantas partes de mi alma y abrasado a otras tantas, y a otras tantas más emponzoñado con su pestilencia, no sé por qué cito esta palabra, que ha sido tizón de mi pecho y de mi frente... Para intentar lavarla, tengo que recurrir al pasado, cuando... O podría, más bien, trazar la reconstrucción del esqueleto y armazón del futuro sin revolver las aguas pasadas y sin dar pábulo, Florián, sin dar pábulo alguno al desaliento, agarrando firmemente los cuernos de la adversidad con seguras manos y sin preocuparnos de que, como vulgar sanguijuela, quiera beber nuestra sangre. ¡Qué nos importa, hijo mío, que una insignificante bestezuela haga presa en la superficie de nuestra piel y se cebe con el botín de la mala sangre que nos sobra! ¡Qué nos importa al presente que la espada del recuerdo siga blandiendo acerados destellos de amenaza si solo puede ahora herir a los vapores del pasado! No sé si somos libres, hijo mío, pero aspiramos a serlo, y aspirar en este caso significa cerrar casi los ojos exteriores y abrir muy mucho los internos para acometer con astucia y sagacidad y desbaratar la melena de todos los vientos, todas las tormentas, todas las borrascas y todos los huracanes que las fauces de esos enemigos diosecillos desatan para arrojárnoslos al rostro, en la creencia de que habrían de hacernos claudicar y así conquistar ellos nuestro feudo. Y vientos de zozobra hubo en el pasado y en el futuro..., en un futuro corto habrá,



como al presente tú y yo, Florián, en zozobra braceamos para vencer y hacer morder el polvo a las ondas, y viento de zozobra, si no supiera bien domeñarlo, es el recuerdo del tiempo aquel tan fausto en el que conocí a tu madre... Ah, no sé por dónde empezar cuando quiero escrutar las calígines aquellas, sobre las que, además, han ido germinando gruesas haces de recuerdos y olvidos, de afirmaciones y de negaciones y de invenciones. No sé, hijo mío, si me hará daño traer ahora hacia tus ojos con estas palabras la memoria de la música que latía en mi corazón cuando conocí a tu madre, en aquel Tiempo en el que este tirano, avergonzado de sí mismo por su cruel oficio, no osaba en nuestra presencia mostrar su jeta, de odiosos dientes preñada, y tenía que avenirse a permitirnos revolver las horas y los días y las semanas sin posible cómputo, y en continua ejecución de melodiosas diatribas amorosas. Me parece milagroso ahora pensar cómo entonces estaba ausente de nosotros cualquier matiz, color o porte negativo, pensando, y sin ser muy conscientes de hacerlo, que todo era una magnífica maquinaria en la que cada pieza cumplía perfectamente con su cometido. Una desconocida energía inmensa nos impulsaba entonces a la sencillez más sublime, a vivir, sin saber que de aquella forma alimentábamos el fuego de la propia vida. Una energía, Florián..., una energía inmensa proveniente de sus ojos me arrastraba dulcemente al más dulce de los abismos. Ah, solo sus ojos, hijo mío, solamente con sus ojos podía embotar tu madre de un solo pestañeo todos los filos de las guadañas de las muertes todas que hayan sido y que serán, con un solo pestañeo hacía huir vertiginosamente de la haz de la tierra a esa odiosa rival que siempre parece rondarnos, y la luz que de sus ojos al pestañear producía, rompía con violento crujido los sellos de los sepulcros, de donde parecía como si los muertos todos, obedeciendo su llamada, acudiesen a bañarse en el esplendor de sus pupilas. Sus ojos, hijo mío, solamente con un leve pestañeo, hacían tañer las campanas todas con quejumbroso y fúnebre clamor anunciando a los cuatro vientos el funeral de la misma muerte, a quien tu madre, con apenas un solo pestañeo de hermosura, condenaba a ser huésped de los gusanos de la nada... Sí, es cierto que va a hacerme daño hacerme eco ahora para ti de sus ojos o sus labios. Mucho daño... Por lo que casi prefiero omitir estos detalles... Para qué habría de serte útil, Florián, saber que sus labios eran grillos de suave hierro que atenazaban mis oídos y mis ojos, que los dictados de su boca eran el oráculo por medio del cual me hablaba el dios que dentro de su pecho moraba. Para qué necesitarías saber tú que mediante sus labios fui partícipe de la articulación y desarrollo de esa divinidad, asistiendo, desde sus pliegues húmedos y ligeramente cárdenos, al espectáculo inefable de la infinita bondad, belleza y sabiduría que con su movimiento me alentaba. Para qué iba a serte beneficioso, hijo mío, poner delante de tus ojos con palabras muertas los vivificantes labios de tu madre..., vivificantes si no estuvieran ausentes, cuando un solo



beso suyo borraría y aniquilaría todo este inútil verbo mío. Un solo beso suyo, Florián, sería la caricia que trajese consigo la llave del milagro, ese fenómeno prodigioso al que apela frecuentemente mi deseo. Sí, apela mi deseo, Florián, al milagro, y parece que quisiera esperar poder abrir con sus fuerzas ficticias las puertas que se cerraron desde el principio sobre ti, para que te bañase y ungiese todo tu cuerpo, y sobre todo toda tu alma, la luz que te negaron los que trazaron tu triste sombra, como si fueras un topo que se pudiera contentar con arañar la tierra y sobrevivir en subterráneos. Mas las fuerzas de mi deseo, hijo mío, tienen la misma energía nula que el ímpetu de nuestros músculos cuando soñamos huir de un fantasma monstruoso que con sus uñas nos agarra, los cuales quedan malignamente atrofiados por esa fuerza incomprensible e inexorable que mana al lado de nuestra almohada... Esa fuerza tienen mis deseos, hijo mío, cuando espero el milagro de ver abiertas las puertas o ventanas por donde irrumpa la fuerza de la luz que riegue los surcos de tu cerebro... Cuánto habré deseado que en ellos germinasen las herramientas con que cultivar el mundo. Cuánto habré deseado, Florián, que los surcos de tu cerebro hubiesen conseguido una magnífica cosecha de frutos que te hubiesen hecho, no solamente autónomo e independiente de mí, sino también, que con tu espléndida autosuficiencia hubieses barrido y liquidado las frustraciones que yo tuve, mis fracasos, hijo mío...



Créditos de fotografía e ilustración



Portada y contraportada de **Joaquín Sorolla**

11	César Astudillo	56	Aaron Burden
19	David Villar	58	Pierre-Auguste Renoir
25	Chad Davis	59	Martín Díaz Valdés
34	Lucien Chavan	61	Ferran Cornellà
36	NASA, Ryan Kaldari	62	Laura Pérez Granel
38	Carlos Delgado	65	OCDE
40	Happy Face Emoji	68	Arne Koehler
41	Gaelle Marcel	69	Anáfora
43	DomStapleton	70	Ryunosuke Kikuno
44	Frédéric Vicomte	71	José Ruiz de Almodóvar
48	Altin Ferreira	97	Arno Senoner
49	Alexander Kritvitskiy	98	Anelale Nájera
50	Arun	102	Priscilla Du Preez
53	Estevoaei	112	Joey Zhou

Con el agradecimiento de **OCEANUM**



Oceanum 2605-4094